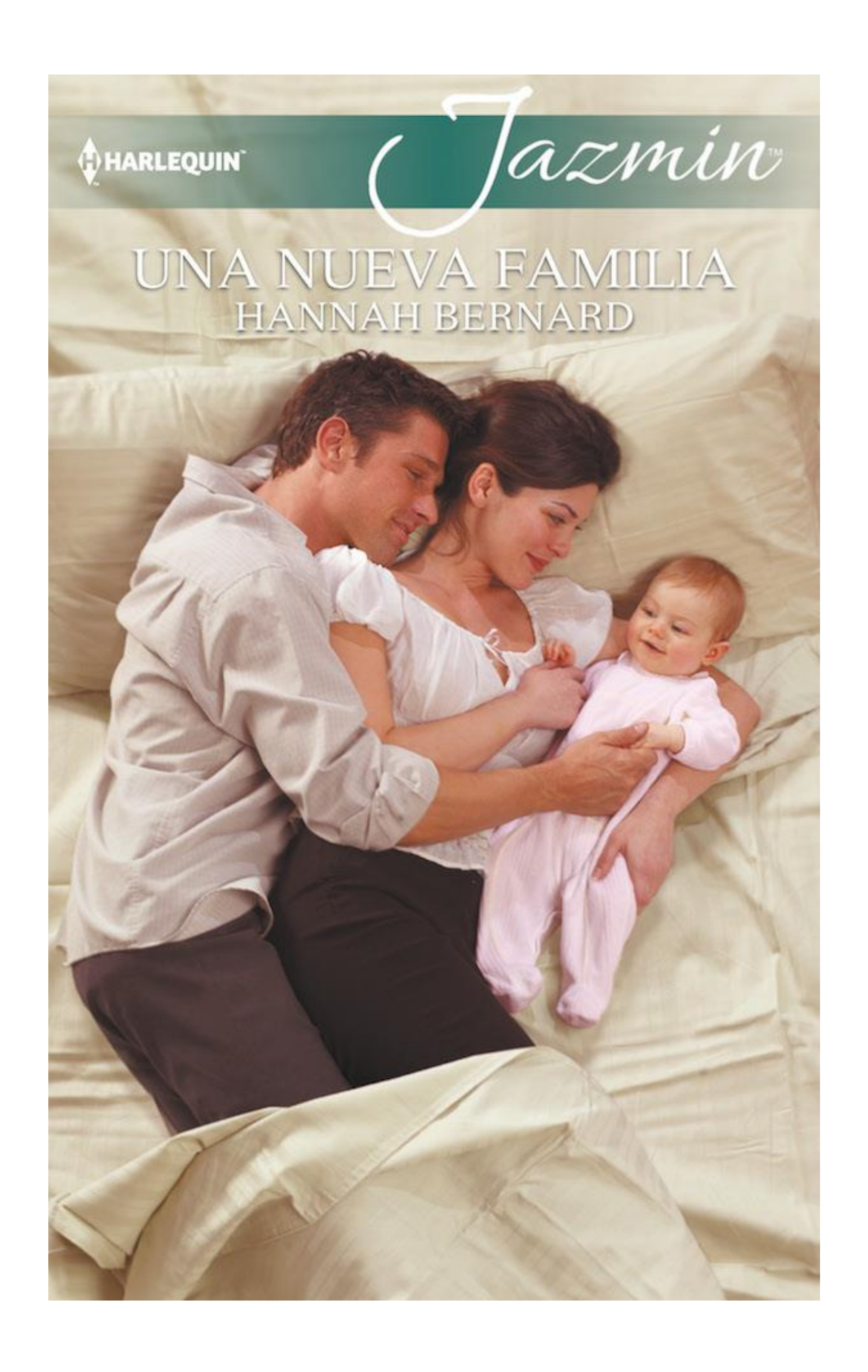

HARLEQUIN
Jazmin
UNA NUEVA FAMILIA
HANNAH BERNARD

UNA NUEVA FAMILIA (2004)
Título Original: Their accidental baby (2003)
Editorial: Harlequin Ibérica
Sello / Colección: Jazmín 1857
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Justin Bane y Laura

Argumento:

¿Cómo podría no entregar su corazón a los dos miembros de su repentina familia?

Nada más descubrir que alguien había entrado en su casa, Laura recibió la ayuda de su guapísimo vecino Justin Bane, pero resultó que el intruso era un precioso bebé que alguien había dejado sobre su cama sin explicación alguna.

Laura tenía que admitir que el pequeño guardaba un increíble parecido con su vecino. Entonces, ¿por qué estaba Justin tan seguro de que el bebé no era suyo? De una manera u otra, ambos se vieron obligados a aprender a cuidar a un niño juntos…

CAPÍTULO 1

LAURA echó la cabeza hacia atrás y miró hacia arriba. Todavía le quedaba un buen trecho. Dejó caer los hombros, fatigada. El camino que subía se le antojaba arduo y difícil.

Pero al final del viaje estaba la recompensa.

Aquello no era exactamente el Everest; tan sólo se trataba de un piso a las afueras de Chicago. Todo lo que tenía que hacer era subir tres plantas y se encontraría en su casa, un lugar seguro y muy acogedor. Después, sólo tenía que cerrar la puerta para olvidarse de todo.

La sombra de los árboles indicaban que ya había llegado el otoño. Y eso que ella apenas había notado que había pasado el verano. Sólo había sido consciente del calor y de la importancia del aire acondicionado de la oficina. Aparte de eso, y del olor a barbacoa en el aire, no había ninguna diferencia con el resto de las estaciones.

¡Por fin era viernes!

Con todo un fin de semana por delante.

Por primera vez en mucho tiempo, tenía algunos días libres; ni siquiera tenía trabajo que llevarse a casa. Dos días de descanso para hacer lo que quisiera. Se podía dar un baño de espuma, poner música suave y soñar despierta. También podía agarrar un libro y dedicarse a leer, aunque no creía que pudiera mantener los ojos abiertos durante mucho tiempo. También podía seguir con aquel jersey que había empezado a tejer hacía seis meses, antes de que Young & Warren la contratara. O podía llamar a uno de esos amigos que probablemente pensaban que había muerto y que se habían perdido el funeral.

Por supuesto, también estaban las tareas de la casa. Hacía tres días que se había quedado sin tazones para los cereales del desayuno. Aunque eso no la había molestado demasiado porque, en realidad, la leche se había acabado unos días antes.

Ni siquiera había encontrado ropa interior limpia por la mañana. Después de unos minutos de deliberación, había decidido no ponerse nada.

Mal asunto.

Había pasado toda la mañana reunida, imaginándose que todos los presentes se habrían dado cuenta, que podrían vérselo en la cara, o si no, en el trasero. Durante una pausa para el café, había salido precipitadamente a comprarse una docena de braguitas.

Al menos había servido par averiguar algo: que las revistas para mujeres mentían. Que ir sin ropa interior no te hacía sentir sexy, sino incómoda y desnuda.
Si hubiera tenido más de diez minutos, no tendría que llevar unas braguitas de algodón verde, con caras sonrientes y frases en francés.
No sabía lo que ponía ni le importaba. Nadie iba a verla en ropa interior y, mucho menos, alguien que hablara francés. Sonrió para sí. Estaba tan ocupada
últimamente que no le importaba que su príncipe azul no apareciera todavía. Habría tenido que decirle que volviera en otro momento.
-¡Eh! ¡Hasta luego!
Justin Bane, su vecino, pasó por su lado como una exhalación. Apenas tuvo tiempo de discernir una figura borrosa que olía a cuero y a sándalo y que la adelantó en las escaleras desapareciendo antes de poder contestarle.
Por supuesto que él podía ir deprisa. ¡No llevaba sus tacones! Ni unas braguitas de color verde chillón con mensajes en francés. Ni trabajaba el mismo número de horas que ella. ¡Hasta tenía energía para canturrear en la ducha! No, subir a un tercero no significaba nada para él.
Subió otro escalón y dejó escapar un suspiro.
Se había mudado a las afueras para escapar de un apartamento minúsculo del centro. Pero ¿por qué diablos había tenido que elegir un tercer piso en un bloque donde el ascensor siempre estaba averiado?
De acuerdo, hacía seis meses era una chica joven y estúpida. Al conseguir el trabajo de sus sueños había imaginado que podría con todo, incluso con un tercer piso.
Dejó escapar otro suspiro. Los sueños no siempre eran lo que una imaginaba. Las semanas de ochenta y cuatro horas, sin fines de semana, habían acabado con todas las fantasías de aquellos felices años en la facultad de Derecho.
No podía escapar a las tareas de la casa, pero aún tendrían que esperar un poco más. Quizá el domingo tuviera fuerzas para poner la lavadora o el lavavajillas. Esa noche, pediría algo de comer por teléfono y se sentaría frente al televisor a ver una película y olvidarse de todos los asuntos legales del bufete. De los divorcios, de las batallas por las custodias...
Su estómago rugió.
Comida. Oh, sí. Aquél era otro de sus planes para el fin de semana. Apenas había tenido tiempo de comer en toda la semana. Ni en la pasada. Ni en la anterior. La fruta entre horas había sido uno de sus mayores lujos, y las comidas calientes ni las recordaba. La boca se le hizo agua.

Al pasar por el piso de Justin en dirección al suyo, un aroma exquisito le dijo que él no se conformaba con fruta y sándwiches (sus mayores logros en la cocina eran los sándwiches de queso fundido).
El olor a pollo hizo que el estómago se le encogiera por el hambre y se prometió que ese fin de semana comería bien. Quizá invitara a algún amigo y cocinara algo complicado; hamburguesas tal vez.
Aunque aquello significaba que tendría que salir a hacer la compra.
Dejó escapar un gruñido y se apoyó en la barandilla. Al día siguiente pensaría en hacer la compra. En ese momento no pensaba hacer nada. Con llegar a casa ya tenía suficiente.
«Dos pisos más», pensó al llegar al primero.
-¿Estás enferma?
La voz sonó a pocos centímetros de distancia. Ella se obligó a levantar los ojos y se encontró con unos ojos negros que mostraban preocupación. Ella negó con la cabeza lentamente en respuesta a su pre
gunta. Justin otra vez. Ni siquiera lo había oído bajar las escaleras.
Se había quitado la chaqueta de cuero y llevaba unos vaqueros negros y una camisa del mismo co
lor. Tenía las manos metidas en los bolsillos y la mi=raba desde lo alto, a pesar de que ella llevaba unos
tacones de vértigo. Intentó no respirar. Sólo una inhalación de aquellas feromonas masculinas cuando había pasado por su lado al subir las escaleras había sido suficiente tentación por un día; y eso que no lo había visto bajar de su moto.
No es que le gustaran las motos especialmente, pero a él le quedaban fenomenal.
Lo miró a los ojos y sintió que el corazón le daba un vuelco. Desde que se había mudado sentía una increíble atracción por aquel hombre. Era absurdo. Era demasiado mayor para aquellos enamoramientos.
¿Verdad?
Justin le tocó la frente durante unos segundos, como para comprobar su temperatura. Después le agarró la muñeca y le tomó el pulso. ¿Qué era? ¿Médico? Alguien le había dicho que era profesor, pero no se parecía en nada a ninguno de los profesores que ella había tenido. Quizá estuvieran equivocados y de verdad era médico. Quizá, si dejaba de respirar, él le hiciera el boca a boca. Una idea que no le resultaba nada desagradable.
Justin frunció el ceño.
-Laura, tienes el pulso muy acelerado. Y, a menos que estés subiendo y bajando las escaleras para hacer ejercicio, has tardado más de cinco minutos en llegar hasta aquí. ¿Qué te pasa?

Justin, el vecino caballeroso que iba en su rescate, sin darse cuenta de que ella estaba chiflada por él. ¿Qué iba a pasar a continuación? Se lo imaginó tomándola en brazos para llevarla a su piso, donde la dejaría con cuidado sobre el sofá.
Cerró los ojos para concentrarse mejor en la fantasía. Sus brazos eran fuertes y gentiles, sus movimientos, seguros y confiados, y tendría una mirada íntima en aquellos ojos oscuros y una sonrisa sensual en sus labios mientras le concedería todos sus deseos. Dejó escapar un suspiro al pensar en todas las cosas que podría hacer por ella.
Cocinar, limpiar y darle el mando a distancia.
¡Ah, sí! Los hombres servían para algo. Sólo tenían que cooperar.
-¿Laura?
Volvió a abrir los ojos y vio que él se acercaba más. Sintió verdadero horror al ver que estaba intentando olerle el aliento.
-¡No estoy bebida! -protestó ella, alejándose de la pared.
El la rodeó con un brazo, por miedo a que se cayera, y ella se dio de bruces contra su pecho.
Oh, no. Aquél no era un buen momento para respirar, se recordó, pero sus pulmones no le hicieron caso. Tanta proximidad no era buena. Le hacía preguntarse qué se sentiría al dar una vuelta en moto con él, a pesar de que sentía fobia por las motos.
Se apartó de él, tomó aire, agarró su maletín y pasó por su lado con determinación. El tramo de escaleras que tenía delante la amedrentó. Era empi
nado y largo. Pero no importaba, ella podría conquistarlo.
-No te preocupes por mí -le dijo por encima del hombro mientras él la observaba con los brazos en jarras-. Es sólo que estoy exhausta. Algunas personas no tenemos la suerte de trabajar sólo cuarenta y ocho horas - Laura no sabía exactamente qué era lo que él hacía, pero siempre estaba en casa cuando ella llegaba. Y parecía que tampoco trabajaba los fines de semana.
La envidia era muy poderosa. Para ser totalmente sincera, le molestaba que trabajara menos que ella. Eso y las pizzas caseras que preparaba. Sin embargo, apenas lo conocía, por lo que no tenía ningún motivo real o lógico para estar molesta con él.
Se dijo a sí misma que era por su arrogancia. Los hombres que iban en moto siempre eran demasiado arrogantes.
Por supuesto, si profundizaba un poco, cosa que no le interesaba lo más mínimo, quizá descubriera que el verdadero motivo por el que estaba molesta era que Justin no había mostrado el más mínimo interés por ella

durante los seis meses que habían vivido puerta con puerta. Algunos saludos en las escaleras y unas maravillosas charlas de diez segundos sobre el tiempo, eso había sido todo.
Giró la cabeza para mirarlo. Sí, estaba verdaderamente molesta. Aunque eso no le interesaba. En realidad, no era su tipo, aunque hubiera tenido tiempo para algo tan irrelevante como buscar su media naranja, el amor verdadero. Era una cuestión de orgu-llo. A Justin no le haría ningún daño mirarla con una sonrisa pícara de vez en cuando.
-Estás realmente exhausta -señaló él, detrás de ella-. Te vas a caer de un momento a otro. ¿Estás segura de que no estás enferma?
-Sí. Estoy bien. Sólo estoy cansada. Y hambrienta, pero eso es culpa mía. Durante la hora de la comida, aunque no es una hora sino diez minutos, salí a comprarme ropa interior. Así que no he comido nada desde esta mañana -frunció el ceño pensativa-. No, esta mañana tampoco comí porque no había nada en la cocina.
-Te fuiste a comprar ropa interior en lugar de comer. Vaya, vaya -se puso a su lado y la miró desde arriba-. Estás escuálida, no me costaría nada llevarte en brazos hasta tu casa.
¿Llevarla en brazos?
La fantasía era una cosa y otra muy distinta la realidad.
-No soy una inválida -gruñó mientras se agarraba a la barandilla.
¿Escuálida? ¿No podía haber dicho delgada, esbelta, algo que no fuera tan negativo? ¡Escuálida! Aquello no tenía nada de sexy.
Así que ése era el motivo: le gustaban las chicas voluptuosas. Por eso no había intentado ligar con ella.
-Puedo arreglármelas -dijo subiendo otro peldaño.
-Al menos, deja que te lleve el maletín. Parece que pesa mucho.
-De acuerdo. Gracias -añadió a regañadientes mientras le daba el maletín de cuero negro. Lo había estrenado al empezar a trabajar para su bufete, pero ya estaba bastante ajado-. Ten cuidado, tiene cosas muy importantes.
Cosas realmente difíciles. No estaba segura del motivo, pero había acabado haciendo todo el trabajo difícil de la empresa, y eso estaba interfiriendo con su sueño y su paz mental. Dos cosas que necesitaba urgentemente. Algunos de los asuntos eran causas perdidas, con los niños como principales víctimas.
Algunas veces odiaba el trabajo de sus sueños.
Justin agarró el maletín y, durante un momento, ella se sintió mejor. Escalón a escalón consiguió llegar al segundo piso. Justin subió detrás de ella en silencio.

La fatiga volvió y tuvo que sentarse en un escalón, desesperada por recuperar algo de fuerzas. Apoyó la cabeza en las rodillas y dejó escapar un gruñido, avergonzada por mostrar tanta debilidad delante de él. Pero realmente estaba sin fuerzas.
-Voy a descansar un minuto, Justin. Si quieres puedes dejar el maletín delante de la puerta. Eso sería fantástico.
Justin soltó una palabrota. Se inclinó sobre ella, dejó caer el maletín en su regazo y la tomó en brazos. Ella abrió la boca para protestar y se enderezó para. intentar soltarse, pero antes de poder decir nada, él ya la había llevado hasta la puerta.
-Sí. Definitivamente escuálida -repitió él-. No pesas nada. No me extraña que no tengas fuerzas.
A Laura le habría gustado protestar, pero no pudo. Principalmente porque el contacto físico la había dejado sin aliento y había reemplazado su sangre por fuego. Aquel hombre olía muy bien. Demasiado bien.
El hambre hacía cosas realmente curiosas con la química del cuerpo.
-Las llaves -gruñó él frente a la puerta. No parecía que fuera a soltarla-. ¿Qué estás intentando hacerte, Laura? Tienes que saber que todo tiene un límite o caerás enferma.
-Déjame -dijo ella enfadada consigo misma por el ataque de lujuria que había sentido desde que él la había tomado en brazos.
Era fuerte y todavía olía a cuero, aunque ya no llevaba la cazadora. Lo que más le apetecía era rodearle el cuello con los brazos y acurrucarse contra su pecho. No le importaría quedarse a dormir allí. Después, cuando se despertara, la cosa podía ponerse más interesante.
No iba a negarlo. La atracción que sentía por su vecino, aunque se había olvidado de ella últimamente, seguía ahí.
-Justin, déjame en el suelo. Las llaves están en el maletín. Déjame que las saque.
Cuando él hizo exactamente lo que ella le pidió, un sentimiento de pérdida la invadió. Se insultó a sí misma mientras sacaba las llaves del maletín.
«Hogar, dulce hogar». Sólo a unos centímetros de distancia. Debería estar pensando en el confort de su casa, no en el de los brazos de Justin. Debería estar pensando en meterse en la cama. Sola.
Cuando, al cuarto intento, logró meter la llave en la cerradura, lo miró e intentó sonreírle.
Estaba demasiado cansada para preocuparse por el COMPORTAMIENTO DE Justin Probablemente lo había hecho con buena intención. En realidad, no había hecho nada malo.

-Gracias por ayudarme. Al final habría logrado llegar, pero gracias por tu ayuda.
El la agarró del brazo, impidiéndole que entrara.
-¿Hay alguien a quien puedas llamar? ¿Alguien que se quede contigo? No me parece que estés en condiciones de quedarte sola.
-Estaré bien, de verdad. No te preocupes. Gracias -entró en la casa, se apoyó contra la puerta y cerró los ojos. Al cabo de un rato, escuchó las pisadas de Justin alejarse y el sonido de su puerta al cerrarse.
Pensó dejarse caer allí mismo para echar una siesta, pero necesitaba una ducha, cambiarse de ropa y comer algo. Aunque, en aquel instante, pasar el fin de semana allí mismo, sobre unos baldosines que no había fregado ni barrido durante semanas, le pareció una idea fantástica.
Dos segundos más tarde, una oleada de adrenalina inundó sus sentidos e hizo que se olvidara del cansancio.
Había alguien en el piso.
Laura agarró el maletín y, se lo puso delante a modo de escudo mientras miraba en dirección al lugar de donde había provenido el ruido: su dormitorio. Con el corazón en un puño, se acercó de puntillas y se asomó al pasillo. No pudo ver nada. La puerta del dormitorio estaba casi cerrada.
Se quedó muy quieta, intentando pensar en algo a pesar del pánico que la invadía. ¿Había dejado lapuerta entreabierta por la mañana? La cabeza empezó a dolerle por el esfuerzo. No se acordaba. Sin respirar apenas, miró hacia el salón. Allí no había nada fuera de lo normal. No parecía que faltara nada.
Pero no tenía dudas de que había oído algo.
Ahora no oía nada; pero eso podía deberse al zumbido de la presión sanguínea en los oídos. Una combinación de miedo y furia. Sólo pensar que alguien podía haber entrado en su casa la hacía enrojecer de ira.
Finalmente, el miedo fue más fuerte. No tenía ningún sentido enfrentarse a los ladrones. Tenía que escapar mientras pudiera y llamar a la policía. No tenía elección.
Todavía abrazada a su escudo de piel, Laura llegó hasta la puerta de la entrada. Otra vez volvió a oír algo. Se paró y se concentró en escuchar. Era difícil distinguir el sonido. No era como si alguien estuviera abriendo cajones o intentando sacar el ordenador por la ventana.
Dudó un instante y recordó que ya le había ocurrido otra vez. Le había parecido que había ladrones en su casa y había corrido hasta la puerta de Justin, gritando. Después, cuando él había abierto, se había abalanzado sobre él, muerta de miedo. El se acababa de mudar y debía de recordar aquel primer contacto como algo muy original.

Se había portado con amabilidad. Después de desembarazarse de ella, había intentado ir a ver qué pasaba, pero ella no se lo había consentido. Así que había llamado a la policía. Ésta había entrado en el
piso, pistola en mano, y, después de un instante, había salido con el villano. Sin esposar.
El culpable había resultado ser un precioso gatito blanco con un collar con su nombre grabado: Angel. El daño ocasionado había sido mínimo: había acabado con los restos de un sándwich de atún que había encontrado en la basura y se había dado un pequeño festín en el suelo de la cocina. Nada que no se pudiera solucionar con una fregona.
Justin había observado la operación desde la puerta y la sonrisa de su rostro había sido difícil de olvidar. Ella había mirado avergonzada a los policías y, aunque ninguno de los dos dijo nada, se podía leer en su expresión lo que estaban pensando: «mujeres».
Laura se mordió el labio y pensó en las opciones. Ninguna. No podía volver a correr a casa de Justin; tenía que solucionarlo ella sola.
Volvió a oír otro rumor proveniente de la habitación. Un suave rumor que bien podría tratarse del ronroneo de un gatito.
Para asegurarse una vía de escape, abrió la puerta de entrada de par en par y permaneció unos instantes en el rellano pensando qué iba a hacer. Inmediatamente, decidió que tenía que comprarse un teléfono móvil; debía de ser la única persona de todo el planeta que no tenía uno.
-¿Va todo bien? -Justin estaba en su puerta, con los brazos cruzados y un gesto de sospecha en el rostro.
No se merecía ser tan guapo, pensó ella. De hecho, era bastante irritante que cada vez que lo veía le apeteciera suspirar de admiración. Le encantaban sus facciones, que parecían esculpidas con cincel, y su pelo moreno ondulado con un aspecto más suave que en los anuncios.
Y sus ojos... No. Era mejor no seguir por ese camino. No quería pensar en sus ojos. Menos mal que no los veía muy a menudo, porque aquellos ojos oscuros enmarcados por unas pestañas negras y rizadas le hacían pensar en el chocolate, y todo el mundo sabía que el chocolate era un capricho sexual pecaminoso. Sus ojos podían despistarte incluso cuando era posible que hubiera un maníaco asesino en tu propio piso.
Y aquello no era una buena señal.
Justin meneó la cabeza y se acercó a ella.
-Estás blanca como la pared. ¿Qué pasa?
Laura miró aquellos ojos oscuros como el chocolate. Sí. Delicioso. Tenía el ceño fruncido por la preocupación, pero también había una pequeña sonrisa en sus labios. ¿Se trataba de la sonrisa amistosa de un vecino o

aquella condescendiente que quería decir: «mujeres»?
Justin se paró justo delante de ella.
-¿Laura, estás segura de que no estás enferma?
Deberías llamar al médico.
Ella sintió un escalofrío, pero logró dedicarle una sonrisa perfecta.
-No, gracias. Todo está bien, de verdad. Gracias por preocuparte. -él no se movió, así que ella se volvió a su piso. Entonces, él giró sobre sus talones y desapareció por la puerta de su casa, dejando a Laura sola con sus tribulaciones.
No quería reconocerlo, pero saber que él estaba allí la hacía sentirse más tranquila. Si algo pasaba, sólo tenía que gritar y él acudiría en un abrir y cerrar de ojos.
Pero seguro que no había de qué preocuparse.
Dio un paso hacia la puerta abierta de su piso.
Seguro que no había ningún ladrón en la casa. Lo más probable era que hubiera dejado la ventana de la habitación abierta y que Ángel hubiera decidido volver para ver si encontraba más atún.
Agarró un paraguas, por si acaso, y se dirigió hacia la habitación.
Con los músculos en tensión y el paraguas bien sujeto con ambas manos, se asomó a la puerta de su cuarto. Todo parecía estar como ella lo había dejado. La luz del atardecer iluminaba las superficies llenas de polvo, la cama sin hacer y la caja que hacía las veces de mesilla de noche. Todo estaba intacto.
No había señales de ningún ladrón, ni de ningún gato.
Dejó el paraguas apoyado contra la pared y se enderezó para abrir la puerta. Todo aquello para nada. El sonido que había oído debía de haber provenido del exterior o, quizá, del chirrido de alguna ventana.
Entró en la habitación y se sentó en la cama. Menos mal que no había ido a buscar a Justin.
Se quedó mirando la caja y decidió que había llegado el momento de comprarse una mesilla de verdad. Podía pagársela. Ahora podía permitirse muchas cosas.
Entonces vio que algo se movía a su lado, justo detrás de ella, y antes de que pudiera averiguar de qué se trataba, estaba apoyada contra la pared, gritando histérica.
Justin sacó un plato con un trozo de pizza y lo puso en el microondas. Estaba enfadado y no sabía por qué motivo estaba calentando la pizza, si ni siquiera tenía hambre.
Su vecina necesitaba alguien que cuidara de ella. Prácticamente vivía en la oficina, se arrastraba hasta su piso por la noche, como si fuera un

fantasma, y cuando por fin llegaba debía dedicarse a dormir todo el tiempo. Apenas oía ruidos provenientes de su casa, a pesar de los muros de papel.
Excepto cuando se duchaba. Su cuarto de baño estaba justo al otro lado de la ducha de Justin. Laura se daba unas duchas muy largas. A veces coincidían. En sus momentos más débiles, se quedaba allí, en su propia ducha, y la escuchaba. Sentía la imperiosa necesidad de lavarle aquella melena castaña. Quizá aquello era lo que solían llamar fetichismo. Quizá era un fetichista del champú.
Estaba delgada, y cada día parecía estarlo un poco más. No le extrañó escuchar que en sus ratos libres en lugar de comer iba a comprarse ropa.
«¡Mujeres!».
Se quedó mirando la pizza, dando vueltas dentro del microondas. Sería un buen vecino si le llevara el trozo de pizza, ¿verdad? Sería un gesto amistoso. Y no lo desenmascararía como al admirador secreto que pasa las horas escuchando el ruido del agua de su ducha, ¿verdad?
En su cara se dibujó una sonrisa mientras las familiares imágenes de espuma y piel brillante se colaban en sus pensamientos altruistas. En los últimos meses, se le habían ocurrido todo tipo de ideas sobre lo que se podía hacer con una esponja.
Aunque, pensándolo mejor, tendría que cambiar su fantasía. A la velocidad a la que estaba perdiendo peso, si coincidiera con ella en la ducha lo más probable era que pasase el rato contando costillas.
Justin se abalanzó sobre el aparato y abrió la puerta tres segundos antes de que parara. Laura rio era su tipo. Se veía que era una mujer vulnerable que marcaba bien los límites a los hombres como él. Además, siempre procuraba no involucrarse con mujeres que esperaban más de lo que él estaba dispuesto a dar.
Le llevaría la maldita pizza y acabaría con todo
Estaba en la puerta cuando un grito atravesó los muros de todo el edificio. Con la adrenalina bombeándole en las sienes, agarró el bate de béisbol que tenía en el paragüero y, en menos de un segundo, entró en el piso de Laura.

CAPÍTULO 2

ES EL GATO, sólo un gato, le retumbó su voz en el cerebro. Se obligó a mirar a la cama, esperando encontrarse con el gatito blanco mirándola censurador por estropearle el festín.

Pero no.

Laura pestañeó con fuerza cuando la figura de la cama tomó forma. No se trataba de un gato. Era más grande y no tenía pelo y, probablemente, no sabía limpiarse él solo.

¡Un bebé!

Apretó los ojos para ahuyentar la imagen. Quizá el cansancio le hacía ver visiones. Después de todo, estaba trabajando demasiado.

Sí, eso debía de ser. Tenía que ser el estrés. El estrés que le estaba jugando una mala pasada por no dejar descansar a su cuerpo. Quizá su reloj biológico se había despertado por la proximidad de un hombre tan sexy como Justin. El niño tenía que ser un espejismo. Sobre todo, porque si hubiera sido un bebé de verdad, se habría despertado cuando ella gritó.

Pero el espejismo seguía allí.

Durmiendo. Con un aspecto muy, muy real. Una nariz pequeñita, unos mofletes regordetes y unas pestañas largas. El suave murmullo de su respiración la convenció de que era de verdad.

Los espejismos no respiraban.

¿Cómo era posible que hubiera un bebé en su cama? ¿En su piso cerrado con llave? Se dio un pellizco. Si no era un espejismo, quizá fuera un sueño.

No. No hubo suerte.

-¿Laura?

El señor de los ojos de chocolate otra vez. Su voz también era como el chocolate, suave y cremosa. Dulce y amarga. Dejó escapar un gruñido. Debía de haberla oído gritar y, tan galante como siempre, había ido a rescatarla.

-¿Laura? -volvió a decir-. Te oí gritar y la puerta estaba abierta... Voy a entrar, ¿de acuerdo? Voy a llamar a la policía.

Ella pegó un salto y salió al pasillo justo cuando Justin entraba en el piso, con el cuerpo en tensión, listo para la lucha. Llevaba el móvil en una mano y un bate en la otra.

-Estoy bien -dijo ella, intentando sonreír-. No hace falta que llames a la policía. No hay peligro, sólo estaba sorprendida. Perdona si te he asustado.

El levantó la ceja.

-¿Asustarme? El grito me ha helado la sangre. ¿Qué ha pasado?
Laura se echó el pelo hacia atrás, sin saber muy bien qué era lo que estaba pasando.
-Nada malo -exacto, nada malo. Sólo había un bebé en su cama.
-¿Otra vez un gato ladrón?
-Ja, ja -dijo ella apretando los dientes-. No exactamente.
-¿Un perro tal vez?
-Bueno, ya que lo preguntas se trata de un bebé. ¿Has visto a alguien por aquí hoy?
-No. He llegado a la misma hora que tú -Justin se metió el teléfono en el bolsillo-. ¿Un bebé? ¿De qué estás hablando?
-Alguien ha dejado un bebé en mi piso.
-Entiendo -dejó el bate apoyado en la pared-. ¿Vas a cuidarle el niño a alguien?
-Eso parece. Pero no tengo ni idea de quién es. Ven a verlo -sin darle la opción a rechazar la oferta, se volvió hacia la habitación. Él la siguió-. Un bebé. Ahí estaba cuando entré en casa.
Justin se quedó mirando al intruso.
-Entiendo -repitió.
-Bueno, ¿qué opinas? -le preguntó ella con impaciencia.
Él la miró con una sonrisa que parecía una mueca. Se inclinó sobre el niño y lo miró de cerca.
-Sólo está dormido, ¿no? Quiero decir, ¿no estará inconsciente o algo así?
-¿Cómo voy a saberlo? Estaba ahí tumbado cuando llegué a casa.
El shock estaba pasando y ahora sólo sentía confusión. Se acercó a la cama y se sentó en ella sin apartar los ojos del bebé, que seguía plácidamente dormido en mitad del edredón. Si hubiera estado más hacia el borde, se podría haber sentado encima de él, pensó horrorizada. Tenía el pelo negro como el carbón y ligeramente ondulado.
Al fin y al cabo, era un niño precioso, para cualquiera que tuviera instinto maternal. Llevaba un pijama verde, en una manita tenía un chupete y, en la otra, un mordedor.
¿Qué estaba haciendo aquel bebé en su cama? Gracias a Dios que estaba dormido; no sabía nada de bebés. Toda eso hacía mucho tiempo. a a que había sido uno, y
«Piensa». ¿De quién podría ser el bebé? ¿Por qué estaba allí?
-¿Quién es?
Casi se había olvidado de Justin.
-Ya te lo he dicho. No tengo ni idea. No conozco
a nadie con un niño tan pequeño -se llevó las manos a las sienes-. ¿Qué

puedo hacer? -preguntó susurrando-. No me puedo creer que esto me esté pasando a mí.
Justin se encogió de hombros.
-No creo que el niño se sienta mucho más contento que tú cuando se despierte. ¿Estás segura de que no conoces a sus padres? ¿Por qué iba alguien a dejarlo aquí?
-No lo sé. Quizá me dejé una ventana abierta. Justin se acercó a la ventana. -No. Alguien la ha forzado.
-Te lo dije; un ladrón -dijo sintiendo que empezaba a ponerse histérica.
No, no iba a permitirlo. Permanecería calmada y actuaría eficientemente: llamaría a la policía.
Y no pensaba esconderse detrás de Justin como una damisela en peligro.
-Siempre pensé que éste era un vecindario seguro -dijo ella.
-Y lo es.
-De acuerdo. Ahora me siento muy segura –dijo irónicamente-, sabiendo que cualquiera puede subir por la escalera de incendios y entrar en mi casa por la ventana.
-Ahí hay algo -murmuró Justin mirando por la ventana, pero ella estaba demasiado preocupada para prestar atención.
Se acercó al teléfono de la mesilla.
-Voy a llamar a la policía.
Él se plantó a su lado como un rayo y dejó caer la mano sobre la de ella.
-Espera, no llames todavía.
-¿Por qué no?
-No sabemos lo que está pasando. Si llamas a la policía, llevarán a este niño a un orfanato antes de que te des cuenta. Si es el hijo de un amigo o alguien que se ha equivocado, será muy difícil para los padres poder recuperarlo. Quizá ni siquiera tenga padres.
-Bueno, si son capaces de dejar así a su hijo, se merecen lo que la policía les pueda hacer. Le podía haber pasado cualquier cosa mientas estaba aquí solo.
-No estaba solo -Justin seguía mirando por la ventana-. Mira -señaló.
Fuera, en la escalera de incendios, había una gran bolsa verde.
-Su padre o su madre debía de estar esperando ahí a que llegaras, asegurándose de que el bebé estaba a salvo.
-Quizá haya alguna explicación en la bolsa. Justin cruzó la habitación en dirección a la ventana. Laura se puso de pie de un salto.
-¡No la toques! -exclamó ella-. Quizá haya huellas.
É1 no la escuchó, se puso a abrir la bolsa y a rebuscar en el interior.
_Hay una nota.

-Espera -Laura corrió hacia el cuarto de baño y volvió con unas pinzas de depilar. Se dirigió hacia la, bolsa y aguó la nota con las pinzas. Se trataba de una hoja a cuadros arrancada de una libreta. Sólo había cinco palabras: ***«Buena suerte. Estaremos en contacto».***
-¿Qué clase de nota es esta? -dijo ella dejando caer la nota encima de la mesilla.
-Parece que es de alguien que te conoce y que te deja el bebé.
-Yo no conozco a este niño -repitió ella por enésima vez.
Justin dejó la bolsa sobre la cama. Dentro no había muchas cosas, sólo ropa y algunos objetos de baño. Lo sacó todo e inspeccionó la bolsa antes de volver a colocarlo todo en el interior.
-Bueno, al menos sabemos dos cosas de la madre: la ropa es de calidad, así que no le falta dinero. Y es una ecologista.
-¿Cómo lo sabes?
Justin sacó una pila de ropa blanca.
-Pañales que no contaminan. No usa los pañales de usar y tirar con su hijo.
No sólo se trataba de un bebé, sino de un bebé con pañales de tela. El problema se acababa de multiplicar.
Laura dio un paso atrás.
¿Quieres decir de esos pañales que hay que lavar?
-Sí.
-Lo que faltaba. Vamos a llamar a la policía.
-¿Por los pañales de tela?
-Ésa ha sido la gota que ha colmado el vaso.
-No puedes hacer eso, Laura. Alguien confía en ti para que cuides de su bebé. Alguien que quizá tenga problemas. No puedes traicionar su confianza y darle el niño a Asuntos Sociales.
-Pero ¿por qué te refieres a ellos como si fueran un ogro? Están ahí para proteger a los niños.
-Lo sé y lo hacen muy bien. Pero con los niños que no tienen a nadie.
-¿Y este niño a quién tiene?
-A ti. Sus padres te lo han confiado a ti.
-Yo no conozco a este bebé.
Justin se encogió de hombros.
-Quizá sea una antigua amiga. Alguien a quien no has visto en mucho tiempo.
-Quizá... -Laura se sentó en la cama y el niño movió una mano. Después, se volvió a quedar tranquilo. Afortunadamente, eso les daba unos minutos más de paz-. He estado tan ocupada últimamente que casi he perdido el contacto con todos mis amigos, hasta con los mejores.

También tengo amigos de la universidad y del instituto, pero no creo que ninguno de ellos me fuera a dejar a su hijo sin decir ni una palabra -se puso de pie con cuidado para no volver a molestar al pequeño-. Vamos a hablar al salón.
Justin la siguió y se tropezó con ella cuando paró en seco.
-¡Vaya! -exclamó Laura.
Justin la apartó.
-Espera aquí -dijo él adelantándose-. Parece que después de todo sí que ha entrado un ladrón.
¡Qué vergüenza!
-No... este es el aspecto que tiene últimamente.
Él la miró incrédulo y ella se sintió mortificada.
-Bueno, quizá tú seas el amo de casa perfecto, pero yo no. Estoy hasta arriba de trabajo y cuando llego a casa estoy tan cansada que apenas puedo subir las escaleras. No sé cómo he llegado a este desorden... pero las cosas parecen acumularse. Normalmente no soy tan desordenada, así que no me juzgues mal.
-¡Oye, yo no he dicho nada!
-No. Pero tus ojos son muy expresivos.
Justin señaló al sofá.
-¿Podemos quitar las cosas para sentarnos?
-Claro.
Ella agarró un montón de papeles, libros y revistas y los dejó encima de una montaña de ropa limpia sin planchar que estaba encima de la mesa. Al menos, estaba segura de que allí no había ropa interior.
-Siéntate.
Laura se dejó caer a su lado, sintiéndose fatigada ahora que la producción de adrenalina había disminuido.
-¿Conoces a algún ecologista?
-Sí, algunos.
-Bien, eso estrecha el círculo.
-¿Estás sugiriendo que agarre mi listín telefónico y me ponga a llamar a gente para preguntarles si me han dejado hoy a un niño en casa?
-También podríamos esperar a que llamara la madre.
Ella se recostó en el sofá.
-Lo mejor sería llamar a la policía. No conocemos su historia. Por lo que sabemos, podría tratarsede un bebé maltratado.
-Parece que está muy bien cuidado. Incluso va muy bien conjuntado.
Laura negó con la cabeza.
-No puedo, Justin. Aunque quisiera... -volvió a menear la cabeza-. Es

ilegal. Si los padres no vuelven a por el niño y tenemos que llevarlo a la policía
a mí me podrían inhabilitar.
-Yo me hago responsable. -¿Qué?
El hizo un gesto de impaciencia.
-Encontramos al niño en mi piso y yo fui el que decidió esperar a que los padres se pusieran en contacto conmigo.
-¿Y mentirle a la policía?
-Sólo sería un pequeño ajuste de la realidad. Ella entrecerró los ojos. -¿Tú también eres abogado? El se rió.
-No.
-Por cierto, ¿a qué te dedicas? La señora Carlson dice que eres profesor.
-Es cierto, pero ahora me dedico a la logopedia.
Lo último que ella hubiera pensado. Nunca se habría imaginado a un logopeda con una cazadora de cuero y una moto. Bueno, ya indagaría en el tema más adelante.
-¿por qué es tan importante para ti?
-Sé lo que puede ser un orfanato. No se. lo deseo a ningún bebé.
Obviamente, detrás de aquella información había una historia, aunque él lo hubiera dicho con un tono desprovisto de emoción.
-Por favor, Justin. Sé razonable. Un bebé necesita muchos cuidados. Y nosotros no tenemos tiempo.
-Podemos hacerlo. Yo tengo tiempo y quiero ayudarte.
-¿Quieres que nos quedemos con el bebé?
Justin dejó escapar un suspiro que indicaba que estaba siendo muy paciente.
-No estoy sugiriendo que lo robemos, Laura. Sólo que cuidemos de él mientras intentamos localizar a sus padres. Tiene que haber un motivo para que lo hayan dejado aquí. Encontraremos a sus padres.
-¿Y luego qué? ¿Se lo devolveremos a la gente que lo ha abandonado?
-No sé. No conocemos las circunstancias. Ya pensaremos en algo cuando llegue el momento.
Ella meneó la cabeza.
-Justin, no estás siendo razonable. Lo más prudente es dejar esto en manos de la policía y los Servicios Sociales.
-Tal vez sí, tal vez no. Hay gente muy buena, quizá la mayoría. Pero no tenemos garantías. Quizá no lo cuiden bien y lo lleven de un lado para otro. No tendrá la seguridad de un hogar. Estará mucho mejor con nosotros mientras encontramos a su madre.
-Podríamos tener muchos problemas. No sé, Justin -dudó ella.

-Obviamente es alguien a quien conoces. Probablemente llame en uno o dos días para explicarlo todo.
-¿Un día o dos? -preguntó Laura frustrada-. ¿Tienes idea de la cantidad de pañales que tendré que cambiar en ese período de tiempo?
-No.
-Yo tampoco. No sé nada de bebés.
-Mira, yo te ayudaré. Si alguien no se pone en contacto contigo en un par de días, llamaremos a la policía, ¿de acuerdo?
Del dormitorio llegó un ruido. Laura y Justin se levantaron inmediatamente. En la cama, el niño se movió. Laura contuvo el aliento y notó que él hacía lo mismo cuando el bebé abrió sus enormes ojos de color azul oscuro. El niño los miró sorprendido y Laura pensó que en cualquier momento rompería a llorar llamando a su mamá.
El bebé abrió la boca y se rió, mostrando un par de dientecitos que hicieron que a Laura se le encogiera el corazón.
Quizá, después de todo, podía estar bien con ellos. Sólo mientras solucionaban el lío de sus padres.
-Parece que le gusta estar aquí -dijo Justin.
-Necesitamos pañales -dijo Laura, cediendo por el momento-. Y el primer cambio será con pañales desechables, piense lo que piense su madre de los bosques del Amazonas.
-Nada que objetar.
-Después, cuando tengamos los pañales, tendremos que cambiarlo.
_¿Tendremos? -preguntó él, dando un paso hacia atrás-. ¿También tengo que ayudar con los pañales?
Ella lo miró deseando asesinarlo.
-Ésta ha sido idea tuya. ¿Esperas que yo sea la que me encargue de los temas sucios? ¿Estás loco?
-Yo no sé cómo hacerlo.
-No te preocupes, somos dos adultos inteligentes. Lo primero es lo primero: voy a comprar pañales -dijo Laura con firmeza.
-No, voy yo. Estás demasiado cansada. Aunque consiguieras llegar a la tienda, no creo que pudieras volver. Tú quédate aquí con el niño.
«¡Ja! Buen intento». Podía ver el pánico reflejado en sus ojos. Estaba tan aterrado de quedarse a solas con el niño como ella.
-No pienso quedarme sola con él. No tengo ni idea de qué hacer. No se estudian cosas así en la facultad de Derecho.
-No tiene que ser muy difícil. Sólo vigílalo y asegúrate de que no... bueno, de que no se haga daño.
Laura dio un paso al frente y él también.

-Iremos los dos y nos llevaremos al niño, ¿vale?
Laura nunca se había fijado en la enorme sección que los supermercados dedicaban a los bebés. Solamente las estanterías para pañales parecían interminables. La variedad era abrumadora. Nunca se había imaginado todos los factores que había que tener en cuenta.
-¿Cuánto crees que pesa? -miró un paquete de pañales-. ¿Más o menos tres kilos?
-Bastante más -dijo él, sopesando al niño que llevaba en brazos.
El bebé todavía seguía riendo y balbuceando; no
había gritado ni una sola vez. Aquello no podía durar mucho.
-De acuerdo. ¿Más o menos siete kilos? -Unos siete kilos.
-Eso no me ayuda. Un paquete es para bebés de tres a siete kilos y el siguiente de siete a diez. Así que, ¿cuál?
Sin mirarlo, Justin agarró uno de los paquetes y lo echó al carrito.
-Éste.
Laura se encogió de hombros. -De acuerdo.
-¿Qué más? Necesitamos biberones y leche.
-Por supuesto, a menos que estés pensando en darle el pecho -bromeó ella.
Él puso tres cajas de leche en el carrito y ni siquiera le sonrió por el chiste.
-¿Llevamos potitos? -preguntó señalando al siguiente estante.
-No tengo ni idea de cuándo empiezan a comer con cuchara. Ni siquiera sabemos la edad que tiene -dijo Laura.
-Compraremos unos cuantos botes para ver si le gusta alguno. Pañales, comida... ¿qué más? -Toallitas húmedas, chupetes, ¿algún jabón especial?
-Eso suena razonable -afirmó él-. Y unos cuantos juguetes. Y un osito de peluche. Sé que hay juguetes cerca de aquí.
_¿Un oso de peluche?
Él la miró a la defensiva.
-Todos los niños necesitan un peluche. Especialmente si está sólo.
-Tienes razón -dijo ella sonriendo-. Yo todavía tengo el mío, sentado en una estantería de mi habitación. Incluso tiene los dos ojos, pero tiene una pata vendada. ¿Tú todavía tienes el tuyo?
-Yo no tuve ninguno. Tendremos que encontrar uno bonito para el bebé.
-Sí -Laura alargó las manos para tomar al bebé y señaló un estante que le quedaba bastante alto-. Agarra ese gel de ahí y la caja grande de toallitas húmedas. Y tienes razón. Le compraremos un bonito oso a Patrick.
-¿Patrick? ¿Por qué lo llamas así? -preguntó Justin.
-De alguna forma tendremos que llamarlo, ¿no? Me niego a llamarlo bebé todo el tiempo.

-De acuerdo, llamémoslo Patrick. ¿Pero por qué Patrick?
-Parece irlandés. Toda su ropa es verde.
-Una lógica aplastante -señaló él tajante.
En el camino a casa, Patrick comenzó a llorar. No era ninguna sorpresa. Después de todo, al pobre niño no lo habían cambiado en mucho tiempo y no había comido ni bebido nada desde que se despertó.
-Quizá deberíamos ir a mi piso -sugirió Justin-. No es por... Hay más... más sitio.
-¿Es por el desorden? -preguntó ella indignada.
-Por eso también.
-Lo sé. Vivo en una pocilga. Pero es que trabajo catorce horas diarias. Ni siquiera tenía ropa interior limpia esta mañana.
Justin la miró y ella se puso colorada.
-Ahora sí llevo -afirmó-. Ya te lo dije, salí a comprar durante el almuerzo. -Bien.
Fantástico. Ahora tenía al guapísimo de su vecino imaginándosela sin ropa interior. Intentó disimular su incomodidad echando una ojeada al piso. Era un espejo del suyo, pero mucho más arreglado de lo que su piso había estado en meses. Definitivamente, - aquel chico tenía potencial como amo de casa.
Había una fiambrera en la entrada. Ella levantó una ceja.
-¿Ibas a salir a comer?
Justin siguió su mirada y se encogió de hombros. Ella pensó que se ponía colorado.
-Iba a llevártelo cuando gritaste.
-¿A mí?
-Sí, parecías hambrienta. Y todavía no has comido, ¿verdad? -agarró el recipiente y se dirigió hacia la cocina-. No es nada especial -le advirtió por encima del hombro-. Sólo pizza que sobró. Pero primero vamos a prepararle un biberón al pequeño.
Justin calentó agua y añadió la leche en polvo.
-Dáselo tú, yo voy a calentarte la pizza.
Patrick comenzó a tragar la leche sin apenas respirar y Laura se sintió culpable; el bebé debía de estar hambriento.
-Toma. Cómetelo -Justin dejó un plato en la mesa con el trozo de pizza más apetitoso que nadie se pudiera imaginar. Al lado había un gran vaso de leche.
-¿Leche? ¿Con la pizza?
-Te sentará bien. Dame al niño y come.
Sonriente por su tono, Laura le dio el niño y se puso a comer su pizza.

Cuando Patrick acabó el biberón se puso a llorar.
-Es el momento de cambiarlo. Probablemente esté mojado. O peor.
Laura se sintió mucho mejor después de la comida. Se levantó y agarró al niño en brazos. Las mujeres llevaban desde el comienzo de la humanidad haciéndose cargo de los niños; tenía que tener algún instinto para hacer aquello.
-Pon alguna toalla para tumbarlo.
Enseguida el niño estaba sobre el sofá listo para que lo cambiaran. Tenía un pañal de tela, mojado. Con una mueca, Laura se lo quitó y lo echó en una bolsa que Justin tenía preparada. Aquél era un pañal que nadie iba a lavar.
Alargó la mano para sacar una toallita húmeda cuando se dio cuenta de que Justin estaba mirando al bebé con expresión divertida.
-¿Qué pasa? -preguntó ella, siguiendo la mirada de Justin.
Laura abrió la boca con sorpresa.
-Parece que aquí falta algo.

ES UNA niña! -exclamó Laura.
Justin resopló.
-Parece que eres una buena observadora, Laura. ¿Por qué pensaste que era un niño?
-No lo sé. Simplemente me lo pareció -se encogió de hombros mirando la carita de «Patrick»-. No se me ocurrió que pudiera ser una niña.
La niña arrugó la cara y rompió a llorar de nuevo.
Justin le acarició la mejilla.
-Ya está, ya está -la tranquilizó-. No quería decir eso. Un vestido y un lazo en el pelo y estarás tan femenina como cualquiera. Te compraremos algo rosa, te lo prometo -miró a Laura, señalando hacia la niña-. Ahora que la miro detenidamente, está claro que es una niña. Mira esas pestañas largas y rizadas. Obviamente es una niña.
-Tú también las tienes así. Tienes unos ojos preciosos.
Justin la miró con una expresión indescifrable en aquellos ojos oscuros. Laura tuvo que morderse la lengua para no decir algo tan estúpido como lo anterior.
-Ummm... Gracias -dijo él por fin y ella se apresuró a cambiar de tema.
_De nada. Ahora, ¿te parece que volvamos al
asunto del pañal? -Claro.
Laura miró hacia el cielo y se recriminó por echarle un piropo al hombre que ese mismo día la había llamado escuálida.
Preparó las toallitas y la crema, lo que era bastante complicado, porque

tenía que tenerlo todo al alcance de la mano, pero lo suficientemente lejos para que Patrick... Pat no lo alcanzara. Después se concentró en limpiar un culete que estaba ligeramente enrojecido.
-¡Vaya! -exclamó sintiéndose culpable-. Pobrecita, espero que esta crema la alivie.
Pat ya no parecía estar muy molesta. Y daba muchas patadas.
Justin estaba sentado cruzado de piernas a la altura de su cabeza, poniéndole caras divertidas para entretenerla. La niña seguía pataleando mientras balbuceaba y estiraba las manos hacía él.
-Me alegro de que todavía no gatee -murmuró Laura, mientras decidía que ya tenía suficiente crema-. Pásame un pañal.
-Espera.
Justin tenía un paquete de pañales sin abrir en la mano y lo estaba mirando con una expresión que indicaba que algo no iba bien.
Laura dejó escapar un gruñido.
-¿Qué pasa ahora?
-Es un paquete azul.
-¿Qué importa el color, Justin? Pásame uno.
-Hemos comprado pañales para niño.

-¡Oh!
Se quedaron mirando a la niña, que, evidentemente, no era un niño.
-¿No crees que estará bien con un pañal de niño? -preguntó Laura.
¿Le causaría aquello un daño psicológico irreparable?
Él le dio la vuelta al paquete.
-Creo que sí. Sólo se trata de más concentración en un sitio que en otro, ¿no?
-¿Y yo qué sé?
-Pero, tal vez, eso signifique que se le escapará si no le ponemos el pañal adecuado.
Laura agarró el paquete y lo abrió.
-Usaremos uno de estos. Siempre será mejor que nada.
Unos minutos más tarde había dos pañales en el suelo. Pero el tercero ya estaba en su sitio.
-¿Quién iba a pensar que estas cintas adhesivas eran tan complicadas? -gruñó Laura, sintiéndose bastante frustrada mientras se peleaba por ponerle a Pat el pijama verde. ¿Cómo podían ser tan difíciles lo bebés? ¿Cómo podían los pobres sobrevivir en este mundo lleno de pañales de todo tipo? Eso por no hablar de las instrucciones que parecían haber sido

traducidas por un chino.
-Hora de dormir -dijo él cuando la niña estuvo lista.
-Eso nos lleva al siguiente problema. ¿Dónde va a dormir?
-Creo que mi cama es la única opción.
-¿No se caerá? Deberíamos pedir alguna cuna. Mis hermanos tienen al menos tres -dijo Laura.
-La pondremos en el medio y colocaremos algo en los laterales para que no pueda caerse.
-¿Estás segurc? Puedo llamar a alguno de mis hermanos y pedirle una cuna.
-La cama está bien -insistió Justin. Se levantó y se llevó a la niña con él-. No hace falta meter a más gente en este asunto.
La habitación de Justin era mucho más acogedora que la suya. Sin cajas que hacían de mesitas. Sin ropa sucia. Sólo muebles de madera y unos pequeños dibujos a carboncillo adornando la pared. El único pecado era que había un poco de polvo, y una pila de papeles en la mesilla. ¡Tenía hasta la cama hecha!
-¡Vaya! Tu madre te educó muy bien -murmuró.
Justin le dedicó una mirada enigmática por respuesta mientras le pasaba a la niña para apartar la colcha.
-¿Qué quieres decir?
-Que todo está muy ordenado. Yo crecí con dos hermanos. Mi madre lo intentó, pero parecían genéticamente incapaces de poner los calcetines en el cesto.
Dejó al bebé en el medio de la cama y Justin colocó sillas alrededor para que no se cayera.
-Si nadie se los hubiera recogido habrían acabado por aprender -dijo él.
-Lo dudo.
Justin apagó la luz y dejó encendida una lámpara pequeña. Después, el uno al lado del otro, se quedaron mirando a Pat, que estaba allí tumbada con los ojos muy abiertos. Los estaba mirando con expresión enfadada, con los puños apretados.
- quizas necesite algun ritual , sugirió Justin
a lo mejor está acostumbrada a que le lean un cuento.
-Creo que es un poco pequeña para apreciar la literatura.
-Quizá esté acostumbrada a que le canten una nana.
Laura sonrió.
-Me parece una idea excelente. Adelante. -¿Yo? -preguntó él horrorizado-. No sé cantar. Ella no hizo ninguna objeción, pero lo miró con una sonrisa que hizo que él se pusiera un poco colorado.

-¿Me has oído cantar en la ducha, verdad?
Ella chasqueó la lengua.
-No hay nada de qué avergonzarse. Tienes una voz fantástica.
-Gracias -murmuró él, y volvió a dirigir la conversación hacia Pat-. Parece que tiene sueño. ¿Por qué no se duerme entonces?
Pat cerró los ojos con un bostezo, pero se obligó a abrirlos de nuevo, y no parecía muy contenta. Su labio inferior tembló como si estuviera a punto de romper a llorar.
-Quizá tenga miedo. No conoce el lugar. Tal vez si me tumbo a su lado… -dijo Laura-. ¿No te importa?
-No -Justin se sentó en una de las sillas y Laura se acurrucó junto a la niña, acariciándole el pelo con un dedo. El bebé se relajó un poco.
_¿Qué vamos a hacer, Justin? -preguntó ella, soñolienta. De repente sintió que los párpados le pesaban demasiado. Bostezó e intentó mantener los ojos abiertos.
-No lo sé -respondió él, pero ella ya no lo oyó. No había logrado mantenerse despierta. Con los ojos cerrados, las pestañas acentuaban sus ojeras.
Parecía cansada y hambrienta, pensó Justin, mirando su cuerpo menudo, todavía vestido con la ropa formal del trabajo. Al día siguiente les daría de comer a las dos, decidió. Leche para la pequeña y comida para mayores para la grande. Un filete. Patatas. Helado. Necesitaba calorías. Muchas.
Aunque parecía tener sueño, Pat no estaba dispuesta a rendirse. Sus ojos de color azul oscuro lo estudiaban con una expresión seria. Él apartó los ojos y se levantó al sentir que el corazón se le encogía. Aquella mirada le resultaba tan familiar…
Probablemente los niños tenían todos el mismo aspecto, pensó. Probablemente todavía no tenía su color definitivo. O su memoria le estaba jugando una mala pasada. Después de todo, habían pasado muchos años y él sólo tenía cuatro años cuando Ben nació.
Desde entonces, no había visto a muchos bebés. No había querido hacerlo, siempre los había evitado. Pero aquella vez no podía apartarse, no podía entregar aquella niñita abandonada a las autoridades. No podía, especialmente cuando los ojos de Pat se parecían tanto a los de Ben durante aquellos días que estuvo solo con su hermanito, jugando con él durante horas, intentado cambiarle de pañales y darle de comer y, lo que era más importante para su mentalidad de cinco años, mantenerlo entretenido y contento.
Cerró los ojos. Había pasado mucho tiempo desde entonces. Ben tendría unos veintisiete años. Nunca pensaba mucho en él, pero su hermano

pequeño siempre estaría en su corazón, siempre sería parte de él.
No había sido capaz de salvar a Ben. Pero si podía, aquel bebé no sufriría la misma suerte.
-Encontraremos a tu familia, preciosa -le susurró a la niña, que le tenía un dedo bien agarrado-. Y si no son capaces de cuidarte, te encontraremos una familia adoptiva que lo haga: Lo prometo. Tú no crecerás en un orfanato con alguien que te maltrate o que no te cuide bien. No dejaré que eso te ocurra.
Pat sonrió. Parecía que sus palabras la tranquilizaban, aunque, como era lógico, no entendiera su significado. Movió su manita libre, medio enredada en el pelo de Laura, y se quedó dormida.
Justin se separó. Arropó a Laura con una manta y a la nena con un edredón.
Hacían muy buena pareja; parecían madre e hija, acostadas allí juntas. El cuerpo de Laura parecía proteger a la niña, que tenía la cabeza apoyada contra ella.
Justin sonrió y se alejó con un sentimiento extraño atenazándole la garganta: no eran una familia. No eran su familia.
Laura estaba sentada en el suelo del salón de Justin con la espalda apoyada en el sofá donde había dormido él. Por fin, había logrado darse aquella du
cha que tanto necesitaba y cambiarse de ropa. Por otro lado, también había dormido toda la noche de un tirón, así que se sentía bastante bien.
No había planeado pasar así el primer sábado libre que tenía desde hacía siglos, pero no tenía elección. Había estado de acuerdo con los planes de Justin de quedarse con el bebé hasta que encontraran a sus padres. En realidad, no había dicho que sí; pero tampoco había dicho que no. Sólo se había quedado dormida en su cama, junto a Pat, durante unas doce horas.
Se había despertado con dos manitas tirándole del pelo. Cuando abrió los ojos se encontró a la niña mirándola con cara enfadada, mientras intentaba deshacer el enredo.
Todavía no sabía muy bien qué estaba haciendo allí, en el piso de su vecino con una niña que alguien había dejado en su cama. La insistencia de Justin de no llamar a la policía quizá estuviera justificada por su experiencia. Pero ella no podía dejar de pensar que los Servicios Sociales sabrían qué hacer en una situación como aquella.
Por otro lado, ella nunca había estado en un orfanato y no conocía el sistema de primera mano. Quizá Justin tuviera razón. No lo sabía.
Quizá lo mejor era dejarse llevar, ni discrepar ni estar de acuerdo, sólo dejar que el día pasara. De todas formas, era fin de semana. El bebé

necesitaba un día o dos de calma antes de que todo el departamento de policía se le echara encima. Además... miró a Pat y a Justin. Tenía una sospecha.
La pequeña Pat parecía estar bien aquella mañana. Estaba sobre la moqueta, con su pijamita verde, manoteando y pataleando, intentando alcanzar uno de los juguetes multicolores que habían comprado en el supermercado.
A su lado, un oso de peluche enorme con un sombrero verde la vigilaba de cerca. Justin se había encargado de comprar el oso. Le había llevado una eternidad decidirse. Uno no debía apresurarse con aquellas cosas; según él, el peluche tenía que ser el adecuado. A ella le habían entrado ganas de reírse, pero él la había mirado desafiante y Laura tuvo que esconder la cara en el hombro de Pat para ocultar su sonrisa.
Volvió a sonreír al recordar aquella parte tan infantil de Justin. Él levantó una ceja, interrogante, pero ella decidió no compartir su pensamiento con él.
-Parece que no echa mucho de menos a su madre -comentó.
-No -Justin estaba sentado con un ordenador portátil sobre las rodillas. Llevaba más de una hora metido en Internet buscando información sobre el desarrollo de los niños. Antes había intentado averiguar si había algún bebé desaparecido, pero no encontró nada.
-Si no se da cuenta de la ausencia de su madre, podría tener menos de seis meses -dijo él.
-Sí. Pero eso ya lo sabemos, porque todavía no se sienta.
-Sí -él se desconectó y apagó el ordenador-. Ya está. No creo que podamos averiguar más. Si su desarrollo es normal, debe de tener unos cuatro o cinco meses.
-De acuerdo.
Laura se levantó del suelo. La espalda protestó por el esfuerzo. Todas las horas que pasaba sentada frente al ordenador estaban pasándole factura. Pero había llegado el momento de enfrentarse a Justin sobre sus sospechas. Había esperado que se le ocurriera a él, que él mismo mencionara algo, pero no había habido suerte. Tomó aliento antes de hablar. -Justin, tenemos que hablar.
-¿Eh? -su mirada estaba cargada de sospechas. -Sí.
Se sentó en el sofá junto a él y cruzó las piernas.
Después tomó aliento para prepararse para hacer la pregunta. Necesitaba hacérsela. La sospecha era el motivo principal por el que no había llamado a los Servicios Sociales. La sospecha de que la pequeña ya estaba con su padre.

-Justin, sé que esto es una pregunta muy personal, pero es importante. ¿Has tenido alguna relación hace aproximadamente trece o catorce meses?
-¿Si he tenido qué? ¿Por qué me preguntas eso? No se estaba enterando de nada. Lo mejor era simplificar el vocabulario.
-¿Te estabas acostando con alguien hace algo más de un año?
Justin la miró más sorprendido que enojado. -¿Qué tipo de pregunta es esa?
Laura suspiró. Él no estaba ayudándola mucho.
Miró hacia la alfombra y eligió las palabras con cuidado.
-Justin, nuestras ventanas están la una al lado de la otra. Si este fuera tu bebé y su madre, por algún motivo, quisiera dejártelo, eso lo explicaría todo. Confundir tu ventana con la mía habría sido algo fácil. ¿Podría esta niña ser hija tuya?
Justin no lo dudó ni un instante.
-No, imposible. No es mi hija. No puede ser.
La mirada de Laura era afilada, y lo miraba llena de confianza. Aquella era la actitud que estaba acostumbrada a mostrar ante un tribunal.
-¿Estás seguro? -comenzó a decir y, aunque él estaba asintiendo, ella continuó-: Es que, hasta se parece a ti. Mira, la única manera de que puedas estar totalmente seguro es si no te acostaste con nadie durante ese período. Piénsalo bien.
Él le dio una oportunidad e intentó recordar, con el corazón acelerado por la posibilidad de que fuera real. Después negó con la cabeza lentamente.
-Es una presunción lógica, Laura. Pero es imposible. Tiene que haber otro motivo.
-De acuerdo.
No parecía muy convencida. De hecho, estaba bastante enfadada, como si estuviera segura de que le estaba mintiendo.
-Estoy seguro al cien por cien. Es imposible que yo sea el padre de esta niña.
Laura echó la cabeza para atrás y lo miró durante un minuto. Después dejó caer los hombros.
-De acuerdo -dijo con un suspiro-. Era tan lógico... Mírala. Los ojos, el pelo... Es un tono diferente, pero se riza como el tuyo cuando no te lo cortas.
Justin se pasó la mano por el pelo y la miró. Ahora lo llevaba muy corto, pero el hecho de que ella se hubiera fijado en ese detalle lo intrigaba.
-Me temo que es una coincidencia. No es mía. No puede serlo.
El fin de semana pasó sin grandes contratiempos. Sin embargo, el

domingo por la noche, Justin notó que Laura estaba cada vez más nerviosa.
-Mañana tengo que ir a trabajar. No puedo tomarme el día libre. ¿Por qué no han llamado? ¿Acaso esperan que nos quedemos con ella para siempre? -echó las manos hacia adelante con resignación-. Tendremos que llamar a la policía, Justin. No hay alternativa. Sus padres no van a volver. No van a llamar.
Justin le dio el biberón a Pat, con las mangas remangadas y un trapo tapándolo por delante. Estaban aprendiendo muchas cosas y él ya era un experto en evitar las manchas.
-No te preocupes, yo me quedaré con ella mañana -dijo él-. Puedo posponer mis cosas. Tómate el postre.
Laura agarró la cuchara y comenzó a tomar su helado.
-No debería comer esto -murmuró-. ¿Estás intentando convertirme en una pelota? Hay un límite en la cantidad de helado y chocolate que una persona debe comer durante un fin de semana. ¿Siempre comes así? No lo creo, no cabrías en tu reluciente moto.
Justin la miró con indignación fingida y alejó el tema de su misión de engordarla.
-¿Reluciente? Mi moto no está reluciente.
-¿Ah, no? Seguro que le sacas brillo un par de veces a la semana -dijo ella señalándolo con la cuchara-. Eres un presumido, Justin Bane.
Él sonrió.
-Bueno, es el amor de mi vida. Admítelo, te mueres por subirte en ella.
-En absoluto -negó ella- Ya me subí a una moto en una ocasión y no me gustaría repetir la experier3cia. Y eso que no era tan grande como la tuya, sólo era una de las pequeñas.
-¿Te refieres a un ciclomotor?
-Lo que sea -dijo ella, encogiéndose de hombros-. Tenía dos ruedas y atraía a más adolescentces que un ejemplar de Playboy. Para mí era una moto.
-Ignorante -murmuró Justin-. Pat, recuérdame gnre en el futuro te hable de motos. La chicas tienaen que aprender a distinguir las cosas buenas de la vida -volvió a mirar a Laura-. ¿Qué le hiciste al cicltomotor?
Para satisfacción de Justin, Laura se estaba acabando el plato de helado.
-Bueno, agarré la moto y mi hermano me d ijo que girara el manillar, o como se llame, para ponerla en marcha. Yo lo hice y la maldita cosa salió disl,parada. Sobre una rueda. Estaba acelerando el mol-tor, corriendo para no caerme y chillándole a mi hnermano que me salvara de una muerte segura.

Justin se inclinó sobre Pat, convulsionado por un ataque de risa. Laura le dedicó una mirada maliciosa.
-Sí, muy divertido. Pero mi hermano tardó en reaccionar.
-Le tenías que haber dicho que salvara la moto.
Eso lo habría puesto en marcha.
Laura gruñó.
-Tienes razón. Aquella moto hasta tenía nombre.
Y mi hermano todavía me echa en cara lo que le hice a su pobre moto. Todavía no me ha perdonado.
-La moto de un hombre es realmente importante para él. Ése es uno de los grandes abismos entre un hombre y una mujer. Las mujeres no lo entienden.
Lo que no comprendo es por qué los expertos no se han puesto a discutir el tema. Las mujeres serían mucho más fáciles de tratar si comprendieran cosas como el fútbol y las motos.
-Nosotras no somos las... -Laura le dio en el brazo-. Estás intentando molestarme, ¿verdad?
Justin se rió y comenzó a mecer a Pat, a la que ya no le interesaba el biberón.
-Pensé que ya estarías acostumbrada. Con ese hermano tuyo...
-Sí. Ahora es mecánico. Le llevo mi coche de vez en cuando. El me lo arregla gratis, pero, a cambio, tengo que aguantar que le cuente a sus compañeros una versión adornada de la historia de la motocicleta cada vez que voy por allí. El opina que es un intercambio justo. Yo lo dudo.
-Pobre Laura -se burló él.
Laura apartó el plato del helado y lo miró.
-Parecerías más sincero si no te. estuvieras riendo. ¿Y tú? ¿Tienes algún hermano malvado? ¿O alguna hermana a la que torturar?
-No -la pregunta todavía le dolía. Había pasado un cuarto de siglo, pero todavía le dolía recordar a Ben-. Una vez tuve un hermano, pero murió hace mucho tiempo. Era un bebé.
-Oh, lo siento.
Ella lo miró con compasión, pero él no quería eso.
-Pasó hace mucho tiempo -apartó su plato de helado, que estaba intacto, y lo puso delante de Laura-. ¿No habías dicho que tenías más de un hermano?
-Sí. Dos. Los tres os llevaríais muy bien. Es otro machista con una obsesión total por el fútbol y los coches. Tiene una tienda de deportes.
-¿Qué historias cuenta de su hermana?
Laura se encogió de hombros y de manera distraída comenzó a tomarse

el helado.
-Bueno, están los animales. Los bichos, las ranas, las serpientes... Cuenta la historia de una vez que tuvo que quedarse cuidándome. Yo sólo tenía cuatro años, y me obligó a quedarme quietecita en mi habitación poniendo unas cajas con arañas en la puerta.
-Debes de haber tenido una infancia fascinante.
-Estoy teniendo mi venganza. Cada uno tiene dos niños -se rió Laura.
-Seguro que reciben un montón de regalos ruidosos de su tía Laura.
-¿Cómo lo has adivinado? Incluso le regalé a Gavin una batería las Navidades pasadas. Me va a adorar para siempre.
-¿Qué pasaría si los pequeños monstruos tuvieran una hermanita? ¿Tienes algún plan para protegerla?
-Por supuesto. Los amenazaré con quitarles los juguetes si no la tratan bien -se quedó mirando su plato-. ¡Oye! ¡Me he comido todo el helado!
Justin sonrió.
-Bien. No puedo permitir que le claves las costillas a la pobre Pat -le pasó a la niña, que se había quedado dormida.
Con el ceño fruncido, Laura se alisó la camiseta para ver si se le notaban las costillas.
-Por si no te has dado cuenta, estar «escuálida» está de moda -dijo a la defensiva.
Sintiendo un impulso, Justin se inclinó sobre ella y le dio un beso en los labios, después se levantó y empezó a poner las cosas en el lavavajillas-. Helado -le explicó al verle la cara de sorpresa-. Tenías un poco en el labio.
¡La había besado! Era un beso del estilo de los que le daba a Pat, pero sus hormonas no habían tenido en cuenta ese pequeño detalle. Era una estúpida, estaba dejando que un beso inocente le revolviera todas las emociones.
Le devolvió la niña a Justin y le dio instrucciones para que le pusiera un pañal limpio y la acostara. Ella acabó de llenar el lavavajillas, intentando no pensar en su original manera de limpiar el helado. Había sido un gesto tonto.
Después de todo, estaba escuálida. No era su tipo. Y él tampoco era el de ella. A pesar de sus ojos color chocolate.
Acabó de recoger la cocina en un tiempo récord y salió a buscar a Justin. Él la había distraído del tema de Pat, pero era una tema que no podían posponer mucho más tiempo.
Los encontró en el baño. Justin estaba de rodillas al lado de la bañera, con el bebé sumergido en el agua. Tenía los hombros en tensión por la concentración. La pequeña estaba chapoteando y gritando de alegría y

Justin estaba empapado.
Laura pensó que era una escena preciosa.
-¿Qué tal todo por aquí?
Justin la miró con la cara y el pelo llenos de agua.
-Llegas a tiempo. ¿Puedes sujetarme la toalla para que la saque?
Laura hizo lo que le pedía.
-Creo que serás un padre estupendo algún día. La mirada que él le dedicó estaba llena de incredulidad, como si ella hubiera sugerido que diera su moto en adopción.
-No lo creo. ¿Puedes ir a buscar el pijama? Cuando Pat se hubo quedado dormida, Laura acorraló a Justin.
-De acuerdo, vas a quedarte con ella mañana. Pero ¿qué pasará pasado mañana? No podemos continuar así. Nos meteremos en un lío.
-Le dimos un par de días -dijo él con cabezonería-. Sus padres nos la dejaron a nuestro cuidado. Un par de días y nos pondremos en contacto con las autoridades. No podemos librarnos de nuestra responsabilidad con esta niña.
La línea obstinada de su mandíbula le dijo que no iba a conseguir nada más de él. Laura suspiró, considerando las alternativas. Se le ocurrió algo y chasqueó los dedos.
-Ya sé. Podemos contratar a un detective privado. Si la madre no se pone en contacto con nosoros, quizá podamos dar con ella. Y lograr que nos dé una explicación.
_¿Qué investigaremos? No tenemos ninguna pista.
Ella se encogió de hombros.
-Hay expertos. ¿Quién sabe lo que puede ser una pista? ¿Las etiquetas de la ropa tal vez? Y quizá todavía haya huellas en la ventana. Justin, vamos a llamar a un detective. Esa pequeña necesita a su familia.
Justin se quedó en silencio durante un instante; después se encogió de hombros.
-De acuerdo, si mañana no pasa nada, contrataremos a un detective.

CAPÍTULO 4

PAT NO era nada divertida por la noche.

Por el día dormía sin problemas, pero en cuanto llegaba la noche se despertaba y no dormía más de dos horas seguidas. Antes no había sido tan duro, cuando estaban los dos para turnarse, pero Laura tenía que levantarse temprano y se había ido a descansar.

No era tan fácil encargarse él solo. Ni tan divertido. Laura tenía un fantástico sentido del humor a las tres de la mañana. Y aunque le lanzaba punzadas sarcásticas, merecía la pena.

A las cuatro de la mañana, dejó de intentar dormir a Pat. La temperatura tampoco ayudaba mucho. Los dos tenían calor y estaban sudando y la pequeña parecía decidida a no dormirse.

-Iremos a dar una vuelta, Pat -le dijo-. Te enseñaré los columpios del parque que hay detrás de la casa. ¿Qué te parece eso? Quizá los probemos a ver si con el movimiento te entra sueño.

Parecía una noche de verano más que de otoño, así que sólo se puso unos vaqueros y una camiseta; sin embargo, con Pat no quiso correr riesgos, y le puso unas cuantas capas de su ropita verde.

La niña dejó de llorar en cuanto salieron a la calle.

-¿Sabes? Mi hermano Ben tampoco dormía muy bien -le dijo a Pat mientras se sentaba en el columpio-. Se despertaba todo el tiempo y yo nunca sabía qué le pasaba -se acomodó a la niña en los brazos-. pesaba mucho y no podía llevarlo en brazos porque yo mismo era muy pequeño. Quizá eso era lo que quería, que lo agarrara y lo paseara un poco. Como tú.

Se impulsó en el columpio mientras seguía recordando a su hermano. Nunca había podido tomarlo en brazos. En lugar de eso, se sentaba con él en el suelo y le acariciaba la cabeza, meciéndolo. A veces había funcionado y Ben se había calmado. Pero otras veces Ben había llorado más fuerte, con la cara roja, sin que él pudiera hacer nada para calmarlo.

Apretó la mandíbula, recordando el día que los habían separado de su padre. Al principio, él se había sentido aliviado porque Ben era muy infeliz y estaba todo el tiempo llorando, tosiendo y gritando. La primera noche lejos de casa, durmieron juntos en una habitación pequeña. Ben había lloriqueado casi toda la noche, aunque se calmaba cuando él lo agarraba de la mano.

Al día siguiente, a Ben lo llevaron al médico. Nunca volvió.

Respiró el aire fresco de la noche y apretó a Pat contra él. Los movimientos rítmicos del columpio habían funcionado; con la carita

oculta en su pecho, se había quedado profundamente dormida.
-Intenté encontrarlo -susurró-. La -rabieta me duró meses e incluso me escapé varias veces para ir a buscarlo. Nunca conseguí nada. Nunca me dijeron lo que le había pasado. No fue hasta muchos años después que me dijeron que había muerto al poco tiempo. Ya estaba enfermo cuando nos acogieron.

Justin permaneció allí un rato, con Pat entre los brazos y Ben en los pensamientos, meciéndose hasta que el columpio perdió inercia y dejó de moverse.
-Bueno -murmuró, obligándose a volver al presente-. Vamos a ver si te despiertas en cuanto te deje en la cama. A mí no me importaría dormir un ratito, ¿sabes?
Cuando estuvo delante de la puerta de su casa, se dio cuenta de que aquel plan tenía un fallo. -Maldita sea exclamó apoyado contra la puerta.
En cuanto el golpe en la puerta la sacó de sus sueños, Laura se sintió culpable, incluso antes de despertarse. Se sentó en la cama, desorientada durante momento, llena de pánico. Algo debía de haberle pasado a Pat.
No debería haber dejado a Justin solo con el bebé. Pero él había insistido en que ya llevaba solo con ella todo el día. Así que también podía quedarse por la noche para que ella pudiera dormir un rato. Además, a pesar del tema genético, a ella no se le daba mucho mejor que a él.
Y ahora eran casi la cinco de la mañana y algo pasaba. ¿Por qué si no iba a llamar a su puerta a aquellas horas?
-¿Qué pasa? -preguntó en cuanto abrió la puerta, mirándolo a él y a la niña-. Antes la oí llorar, pero hace un rato que ya no la oigo -se inclinó para ver mejor a la niña. No había sangre y estaba dormida. Por ahora, bien.
Justin la miró avergonzado.
-No pasa nada. Me he quedado fuera.
-¿Que te has quedado fuera? -repitió ella, sintiéndose aliviada. No le pasaba nada a la niña-. ¿Con la niña? ¿Qué ha pasado?
Justin se encogió de hombros.
-Teníamos calor y no se dormía, así que decidí dar una vuelta por el parque de atrás.
-¿Y te olvidaste las llaves?
-Sí.
Laura se apartó para que pasara, agradecida de haber dedicado unas horas a limpiar la casa.
Los hombres tenían una aspecto muy sexy con un niño en los brazos,

pensó mirándolos. Sobre todo en medio de la noche, con el pelo alborotado y la cara soñolienta.
Por lo menos, éste lo tenía.
-¿Quieres llamar a un cerrajero? -preguntó ella, intentando recuperar la cordura.
-No, la ventana de mi cuarto está abierta. Sólo tengo que salir por la tuya y colarme por la mía.
¿Por qué sonaba aquello tan sugerente?
Laura suspiró mientras se dirigía a su habitación. Definitivamente estaba loca.
-Siento haberte despertado -dijo Justin en voz baja para no despertar a Pat-. ¿Puedo dejarla en tu cama mientras abro mi piso?
-Claro. Y no te preocupes. Iba a levantarme temprano de todas formas. Mi hermano va a venir a echarle un vistazo al coche antes de ir a trabajar, así que tenía puesto el despertador más temprano.
Justin dejó a Pat entre los almohadones y salió por la ventana. Desde fuera la miró con seriedad.
-Trabajas demasiado.
-Soy nueva en la empresa y tengo que impresionarlos.
Él gruñó por respuesta y desapareció.
Laura se metió en la cama con la pequeña. La niña estaba sudando, así que le quitó algo de ropa con cuidado.
-¿Estaréis bien hoy? -susurró-. Me siento fatal por dejaros solos; pero, a decir verdad, a Justin se le da mejor que a mí. A mí me da pánico romperte un brazo mientras te pongo una camisa.
Pat abrió los ojos y sonrió.
-¡Vaya! Te he despertado -Laura dejó que la pequeña le agarrara un dedo-. Debería haber llamado a mis hermanos y a mis cuñadas. Ellos tienen toneladas de experiencia. Seguro que sabrían qué hacer contigo.
-Lo estamos haciendo bien -le dijo Justin desde la ventana-. Si se lo contamos a más gente, será peor. Con un poco de suerte, todo se resolverá hoy.
-¿Tienes algún problema con las puertas?
Él se encogió de hombros.
-Así es más rápido.
-Claro -murmuró ella-. Motoristas temerarios. La velocidad es lo primero.
Justin sonrió. Se sentó al otro lado de Pat y empezó a hacerle carantoñas. A cambió, logró una de sus irresistibles sonrisas.
-Laura, ¿has decidido qué vas a hacer si descubres que sus padres esperan que te hagas cargo de ella de manera permanente?

-Eso no va a pasar.
-Pero, ¿y si pasara? -su cara estaba muy seria, pero no la estaba mirando a ella; tenía la mirada fija en Pat-. ¿Qué harías?
Laura sintió que se le encogía el estómago.
-Eso es imposible. No puedo cuidar de un bebé. -¿Nunca has pensado tener uno?
-Sí. Bueno, no. Es decir, no lo tenía pensado. Si alguna vez conociera al hombre adecuado, me imagino que sí. Si tuviera tiempo para tener una familia.
No lo sé. Pero lo que tengo claro es que nunca planeé convertirme en madre soltera de una niña huérfana. -¿Te gustaría tener una familia?
-Sí. Crecí rodeada de hermanos. Eran terribles, desde luego; pero, aun así, los quiero. ¿Y tú?
-No estoy en contacto con ningún pariente. -Je gustaría tener tu propia familia? Justin se inclinó sobre la niña. -No está en mis planes. -¿No va con tu estilo de vida?
-Algo así -se puso de pie con Pat en brazos-.
Que tengas un buen día en el trabajo.
Laura se puso de pie de un salto y buscó un lápiz y un papel.
-Toma. Mi número del trabajo. Si pasa algo, llámame.
En aquel momento sonó el timbre y Pat dio un bote en los brazos de Justin.
-¡Está abierto! -se oyó una voz en las entrada-.
Hermanita, no deberías dejar la puerta abierta. -Maldita sea -susurró Laura mirando a Justin y al bebé. Steve llegaba temprano. No necesitaba aquello. ¿Cabrían Justin y Pat en su armario? ¿Debajo de la cama? ¿Detrás de las cortinas?
-Me temo que me olvidé de mi capa para hacerme invisible -susurró Justin con una sonrisa al verle las intenciones en la cara. Ella meneó la cabeza con irritación.
-No me gusta cuando haces eso -murmuró.
-¿Hacer qué? -preguntó él, inocentemente.
-Cuando me lees el pensamiento y te ríes de mí.
Justin se rió.
-Bueno, me estabas mirando como si fuera una basura apestosa de la que necesitaras deshacerte. ¿Cuál es el problema? ¿Es muy protector tu hermano e intentará defender la virtud de su hermana? ¿Crees que voy a necesitar mis guantes de boxeo?
Las pisadas de su hermano estaban cada vez más cerca.
-¿Hermanita? ¿Te has quedado dormida?

Laura se lanzó hacia la puerta, pensando que todo lo que tenía que hacer era hablar con su hermano fuera de la habitación, y así no tendría que soportar ninguna pregunta.
No era que Steve fuera muy protector, como Justin había imaginado. Todo lo contrario; en seguida pensaría que era su pareja. Tenía que evitar que se conocieran o invitaría a Justin a la comida del domingo en casa de su madre antes de que éste tuviera tiempo de explicarle que las familias no eran su estilo.
-¡Vaya! -exclamó Steve cuando Laura se abalanzó sobre él-. ¿Dónde está el fuego? ¿Por qué estás todavía en pijama? ¿No íbamos a arreglar hoy tu coche?
Ser baja tenía algunos inconvenientes. Uno de ellos era que resultaba imposible esconder nada detrás de una. La gente podía mirar por encima de tu hombro y ver lo que había detrás. Eso era lo que Steve estaba haciendo en aquel momento. Tenía los ojos muy abiertos mirando hacia la habitación. Ella se imaginó que lo que atraía tanto su atención no era la cama sin hacer, sino el hombre de metro ochenta y cinco que estaba sentado en ella.
Laura dió un paso hacia atrás y suspiró resignada.
-Buenos días, Steve.
Justin le hizo un gesto.
-Hola. Soy Justin Bane, de la puerta de al lado.
Steve entrecerró los ojos y señaló a Justin.
-Creo que he oído hablar de ti. Espera, tú debes de ser el tipo de la moto, ¿verdad? Laura me lo ha contado todo sobre ti.
Oh, Dios. ¿Por qué decía eso Steve? No había hablado tanto de él, pensó molesta. Sólo lo había mencionado porque compartía con ellos su afición por las motos. ¿Cómo era posible que se acordara? ¿Y por qué tenía que decirlo como si pareciera que ella no paraba de hablarle a su familia de él? Iba a parecer una quinceañera enamorada.
La sonrisa de su hermano era enorme, pero se agrandó aún más cuando ella lo miró.
Oh, ya estaba con sus planes para emparejarla. Estaba haciéndolo adrede.
-Yo soy Steve -le dijo a Justin-. El hermano mayor. El que arregla coches y lavadoras. Y, por supuesto, su favorito.
Justin se puso de pie, con Pat en brazos, y le estrechó la mano.
Steve abrió aún más los ojos al ver a la niña.
-Qué escena tan bonita. Nunca me dijiste que habías adoptado a una niña.
-No he adoptado a nadie. La niña...

Justin intervino.
-Es mía. Estaba solo con ella y necesitaba ayuda. Tu hermana me ha ayudado mucho.
-Él no es el...
No pudo decir la última palabra porque los labios de Justin se estrellaron contra los suyos el tiempo suficiente para evitar que siguiera hablando. También ayudó el pellizco que le dio en el brazo.
-Gracias por ayudarme con mi hija, Laura. Hasta la noche -dio un paso hacia atrás, dejando a Laura sin habla, y le hizo un gesto a Steve-. Encantado de conocerte. A propósito, ¿eres el que la aterrorizaba con las arañas o al que casi le destroza la motocicleta?
Steve dejó escapar un suspiro.
-Mi motocicleta. Mi Suzy. Tres arañazos enormes y un bollo. Por cierto, tienes una moto preciosa.
-Estuve coja durante semanas y, una década después, sólo te acuerdas de unos cuantos arañazos que apenas se notaban.
Los hombres intercambiaron unas miradas de compresión y Laura entendió que era una causa perdida. Justin ni siquiera se dio cuenta de que ella se estaba frotando el brazo donde la había pellizcado.
Se inclinó sobre Pat y la besó en la frente.
-Sé buena, Pat -le susurró a la niña, intentando ignorar el magnetismo del hombre que tenía a la pequeña en brazos-. Hasta la noche.
Justin estaba sonriendo cuando ella volvió a incorporarse.
-Estará bien -agarró la manita de la niña y la ayudó a decir adiós. Laura se quedó mirándolos mientras salían de su casa.
Para ser un hombre que decía que no le gustaban las familias, estaba haciendo un trabajo excelente. Steve la rodeó con un brazo y la apretó.
-Bueno, ¿vas a vestirte para bajar conmigo y me vas a contar la historia de tu novio y su hija?
Ella le puso las manos en el pecho y lo empujó para que saliera de la habitación. Después, le cerró la puerta en las narices.
Sus risas atravesaron la puerta.
-Puedes esconderte, pero no puedes huir -gritó-.
Tengo la obligación de contarle todas tus historias amorosas a mamá. Ya lo sabes. Especialmente, si tiene algo que ver con futuros nietos.
Laura se vistió en un tiempo récord, contenta de haber tenido tiempo de poner alguna lavadora entre pañal y pañal.
Esa mañana no había tenido que ponerse las braguitas con poemas en francés.
Cuando salió, Steve estaba sentado en el sofá. -Justin no es mi novio -le

informó-. Y no me gusta que intentes avergonzarme delante de mis amigos. -Lo siento -dijo él con una sonrisa-. Es la costumbre. En mi defensa, tengo que decir que no te besó como si sólo fuera un amigo tuyo.
-Pues lo es -replicó ella.
Hecha aquella aclaración, se acercó a la puerta. -A propósito, no es su hija -añadió cuando llegaron al portal y ella podía estar segura de que Justin no iba a sellar su boca con ningún beso.
Steve agarró su caja de herramientas y abrió el capó del coche.
-¿Ah, no?
-No. Lo dijo porque tenía miedo de que llamaras a la policía o algo así.
-¡Ay! -Steve se frotó la cabeza, donde se había golpeado con el capó-. Repíteme eso. ¿Llamar a la policía? ¿De qué estás hablando? ¿Es que ha secuestrado a la niña?
Laura le contó la historia, haciendo una pausa cada vez que su hermano dejaba de trabajar en el coche. Le iba a contar toda la historia, pero Steve tendría que trabajar para escucharla.
Como resultado, estaba dejándole el coche bastante bien. Acabó justo cuando ella se estaba quejando del comportamiento de Justin, que se había negado a llamar a la policía.
-A mí me suena bastante lógico -tuvo la desfachatez de decir Steve mientras se limpiaba las manos con un trapo bastante sucio-. Creo que lo mejor es esperar a que llamen los padres.
Laura levantó la ceja sorprendida.
-Sólo lo dices porque él se compadeció de tu moto.
Steve cerró el capó.
-No, de verdad. Si alguien te pide que cuides de su hijo, tú cuidas de su hijo. No lo llevas a la policía como si no pudieras hacerlo. Por ahora estarás bien. Pero no es para siempre. El fin de semana te echaré una mano.
-Gracias, Steve. Te besaría si no estuvieras tan sucio.
-¿Así que habéis estado jugando a las casitas todo el fin de semana?
Laura miró hacia la ventana de Justin. -Algo así.
-¿Te gusta, verdad?
-¿Y qué si me gusta? ¿Vas a escribirlo en la pared? Eres peor que mamá.
Él se rió.
-Sólo queremos que seas feliz.
-Ya lo sé -dijo ella frotándole la cabeza.
Laura agarró el teléfono por séptima vez aquella tarde y, por séptima vez, volvió a dejarlo en su sitio.

Seguro que estaban bien, se dijo a sí misma. ¿Por qué iba a ser ella indispensable para la pequeña? Ella era tan novata como Justin.
Ese día le estaba costando concentrarse en el trabajo. Miró el reloj y dejó escapar un suspiro. Si tuviera un horario normal, ahora debería estar camino de casa. La mayoría de las oficinas se estaban quedando vacías y casi todos los pasos se dirigían al mismo sitio: el ascensor y la libertad.
Dos horas más y estaría libre para irse a casa. A casa, con Justin y Pat, y todas las tareas que había que hacer. Bañar y dar de comer a la niña, lavar su ropita de color verde, cantarle nanas, llamar al detective...
¡Llamar al detective!
Laura se puso de pie de un salto. Habían planeado llamar al detective si no tenían noticias de los padres. Tenía que irse a casa antes de que cerraran o no conseguirían localizar a ninguno.
Con una mezcla de alivio y ansiedad, Laura hizo lo impensable: dejó el edificio cuando todavía era de día.
Una vez en el portal, fue directamente a casa de Justin.
-Hola -extendió los brazos para tomar a la niña, sorprendida al darse cuenta de lo mucho que la había echado de menos. Y a Justin también. Alejó aquel sentimiento de un plumazo, molesta con aquellas emociones traicioneras. No podía dejarse llevar por aquella ilusión de familia. No duraría mucho-. ¿Qué pasa?
-Nada -respondió él mientras le daba la niña-. Lleva todo el día molesta. Quizá te echaba de menos.
En aquel momento, una sonrisa enorme apareció en la carita de Pat. Laura tuvo que hacer un esfuerzo para tragarse el nudo que tenía en la garganta.
-Te gustará saber que mi hermano está de acuerdo contigo.
-¿De acuerdo con qué?
-Con lo de esperar a que aparezcan sus padres. -¿Se lo has contado? Me parece increíble -dijo
él, enfadado-. Te dije que no se lo contaras.
-Es mi hermano, Justin. Podemos confiar en él. -Lo mejor es que nadie lo sepa hasta que encontremos a su madre.
-Tú no tienes familia cercana, ¿verdad?
-¿Qué tiene eso que ver? ¿No llegas hoy muy temprano?
-Sí. Recordé que teníamos que llamar al detective.
-Ya lo he llamado yo. Laura suspiró.
-Genial. Voy a casa a darme una ducha. Enseguida vuelvo.
-Toma una copia de la llave. Por si estamos dormidos.
-¿Una llave? -preguntó ella atónita.

-De mi piso.
-¿Una llave de tu piso? -repitió mientras él le ponía la llave en la mano y le cerraba el puño.
-¿Qué te parece tan extraordinario? -preguntó Justin.
-Nada. Es que no estoy acostumbrada a tener la llave de nadie.
Justin sonrió.
-Bueno, yo tampoco estoy acostumbrado a darle mi llave a nadie. Estamos en paz.
-Sí. Gracias. Vuelvo en un momento.
Le dió un beso a Pat y se dirigió hacia su puerta.
En su buzón había un montón de cartas. Agarró el montón y les echó un vistazo, dejándolas una a una encima de la mesa. Ya las vería más tarde. Nunca había nada interesante, y aquella vez no era diferente: propaganda y cartas del banco.
Y una hoja de papel, doblada por la mitad.

CAPÍTULO 5

EL MISTERIO de la paternidad de Pat estaba resuelto.
Al contratar a un detective lo habían conseguido. Todavía no había llegado el investigador y ya tenían resultados.
Laura se sentó en la mesa de la cocina, con los guantes de lavar los platos. Parecía que no había mucha necesidad de conservar las huellas, pero, por si acaso, no iba a arriesgarse a estropear las pruebas.
La carta explicaba un par de cosas. Justin también tendría que explicar por qué había dicho que era imposible que fuera el padre de aquella preciosa niña.
Una niña que se llamaba Jenna.
¿Por qué lo habría negado tan rotundamente?
¿Y por qué se sentía ella tan traicionada?
Apoyó la barbilla sobre los nudillos y miró por la ventana hacia la copa del árbol de la calle. Había confiado en él; ése era el problema. Había creído en él, había creído que no era un tipo capaz de abandonar a su novia embarazada, de negar la responsabilidad que conllevaba ser padre.
Se había equivocado.
Pero ahora ya sabía la verdad. La niña estaba con su padre. Todo lo que tenía que hacer era mostrarle la carta.
Se levantó y se dirigió al piso de Justin. Entró con la llave. El salón estaba vacío y se dirigió hacia la habitación, donde debía de estar la niña durmiendo. Entró sin llamar. Después de pasar la mayor parte del fin de semana con ellos, creía que tenía derecho. ¡Qué diablos! Si quería, tenía derecho a echarle un cubo de agua helada por la cabeza. Se lo merecía.
Justin estaba dormido al lado de su hija.
Estaba durmiendo boca abajo, con la cara hacia Jenna, que estaba profundamente dormida. Para martirio de Laura, era una estampa adorable.
-¿Justin? -susurró para no despertar a la niña.
Si Jenna no hubiera estado allí, lo habría despertado con un grito. Se lo merecía por dejar a una mujer embarazada y, después, negar la mera posibilidad. ¡Hombres! ¿Cómo podían ser tan irresponsables? ¿Tan crueles?
Justin no respondió. ¿Cómo podía haberse quedado tan dormido en sólo veinte minutos? Debía de haber estado despierto con la niña toda la noche.

Ni siquiera se movió, excepto para meter la mano por debajo de la almohada. No era tan diferente de Pat... de Jenna. Los ojos era iguales, las pestañas, idénticas. Su mirada permaneció sobre él demasiado tiempo antes de elevar los ojos al cielo.
Incluso ahora, sintiéndose dolida y traicionada, sentía atracción hacia él. ¿Qué le pasaba?
Era hora de despertar al papá y decirle un par de verdades.
-Justin -repitió, un poco más alto-. Levántate.
-¿Urnmm? -Justin levantó la cabeza durante un segundo y la volvió a dejar caer, escondiéndola debajo de la almohada.

-Despierta -le dijo ella todo lo enfadada que pudo, deseando tener agallas y fuerza para sacarlo de la cama-. Levántate, Justin. Tenemos que hablar. El misterio está resuelto. He encontrado al padre de la criatura.
-¿Que has qué? Eso es fantástico. ¿Quién? ¿Cómo?
Con dificultad, se incorporó sobre el codo y se apartó el pelo de los ojos para mirarla. Ella tomó aliento y se encontró mirando de nuevo hacia el techo.
-Vamos a hablar en el salón para no despertar a Jenna.
-¿Jenna? -miró a la niña, que estaba dormida con el pulgar en la boca-. ¿Es ése su nombre? Me estaba acostumbrando a llamarla Pat.
Laura se giró y salió para esperarlo en el salón. El entró un instante después, bostezando.
-¿Dónde está el padre? ¿Podrá cuidar de ella? Bueno, si quiere hacerlo...
-No estoy segura -dijo ella con frialdad, con los brazos cruzados sobre el pecho-. Yo diría que no la quiere.
-¿No? Desgraciado -dijo él muy enfadado y miró hacia la habitación-. Pobrecita.
¿Hasta dónde podía llegar con su negativa?
-Justin... -Laura meneó la cabeza-. No lo entiendes. Había una carta en mi buzón. Mis sospechas eran ciertas. Después de todas tus protestas, resulta que es hija tuya.
Justin ni siquiera pestañeó, sólo levantó una ceja
sorprendido y confuso. -No, no lo es.
-Sí, lo es -insistió ella.
¿Cómo podía seguir negándolo? La niña se parecía a él, la habían dejado en el piso de al lado y, ahora, tenían una carta que lo confirmaba. ¡Y todavía seguía negándolo!
-La dejaron en mi casa por error. Obviamente, su madre pensó que era tu casa.

Justin estaba completamente despierto. Despierto y furioso.
-Laura, ya te lo he dicho. No es mía. Es un error. Si fuera mía, me haría cargo de ella sin dudarlo.
Justin agarró la nota y la leyó. Su gesto mostraba cada vez más sorpresa.
-¿Lo ves? -dijo ella-. Está tu nombre escrito, y la han enviado a esta dirección. ¿Cómo puede ser un error?
Justin volvió a leer la carta, susurrando las palabras, como si eso lo ayudara a entender lo que estaba pasando:

Justin. Ésta es tu hija Jenna. Nacida el tres de junio. Yo no puedo cuidar de ella, así que debes hacerlo tú. Buena suerte. Por tu bien, deseo que tu nueva amiguita tenga instintos maternales.
Linda.

Meneó la cabeza y la miró con gran enfado. -¿Qué diablos es esto?
Ella sonrió. También había leído esa parte de la nota.
-¿Tiene tu «amiguita» instintos maternales? -preguntó Laura.
-Bueno, dímelo tú.
-¿Qué quieres decir?
Justin dejó caer la nota sobre la mesa y se quedó mirando al suelo.
-Obviamente, no sólo se trata de un caso de confusión de identidad, sino que la madre cree que estamos viviendo juntos -dijo Justin-. Fue a ti a la que vio entrar en el piso. Probablemente esperó en la escalera de incendios, ¿te acuerdas? Ella supuso que tu casa era la casa del padre y que tú eras su novia.
-¿Yo? ¿La amiguita? -Justin asintió-. Bueno. ¿Quién es esa Linda? -preguntó ella.
-No tengo la menor idea. No conozco a ninguna Linda.
-Pues, obviamente, ella te conoce a ti. Y de manera bastante íntima.
La mirada oscura de Justin estaba seria. Se paró delante de ella y le levantó la barbilla para mirarla a los ojos.
-Laura, por favor, ¿podrías pensar en la posibilidad de que yo te estuviera diciendo la verdad? Laura se apartó.
-Las pruebas son contundentes, Justin. Y me resulta bastante difícil creerte. Quizá deberías volver a pensar en tus citas. Si Jenna nació en junio, fue concebida en septiembre. ¿No te dice eso nada?
Justin negó con la cabeza.
-No es mía.
-Me imagino que todas tus amantes deben de ser de usar y tirar; pero deberías acordarte de aquéllas con las que te arriesgas a crear nuevos

seres humanos, ¿no crees?
Justin estaba furioso. -¿Por qué me atacas?
-Porque te niegas a aceptar tu paternidad, a pesar de todas las pruebas. No me gustan los hombres tan irresponsables.
Justin dejó escapar una palabrota.
-Bien. Has decidido no creerme. ¿Por qué? ¿Qué he hecho yo para parecerte una persona tan poco digna de confianza?
-No te conozco muy bien -dijo ella.
-Pero si prácticamente hemos vivido juntos durante todo un fin de semana. Pensé que estábamos empezando a conocernos bastante bien. No soy, el padre de esa niña, Laura. Es de otra persona.
-¿Alguien que se llama Justin y vive en esta casa?
-No tengo ni idea de por qué está aquí o por qué la nota va dirigida a mí -dijo mirándola-. No te olvides de que la dejó en tu piso y no en el mío. ¿Estás segura de que no has tenido un novio que se llame Justin?
Ella ignoró aquella pregunta absurda.
-¿Te harías una prueba de ADN?
-Sólo así me creerías, ¿verdad?
Parecía bastante seguro, pensó Laura. Seguro y dolido porque ella se negaba a creerlo. Quizá era del tipo que pensaba que los métodos anticonceptivos nunca fallaban. Quizá tenía hecha la vasectomía y había fallado. Abrió la boca, pero logró detenerse a tiempo. No le importaban las circunstancias, no era asunto suyo. Se encogió de hombros.
-Te han nombrado su padre. Así que, el siguiente paso es demostrar lo contrario. La prueba de ADN resolverá las dudas. No importa lo que yo piense.
-A mí sí. Puedes creerme, Laura.
-¿Por qué?
Justin se sentó a su lado y le acarició la mejilla.
-¿De verdad tienes que preguntarlo?
No, no tenía por qué. Algo había sucedido allí entre los cambios de pañal y las tareas de la casa. Ella ni siquiera lo había buscado, pero había sido algo especial. Negó con la cabeza, evitando la pregunta de Justin y su significado.
Justin volvió a mirar el trozo de papel que lo describía como el padre de Jenna. Entonces, se le ocurrió algo.
-¿Esto iba dirigido a mí? ¿Has abierto mi correo? -preguntó él.
Laura se puso colorada.
-¡Por supuesto que no! Linda cree que estás viviendo en mi piso, ¿recuerdas? Estaba en mi buzón y no tenía ni sobre. Sólo estaba así,

doblado por la mitad. Yo no fisgoneo.
-Bien. Te devolveré el favor y te concederé el beneficio de la duda.
-¡Qué sarcástico! -se quejó ella.
Él soltó una carcajada, desarmándola por completo. Después, volvió a fruncir el ceño. Se levantó y se paseó de arriba abajo. Después, volvió a sentarse en el sofá y miró por la ventana.
-¡Qué lío! No me puedo creer lo que le está pasando a esta pobre pequeña.
¿Podría creer en él? ¿Sería un error? ¿O seguiría sin admitir su paternidad por cabezonería?
-Ahora sabemos cómo se llama -dijo ella-. Si vamos a la policía, eso les facilitará la labor de encontrar a sus padres.
-Nada de policía todavía.
-¡Justin!
-Tú piensas que es mía, ¿no? Bueno, pues como padre suyo, decido que nos la quedemos hasta que veamos qué tiene que decir el detective.
-¡Pero si me acabas de decir que no es tuya!
-Tú crees que sí, y me la voy a quedar hasta que demuestre lo contrario.
Laura golpeó la mesa con la palma de la mano.
-Y después dicen que las mujeres somos ilógicas.
Justin se encogió de hombros.
-El detective llegará de un momento a otro. Seguro que hay huellas en la carta. O en la ventana. Tenemos que llegar al fondo del asunto. La madre podrá decirnos si hizo que me secuestraran unos extraterrestres y que la fecundaran con mi semen. Eso te lo creerías, ¿verdad?
Laura señaló la carta.
-¿Te das cuenta de que esta carta significa que la madre no va a volver a por la niña, Justin? Ella está segura de que la niña está con su padre. Eso significa que ni tenemos que encontrar a su familia ni llevarla a las autoridades.
En aquel momento, sonó el timbre de la puerta.
Era el detective, el señor Harris, fornido y muy moreno, y con aspecto enfadado mientras recorría el piso con la mirada. Justin le contó toda la historia, cómo Laura había encontrado a la niña y lo de la nota.
El señor Harris leyó la nota y levantó la cejas.
-Así que es su hija.
Justin se encogió de hombros.
-Eso es lo que dice la carta -respondió.
-¿Y quiere que yo encuentre a la madre? ¿A esta tal Linda?
-Sí.

Sacó una libreta del bolsillo y un bolígrafo. -De acuerdo. ¿Cómo se llama?
-Ni idea.
El señor Harris levantó una ceja.
-Bueno -dijo mientras giraba el bolígrafo entre los dedos-. Descríbamela físicamente. Altura, peso, color del pelo... ese tipo de cosas. -No tengo ni idea. El hombre dejó caer la mano. -¿No recuerda su aspecto? -No.
-¿Y su edad?
-No sé nada de ella. Todo lo que sabemos es lo que dice esta nota.
El señor Harris no era muy bueno ocultando sus sentimientos, y miró a Justin con el ceño fruncido durante el resto de la visita. Inspeccionó la ropa de la niña, la bolsa, puso la nota en una bolsa de plástico y tomó huellas de la ventana.
-Tengo un amigo en la comisaría que me ayudará con las huellas. Me pondré en contacto con ustedes mañana -hizo una pausa y miró a Justin-. Mientras tanto, sería una buena idea que se hiciera una prueba de ADN, o de sangre, para que pueda demostrar que es el padre. Por si acaso.
Justin aguantó su frustración. El hombre había asumido que lo que decía la carta era cierto y Justin le había pedido a Laura que no comentara nada. No le importaba lo que el hombre pensara. Todo con tal de evitar que se llevaran a la niña.
Laura tenía la cara roja de furia cuando cerró la puerta.
-¿Pero qué derecho tiene ese hombre a ser tan maleducado contigo? No tiene ni idea de las circunstancias y se permite juzgarte.
-No importa, Laura. Sé que todas las pruebas me señalan y no me importa lo que él piense. Pero sí me importas tú, me importa que no confíes en mí.
Laura lo miró con cara arrepentida.
-Lo siento mucho, Justin -miró hacia el suelo, mordiéndose el labio-. Me gustaría creerte.
-Pero no puedes evitar preguntarte si estoy equivocado -ella asintió sin levantar la cabeza-. No te preocupes.
Ella levantó la cabeza.
-De todas formas, lo único que podemos hacer es esperar a que encuentre a Linda. Pero, ¿qué vamos a hacer los próximos días? ¿Qué pasa con tu trabajo? -preguntó Laura.
-Ya me las arreglaré. Puedo posponer algunas clases, pasarle otras a algún compañero o incluso llevarme a Jenna. La niña duerme un montón -dejó escapar un suspiro-. Al menos, durante el día.
Laura se dirigió hacia la cocina y él la siguió con una sonrisa por la familiaridad con la que ella se movía por su piso:
-Hoy cocino yo -dijo Laura mirando el interior de la nevera-. Sé hacer

pasta. ¿Dónde trabajas? Nunca me lo has contado. Sólo sé que eres logopeda.
-Tengo un pequeño centro para niños con problemas con el lenguaje. Ellos vienen después de las clases y nosotros los ayudamos cuando en el colegio no pueden.
Laura lo miró desde detrás de la puerta del frigorífico, con una bandeja de tomates en la mano. La incredulidad en su cara era bastante evidente.
Él le hizo un resumen de su vida de adulto.
-Cuando tenía veinte años me metí en una aventura en Internet con unos amigos y saqué mucho dinero. Después, tuve suerte de apearme a tiempo. Eso me pagó la universidad y pude crear el centro. Hasta ahora, ha ido muy bien. A mí me proporciona un trabajo estable y flexible y a los niños los ayuda.
Ella meneó la cabeza.
-¿Y te gastaste el dinero en una fundación? ¿En lugar de comprarte una mansión, un yate...?
El sonrió.
-No me lo gasté todo.
-¿Por qué logopeda? ¿Tartamudeabas cuando eras pequeño o algo así?
Él soltó una carcajada. -Soy transparente, ¿verdad?
Laura se apartó un rizo de la cara. Estaba muy hermosa y la tentación era demasiado fuerte.
Se acercó a ella y la acorraló contra la en cimera.
Después, le quitó el cuchillo e hizo que le pasara los brazos alrededor del cuello. Ella pareció sorprenderse, pero no protestó. De hecho, se acercó aún
más.
Bien.
Después de aquel día, ella le debía un beso que él pensaba cobrarse.
El beso fue suave como la nieve, pero mucho más cálido. Fue como algo que había estado esperando durante toda la vida. El le tocó la cara y le acarició el pelo antes de besarla de nuevo. La segunda vez ya no fue tan suave, y el calor aumentó y se extendió, transportándolos a un universo privado.
¿Pero qué hacia ella flirteando con un vecino?, se preguntó y se obligó a separarse. ¿En qué estaba pensando par besarlo de aquella manera?
Echó la cabeza hacia atrás y Justin la miró, interrogándola con la mirada. Ella no estaba segura de tener la respuesta.
-Los dos estamos cansados -dijo, sin explicar nada. Todavía tenía los brazos alrededor de su cuello y parecía no tener mucha prisa por

separarse, pero aquello no significaba que no fuera consciente del error-. Esto no habría pasado si no estuviéramos tan cansados.
-Tienes razón -asintió él, pasándole los dedos por el pelo-. Cuando estoy cansado siempre me busco una abogada adicta al trabajo y la beso. Me lo cura todo.
Ella no pudo evitar sonreír. También estaba demasiado débil para alejarse. Él le acarició la sien con su aliento.
-Un beso lo cura todo. Los niños lo saben bien.
-Debe de ser instintivo -de alguna manera encontró fuerza para apartar la cabeza de su hombro y dar un paso hacia atrás.
Ya. Así estaba mejor.
-Me gustan los instintos -dijo él.
¿Volvía a tener la cara de él cerca? Intentó medir la distancia. Efectivamente. La distancia de veinte centímetros se había quedado en cinco, como máximo. Ahora tenía una vista perfecta de sus preciosos ojos oscuros. Eran como dos piscinas tentadoras en las que a cualquier chica le gustaría darse un chapuzón.
-¿Ah sí?
¿Había sido aquella su voz? ¿Aquel susurro que parecía estar suplicando un beso? No. No podía ser. Ella no podía querer que se repitiera aquel acto fruto de la extenuación.
-Sí. Te llevan a las situaciones más interesantes.
-¿Como la de convertirte en un padre de adopción de una niña que no se sabe de dónde viene?
-Uminm -le deslizó una mano por el hombro y comenzó a juguetear con un rizo que se le había soltado-. ¿Lo tienes muy largo cuanto lo llevas suelto?
-Demasiado largo. Debería habérmelo cortado hace tiempo; no es práctico.
-Todavía no. Antes lo quiero ver suelto.
Ella suspiró y se apartó. Por muy tentador que fuera, no era un buena idea. La cosas ya se habían complicado demasiado.
-Creo que debería acabar de cocinar para que podamos irnos a dormir pronto. Si no, mañana me quedaré dormida encima de la mesa del despacho. ¿Estaréis bien esta noche solos?
A regañadientes, él le soltó el mechón.
-Sí. Estaremos bien.

CAPÍTULO 6

EL JUEVES Laura llegó a casa a las cinco y se encontró con que el piso de Justin estaba vacío. Volvió a comprobar todas las habitaciones y, cuando estaba empezando a sentir pánico, se abrió la puerta de la calle y la voz de Justin, hablando con la niña, inundó todo el piso.

Justin parecío sorprendido al verla, pero la saludó con una sonrisa capaz de derretir a cualquiera. También estaba sin aliento, como si hubiera estado corriendo. Y aquella camiseta que él llevaba no la ayudaba a mantener la cordura. Jenna iba en un coche de paseo que les habían dejado. Estaba muy contenta y no dejaba de mover los bracitos mientras probaba a hacer nuevos ruiditos.

-¿Ya estás en casa? -preguntó mirando el reloj-. ¿Tan temprano? Esto da un poco de miedo. ¿No crees que se pueda hundir el imperio de Young & Warren si sales tan temprano?

Laura le miró con una mueca y agarró a la niña par darle un beso. Después la dejó sobre el sofá y movió un juguete delante de ella hasta que lo agarró.

-Bueno, parece que pueden sobrevivir sin mí. Sorprendente, ¿verdad? -se encogió de hombros-.

Me parece que ni siquiera se han dado cuenta de que he salido más temprano.

Laura salía más temprano con la ilusión de llegar a casa para cuidar de la niña y estar con Justin, que no hacía otra cosa que intentar engordarla.

Los tres habían pasado las tardes juntos. Jenna había pasado la primera noche con Justin, la segunda con Laura y la tercera con los dos, porque se habían quedado dormidos junto a ella después de una noche agotadora.

-Harris acaba de llamarme para decirme que iba a venir -le dijo Justin con una expresión preocupada- Tiene algo que contarnos.

Laura sintió que el corazón se le aceleraba.

-¿Ha encontrado a la madre?

Justin asintió y, en aquel instante, el timbre sonó.

-Yo voy -dijo ella corriendo hacia la puerta.

-Tengo un nombre -les dijo el detective al entrar en el salón. Justin logró apartar a la niña justo a tiempo para que el hombre no se sentara encima-. ¡Vaya! No la había visto.

-Ummm -murmuró Justin. Dejó a la niña en su coche-. ¿Qué ha descubierto?

-Tengo un nombre y una dirección. He encontrado a la mujer -hizo una

pausa para disfrutar de su momento de gloria-. No me resultó muy fácil, pero logré dar con ella. Su nombre es Linda Hope Fielding. ¿Le suena?
Justin se encogió de hombros. El señor Harris sacó una ficha.
-Cuarenta y dos años. Morena, con los ojos azules, un metro sesenta y cinco y sesenta kilos.
-Entiendo -fue todo lo que Justin dijo.
-Bueno, la conozca o no, ésa es la Linda que ha estado tocando la ventana y la carta. Toda la información está en la ficha.
Laura agarró el informe y ojeó las páginas.
-¿Tiene su dirección actual? -preguntó Justin mientras caminaba hacia Laura y observaba el documento por encima de su hombro.
-Sí. Y no se va a mover de allí en mucho tiempo. Al menos, durante quince o veinte años.
-Oh... -exclamó Laura al ver la dirección.
El señor Harris asintió.
-En efecto. Está en la cárcel del condado. Llevaban varios años buscándola, pero no daban con ella. El pasado lunes se entregó. Por eso me ha costado tanto encontrarla. Cuando empecé a buscarla, su dirección no estaba en el registro. En el informe está todo detallado.
Laura dejó caer el informe sobre la mesa y se fue, casi corriendo, a ver a Jenna. La tomó en brazos y la apretó contra ella.
-Está bien -le susurró al oído-. No te preocupes. Todo va a salir bien.
-¿Ha dicho que llevaban años buscándola? -Justin dejó escapar un juramento mientras se acercaba a Laura y a la niña-. ¿Por qué motivo?
-Robo. Es una ladrona. Aparentemente, es bastante conocida en su mundo, famosa por robar en las mansiones. Se espera que le caigan unos quince años -chasqueó la lengua-. Cometió el error de entrar en la casa del gobernador y dejar huellas en la verja de la entrada.
Justin le dio las gracias al detective, que se despidió tras entregarle una cuantiosa factura. Después, lo acompañó hasta la puerta.
Laura se dejó caer en el sofá con Jenna entre los brazos.
-Una madre que estará en la cárcel toda su infancia. Oh, no. Esto es peor de lo que pensábamos.
-Claro. Tú pensabas que era una novia mía que me quería castigar por no pasarle. una manutención.
-Perdóname, Justin. Pobre niña. Pero ¿por qué iba esa mujer a creer que tú eres el padre?
Justin se sentó a su lado.
-No tengo ni idea, Laura. Debemos hablar cuanto antes con ella. Quizá el padre pueda cuidar de la niña; por lo menos, eso es lo que ella creyó.

Quizá pueda hablamos de él, o de otra familia que Jenna tenga.
-¿Y después? ¿Le devolvemos la niña al padre?
-No tenemos elección. O su padre o las autoridades -le echó un vistazo al documento que tenía delante-. El teléfono de la prisión está aquí. ¿La llamamos?
Laura negó con la cabeza.
-No. Esto es demasiado personal para una llamada. Tenemos que ir a visitarla.
Conseguir un permiso para visitar a Linda les llevó su tiempo. Las horas de visita sólo eran los sábados y, aunque podía conseguirse un permiso especial, ellos no podían explicar los motivos.
A pesar de todo, el sábado llegó pronto y la madre de Laura, que ya estaba al corriente de todo, se pasó por el piso para cuidar de la niña.
Cuando iban a recoger el coche, Laura recordó que su hermano se lo había llevado para repararlo.
-Vamos a llamar un taxi.
Justin le pasó un brazo por los hombros.
-Vamos en mi moto.
-¿Qué? No. De eso nada -se alejó de él para protestar por la sugerencia y porque la cercanía de Justin hacía que las piernas le temblaran. Pero él la agarró de la mano y tiró de ella.
-Será divertido.
-Justin Bane, escúchame -se plantó en el suelo-. No pienso subirme en esa moto.
-¿Por qué no? Tenemos que llegar a la cárcel -añadió. -
Laura buscó alguna excusa razonable. Prefería montarse en un autobús atestado de gente que subirse en ese monstruo loco al que llamaban moto.
-No puedo. No tengo casco.
-No importa. Yo tengo uno de más. Puedes ponértelo -dijo él, tirando de ella.
¡Ja! Uno de más. Seguro que estaba lleno de pelos de todas sus ex novias.
-No me voy a poner el casco de otra persona. Es... antihigiénico -él seguía tirando de su mano en dirección a la moto-. Justin, por favor, ve más despacio. Y llama a un taxi.
-¡Oh, perdona! -paró en seco-. ¿De verdad te da miedo montarte en la moto?
-No me da miedo. Es que no quiero -extendió la mano, pidiéndole el móvil-. Llama un taxi o dame el teléfono para que llame yo.
Sacó el teléfono del bolsillo, pero lo dejó fuera de su alcance.

-Prométeme que lo considerarás. Lo de dar una vuelta en la moto. Será divertido.
-Claro -dijo ella con la mano extendida.
El mismo día que considerara la opción de bañarse entre cocodrilos.
Laura ya había estado en una prisión, incluso en aquélla, pero era muy diferente cuando iba como abogado. A Justin parecía no molestarle lo más mínimo y ella se preguntó si estaría familiarizado con aquel entorno.
Cuando llegaron a la sala de visitas, el guardia les señaló a Linda. Encajaba con la descripción del señor Harris. Era delgada, con la piel bronceada por el sol; pero parecía cansada y deprimida mientras miraba hacia la entrada con los codos apoyados en la mesa.
Si aún quedaba alguna sombra de duda en la mente de Laura, ésta desapareció cuando la mujer no mostró señal de conocerlos cuando se estrecharon las manos.
Laura se presentó, pero Justin no lo hizo. La mujer no preguntó quién era, solamente asintió.
Laura se inclinó sobre la mesa con una de sus sonrisas profesionales.
-Señora Fielding, se estará preguntando quiénes somos y qué hacemos aquí.
La mujer se encogió de hombros.
Laura miró a Justin para ver si quería decir algo. Aparentemente, no.
-Estamos aquí por su hija, Jenna.
-¿Jenna? -eso captó la atención de la mujer, que se sentó erguida en la silla, mirando hacia ellos.
-Vivo en el número 23 de la calle Oak. Usted entró en mi piso y me dejó a la niña en la cama.
La mujer entrecerró los ojos y la miró de arriba abajo.
-Es cierto. Ahora te reconozco; eres su nueva amiguita.
-Yo no soy... -se lo pensó mejor y decidió no decir nada. Miró a Justin para ver si la ayudaba, pero no parecía dispuesto.
-Señora Fielding...
-Puedes llamarme Linda. Si vas a hacerte cargo de mi hija, creo que podemos tutearnos -sacó un cigarrillo del bolsillo de la camisa y lo encendió. Le dio una gran calada y echó el humo hacia un lado-. Lo único bueno de dejarte a mi hija es que puedo volver a fumar. He pasado un año muy difícil sin tabaco.
-Linda, el hecho es que has cometido un error. Yo no soy la persona que estás buscando. Quiero decir, vivo sola en mi piso. El padre de Jenna no vive allí.
-Sé que vive allí. Su nombre está en el listín telefónico. Y le pregunté a un

vecino. Apartamento 3C.
El de Laura.
-¿Cómo se llama el padre de Jenna?
-Justin Bane.
Laura miró a Justin, que no se había movido desde que se habían sentado. Su expresión no había cambiado.
-Linda, Justin Bane vive en el 3B. Y él dice que nunca ha oído hablar de ti. Dice que es imposible que sea el padre de la niña.
La cara de Linda se tiñó de rojo por la ira.
-Es mentira. Sabe muy bien que él es el padre. Su nombre está en su certificado de nacimiento. Me puse en contacto con él cuando nació. Él sabe muy bien que tiene una hija.
Laura miró a la mujer fijamente.
-Linda, éste es Justin Bane -dijo señalándolo-. ¿Sigues diciendo que es el padre de tu hija?
-¿Qué? -casi se le cayó el cigarrillo de las manos-. Este no es Justin Bane. ¿Tengo yo pinta de ser una asaltacunas? -soltó el humo y lo miró-. Estará listo dentro de unos diez años; no lo tocaría hasta entonces.
En otras circunstancias, Laura se habría reído, pero aquella situación no tenía ni pizca de gracia. No cuando estaba por medio el futuro de una niña.
-De acuerdo. Si éste no es el padre de tu hija, está claro que la dejaste en el piso equivocado.
Linda aplastó la mitad de su cigarrillo.
-Era el único Justin Bane en el listín telefónico. Estaba segura de que era él. ¿Dónde está Jenna? ¿Está bien?
-Jenna está bien -la tranquilizó Laura-. No te preocupes. Hemos estado cuidando de ella.
-¿Cómo me habéis encontrado?
-Contratamos a un detective privado. Encontramos tus huellas en la carta.
Linda hizo una mueca.
-Claro, las huellas.
Laura sacó un bloc de notas y un bolígrafo.
-Linda, tenemos que encontrar al padre. ¿Qué puedes decirnos de tu Justin Bane?
-Cuando nos conocimos, vivía al otro lado de la ciudad, es mayor que éste. Unos diez o veinte años; no estoy segura de su edad.
-¿A qué se dedica?
Linda se encogió de hombros.
-A nada en especial. Es muy hábil para sacar dinero de la nada -intentó

rescatar el cigarro que tenía en el cenicero-. Pero espero que cambie ahora que es padre.
Un juramento malsonante estalló en el aire. Las dos mujeres se giraron para mirar a Justin. Estaba mirando al techo con expresión furiosa, sus facciones convertidas en una máscara de ira.
-¿Qué pasa, Justin? -preguntó Laura, alargando la mano para tocarle el brazo.
Justin meneó la cabeza y dio un golpe en la mesa con la mano.
-No puedo creérmelo. Pero tiene que ser eso. ¿Cómo no se me ocurrió antes?
-¿Qué? -preguntaron las dos mujeres al unísono.
-Mi padre -gruñó Justin-. No lo veo desde que era pequeño, pero tengo el mismo nombre que él -miró a Laura-. Jenna debe de ser la hija de mi padre. Debe de ser... mi hermana.
Linda abrió la boca sorprendida, y después sonrió por primera vez.
-¿Mi pequeña Jenna tiene un hermano mayor?
Justin se había quedado helado y miraba la mesa conmocionado. Laura se dirigió a Linda, para darle tiempo a recomponerse.
-Eso resuelve el misterio. Pero ¿por qué abandonaste al bebé? El detective nos dijo que te entregaste.
Ella meneó la cabeza y se encogió de hombros.
-No tenía elección. Llevaba años huyendo y ésa no es vida para una niña. Contaba con Justin... padre -se corrigió, señalando a Justin-. Él se las ha arreglado para estar fuera hasta hora y últimamente le va muy bien. Yo no tengo familia propia.
-¿Cómo pensaste en entregarle la niña a él? -intervino Justin-. Si conocieras bien a ese hombre, sabrías que no tiene ningún sentido de la responsabilidad. Ninguno.
-Es tu padre -dijo la mujer con cabezonería-. Él cuidará de ella.
Justin saltó del asiento, gesticulando con las manos en el aire.
-Sí, claro. Igual que cuidó de Ben y de mí.
-A lo mejor tu padre ha cambiado, Justin -dijo Laura. Ha pasado mucho tiempo. Linda, ¿de verdad confías en él?
Linda se mordió el labio dudosa.
-Él es el padre -volvió a repetir-. Quizá no sea un buen padre, pero es mejor que no tener a nadie. Mejor que una madre que no puede llevarla al colegio ni al hospital porque la busca la policía. No tenía elección.
-Jenna será casi una adulta cuando salgas -dijo Laura.
Linda asintió.
-Lo sé. Quizá salga para su graduación.

Justin se inclinó hacia Linda, con los ojos brillantes de furia y miedo.
-Linda, mi padre no es capaz de cuidar de un bebé. No estuvo a mi lado cuando yo era un niño y dudo que lo haga ahora. Le quitaron la custodia de mi hermano y la mía después de varios meses de total abandono. No podemos permitir que eso le suceda a Jenna -repitió la frase para resaltarla-: No podemos dejar que eso le suceda a Jenna. Mi hermano pequeño murió porque mi padre no supo cuidar de él. No dejes que le pase lo mismo a tu hija. No puedes dársela a él.
Linda se había puesto pálida por la fuerza de las palabras de Justin.
-No sabía... no lo conocía muy bien, pero después de encontrarlo, de encontrarte -se corrigió- estaba segura de que la niña estaría bien. El barrio era muy bonito y el edificio muy limpio y agradable y el parque de detrás... -su mirada se dirigió a Laura durante un instante-. Incluso la amiguita parecía buena gente. Estaba segura de que estaría a salvo, que estaría mejor que conmigo. Jenna sólo tiene a su padre. No había nadie más a quien pudiera llevársela. Si hubiera sabido que era tan poco de fiar, no habría... Oh, Dios.
El universo de Justin era un caos. Tenía una hermana, un bebé al que cuidar, por segunda vez. El bebé con el que ya había pasado una semana, cuidándola, alimentándola, bañándola, meciéndola, era su hermana.
Tomó aliento y descubrió que estaba temblando. No le extrañaba que hubiera sentido una unión con ella, que hubiera sentido aquella necesidad de protegerla, de cuidarla, de asegurarse de que nada le pasara. Su subconsciente debía de haberla reconocido.
Linda se estaba meciendo adelante y atrás, rodeándose el cuerpo con los brazos, y con una mirada de pánico y preocupación en los ojos. A pesar de la conmoción, Justin sintió una gran compasión por la madre de su hermana. Alargó una mano y la tocó.
-No te preocupes, Linda. Jenna estará a salvo. Es mi hermana, yo me ocuparé de ella -Linda se quedó mirándolo con una mezcla de alivio y preocupación-. ¿Dejas que yo cuide de ella? -le preguntó Justin.
-No sé... ¿Me dejas que hable con la amigui...?
-Se llama Laura -dijo Justin con voz cansada, y se levantó. No se molestó en preguntar por qué quería hablar con Laura a solas sobre la posibilidad de que él se quedara con su hermana. Caminó hacia el otro lado de la habitación y esperó, mirando a las dos mujeres con ansiedad.
No le importó tener que esperar. En realidad, tenía mucho en qué pensar. Tenía que desmantelar toda una vida, todo su mundo, y darle la vuelta.
Ahora tenía una hermana. Por primera vez desde la muerte de Ben, no estaba solo en el mundo. Se sentía maravillado a pesar del peso de la

responsabilidad que eso implicaba.
Después de un rato, las mujeres le hicieron un gesto para que volviera.
A juzgar por la expresión de su rostro, Linda había tomado una decisión.
Justin se sentó y miró a las dos mujeres.
-¿Y bien?
-Tendrás que adoptarla formalmente -le dijo Linda-. ¿Lo harías?
-¿Adoptarla? ¿No sirve con tener su custodia?
Linda negó con la cabeza.
-No. Tiene que ser algo permanente. Tiene que estar a salvo para siempre. Así nadie podrá quitártela. Ni tu padre, ni nadie. Debes hacerlo oficial y permanente. Sería tu hija de adopción.
Justin digirió aquello.
-De acuerdo. La adoptaré -la petición de Linda era toda una sorpresa y no sabía muy bien cómo interpretarla-. ¿Confías en mí? -preguntó esperando alguna explicación.
Linda miró a Laura.
-Sí. He hablado con Laura y ella me ha dicho que confíe en ti.
-Cuidaré muy bien de ella.
Linda se estaba frotando las manos.
-Dime por qué quieres hacerte cargo de ella. Eres un hombre soltero.
-Es mi hermana. Mi familia. Si no puede estar con sus padres, tiene que estar conmigo, mejor que con extraños.
Linda se echó hacia atrás y sacó otro cigarrillo del bolsillo.
-¿Sabes? Pasé varias semanas con Justin, el padre de Jenna, tu padre. Nunca me habló de ti. Parece que la sangre no tiene ningún valor para él.
-Yo no soy como él. Mi hermana significa mucho para mí. Yo cuidaré de ella. Linda asintió.
-Sólo tienes que traerme los papeles para que los firme. En cuanto puedas. Quiero que todo esto esté arreglado cuanto antes. Quiero que Jenna esté a salvo.
Justin se levantó y extendió la mano. -Lo haré.
Linda le estrechó la mano. -Gracias.
Laura se levantó y se despidió de Linda.
-Dale un beso a mi hija de mi parte.
-Lo haremos -susurró Laura, y se giraron para salir.
-Justin?
Justin se giró. Linda parecía muy pequeña, allí de pie, con su ropa de la cárcel. -¿Sí?
-Cuando mi hija te pregunte por mí, dile que le robaba a los ricos para dárselo a los pobres. Puedes decirle que era como Robin Hood.

-¿Se lo dabas a los pobres? -preguntó él con escepticismo.
-Sí -dijo con una sonrisa cargada de tristeza-. A mí.

CAPÍTULO 7

IMAGÍNATE -murmuró Laura, sentada en la parte de atrás del taxi mientras volvían a casa-.
Imagínate unos padres que no pueden cuidar de ti y sin nadie en el mundo. Aparte de ti, no tiene a nadie.
-No sé, Laura. No me lo puedo ni imaginar -gruñó Justin. Laura se mordió el labio al recordar que la situación de Justin había sido similar-. Pobre niña -continuó él-. No tiene muy buenos genes que digamos.
Laura le agarró la mano, sin estar segura de si quería regañarlo o consolarlo.
-No hables así, Justin.
-¿Por qué no? Yo tengo los mismos genes. Somos dos gotas en un vaso de agua y los dos tenemos lo que sea que ha hecho a mi padre un miserable -dijo mirando por la ventana-. No es el mejor comienzo para un niño.
-Cada uno se labra su futuro -lo contradijo Laura-. Los científicos se empeñan en que todo está en los genes, pero yo creo en la libertad de cada uno para elegir -le apretó la mano con más fuerza-. Tú no eres como tu padre, Justin. ¡En absoluto! Ni tampoco Jenna.
Una sonrisa irrumpió en el semblante taciturno de Justin.
-Ni siquiera tiene cuatro meses, Laura. No se puede saber.
-Sí, lo sé -se escuchó ella decir con suavidad-.
Es un ángel. Y se parece mucho a ti.
La sonrisa de Justin estaba cargada de amargura. -Gracias. Me lo voy a tomar como un cumplido.
Dime ¿de qué hablasteis Linda y tú?
-De ti. Quería saber qué tipo de hombre eras y cómo cuidabas de Jenna. Si te ponías nervioso cuando lloraba... ese tipo de cosas.
-Me resulta curioso que se preocupe tanto por mí
cuando pensaba dejársela a mi padre sin una pregunta. -Ya. Debía de pensar que su paternidad le garantizaba que cuidaría de ella. Quiere mucho a Jenna.
Se está sacrificando mucho por ella. -Jenna se lo merece. Laura le sonrió.
-Mira, mi madre no espera que volvamos hasta dentro de una hora. ¿Por qué no paramos en algún sitio a comer algo y planeamos el siguiente paso?
-Me apetece llegar a casa para ver a Jenna.
-De acuerdo -podía entender que estuviera ansioso por ver a su hermana y tomarla en brazos ahora que sabía que eran familia- ¿Sabes? Podría

ayudarte mucho en este asunto si nos aseguráramos de que tu padre daba el consentimiento para que la adoptaras -señaló ella-. Su nombre está en su partida de nacimiento. ¿Crees que estará de acuerdo?

Justin meneó la cabeza.

-No tengo ni idea. No lo he visto desde que tenía cinco años.

Cuando llegaron, Jenna estaba durmiendo en la cama de Laura. Justin entró en la habitación rápidamente y Laura se quedó con su madre en la cocina. Mientras tomaban una taza de café, le contó toda la historia. Después, entró a ver a Justin.

La niña estaba despierta en medio de la cama, pataleando y jugando con un muñeco. Justin estaba a su lado, mirándola.

Laura acarició la mejilla de la niña y se sentó al lado de él.

-Hola -dijo en voz baja.

-Es mi hermana -dijo él maravillado-. ¿No es sorprendente?

Ella se rió.

-Sí. No muchos hombres de tu edad tienen un hermano tan pequeño.

Justin seguía mirando a la niña. Parecía cansado, pero la determinación de su mirada indicaba que el peso de la tarea que estaba a punto de acometer era un reto, no una carga.

-¿Tienes miedo?

Justin la miró en silencio durante un momento antes de encogerse de hombros con un gesto de desamparo.

-No estoy seguro de si voy a poder cuidar de ella como es debido.

-Me imagino que esa pregunta se la hacen todos los padres primerizos.

-¡Oh, Dios! -dió un salto y se acercó a la ventana-. Necesito aire fresco. No me puedo creer que sea padre. Voy a tener que ser el padre de mi hermana. ¿Cómo voy a hacerlo?

-Lo harás bien, Justin. Hasta ahora lo has hecho muy bien.

-No es lo mismo. Tú me estabas ayudando. Y sólo era temporal. No puedo cuidar de un bebé.

-Por supuesto que sí. Llevas haciéndolo una semana.

Justin meneó al cabeza, todavía asomado a la ventana.

-No lo entiendes. Mi hermano pequeño, Ben... No supe cuidar de él.

-¿Tu hermano pequeño? ¿El que murió siendo un bebé?

-Sí. Yo tenía que cuidar de él. Pero agarró una neumonía y murió. Probablemente no lo abrigué bien. Podía haber ido a ver a algún vecino y pedir ayuda. Debería haber hecho algo. Quizá lo hubiera salvado si... -se frotó la cara con las dos manos-. Si hubiera hecho algo.

Laura se mostró preocupada, pero no entendía su sentimiento de culpabilidad.

-¿No habías dicho que eras un niño cuando tu hermano murió?
-Tenía cinco años.
-No puedes creer en serio que fue culpa tuya.
-No -se alejó de la ventana-. Racionalmente, no. Pero al pensar que tengo que cuidar de un bebé, educarlo... Quiero decir, los pañales son la parte más fácil. Después llegarán las fiestas de cumpleaños para veinte amigas. Luego crecerá y se convertirá en una adolescente. Tendré que alejar a los chicos de la puerta. No pienso dejarla que quede con nadie hasta que no tenga veinticinco. ¡Oh, Dios! -se dejó caer en una silla como si no pudiera soportar el peso de la paternidad-. No puedo hacerlo. Lo tengo que hacer. No puedo. Debo hacerlo.
-Justin, ¿estás empezando a desarrollar una personalidad múltiple o se trata sólo de un ataque de pánico?
Su broma logró que él esbozara un sonrisa, aunque desapareció rápidamente.
-Siempre he sido tan cuidadoso... -siguió él-. Estaba tan seguro de que no era mía... ¿Te acuerdas? Siempre he evitado los compromisos, las relaciones, decidido a no tener hijos nunca si no era capaz de darles todo lo que necesitaran. Y, ahora, voy a ser padre -dijo mirando concienzudamente a su hermana -Es una ironía.
-Todavía no está todo seguro -le advirtió ella-. Ni siquiera sabemos si puedes adoptarla. Tenemos que hablar con tu padre y con las autoridades. Todavía queda mucho por hacer.
-¿Qué quieres decir? -dijo él enfadado como un tigre-. ¿Qué hay que hacer? Ninguno de sus padres está capacitado para cuidar de ella. Yo soy su hermano, su único pariente. ¡Ya está!
-Tenemos que ver a tu padre. ¿Tienes idea de dónde está?
-No.
-Afortunadamente, tenemos al señor Harris.
Justin asintió.
-Hablaré con él -miró a Jenna, que se había quedado dormida-. ¿Sabes? Tiene sentido que sea mi hermana. Ahora tiene los ojos azules, pero tienen la misma forma que los míos y no me extrañaría que se oscurecieran más adelante -le acarició .la mejilla con un dedo-. Hola, Jenna -susurró-. Tienes un hermano mayor, tan mayor que casi podría ser tu abuelo.
Laura ahogó una carcajada para no despertar a la niña.
-¡Vamos, Justin! Tendrías que haber empezado muy joven para ser su abuelo -dijo ella.
Justin sonrió.

-Si.hubiera seguido la tradición familiar, no estaría muy lejos. Tengo treinta y un años y mi padre cuarenta y siete.
-¿Cuarenta y siete? ¿Quieres decir que tenía dieciséis años cuando naciste? -Sí.
-¿Y tu madre?
-Quince -Justin seguía preocupado, con la mirada fija en su hermana-. Debería irme a casa. Y debería llamar a Harris lo antes posible. Después empezaremos con el proceso de adopción.
-Justin, ¿estás seguro de que esto es lo que quieres hacer? ¿Te lo has pensado bien?
-¿Que si me he pensado bien qué?
-Lo de convertirte en padre soltero. No es como irse de excursión. Míranos, una semana y estamos exhaustos. Y eso que somos dos. Cuando estés solo, el trabajo será el doble. Y es un compromiso para toda la vida.
-Lo sé. Estoy muerto de miedo. Pero no tengo elección. Mi hermana no tiene a nadie más -dijo a la defensiva.
-No estoy intentando disuadirte. Sólo quiero que tengas en cuenta lo difícil que va a ser, para que después no haya sorpresas. Por ejemplo, ¿cómo te las vas a arreglar trabajando y cuidando de un bebé?
-No lo sé -dijo él sentándose al lado de su hermana-. Pero me las arreglaré. La madres solteras se las arreglan, ¿por qué no iba a hacerlo yo? Y tengo la suerte de que mi trabajo es bastante flexible. No tengo mucho trabajo durante las horas de colegio, incluso podría llevármela conmigo. Estaremos bien.
Sorprendida por su determinación, Laura se sentó a su lado y le pasó una mano por el hombro.
-¿No crees que tu padre pueda hacerse cargo de ella?
-Me sorprendería mucho que mi padre hubiera cambiado. No voy a dejar que se salga con la suya esta vez. Si quiere llevársela, iré a la policía. Después de lo que pasó con Ben y conmigo, seguro que no se la dan.
-¿Qué hace? ¿Está trabajando?
-No lo sé. Creo que hace lo que le sale al paso. Solía jugar mucho. Esa era su ocupación principal.
-¿Quieres decir que es un jugador profesional?
Justin se encogió de hombros.
-Eso era lo que ponía en el informe de mi causa. Por lo que leí, se diría que le iba bien mientras tenía suerte. También es un ladrón profesional, un alcohólico y un manipulador.
-¿Y tu madre?
-Murió al poco tiempo de nacer mi hermano, en un accidente de coche.

Apenas la conocí.
-¿Qué pasó entonces?
-Nos separaron. Después, Ben murió y a mí me llevaron a un orfanato. Una familia intentó adoptarme, pero mi padre lo impidió.
-¿Quería que estuvieras con él?
-Lo dudo. No sé por qué, pero no quería que tuviera una familia de verdad. Así que pasé mi infancia entre casas de acogida y orfanatos. Nunca lo volví a ver, pero siguió teniendo la facultad de impedir cualquier proceso de adopción.
-¿Cuándo murió tu hermano?
-Sólo tenía diez meses. Ni siquiera tengo una foto de él. Pero recuerdo muy bien sus ojos. Eran como los de Jenna. Y le encantaba mordisquearme el puño cuando le estaban saliendo los dientes -se rió sin gracia-. Seguro que le pasé un montón de gérmenes.
-Le pasaste un montón de amor. Y lo mismo harás con Jenna.
Su mirada estaba tan triste que a ella le apeteció consolarlo.
-El amor no lo es todo, Laura.
-Es un buen comienzo -susurró.
-Justin? -la madre de Laura estaba en la puerta-.
¿Podemos hablar un momento?
Laura se levantó para seguir a Justin, pero su madre le guiñó un ojo y le cerró la puerta en la cara. -Te lo devolveré en un momento -le dijo.
Laura se sentó al lado de la niña, preguntándose
qué estarían tramando.
En cuanto su madre se marchó, interrogó a Justin sobre el tema de conversación, pero él sólo le dijo que quería algunos consejos para su jardín de hierbas medicinales.
-Justin, mi madre no tiene un jardín de hierbas. Además, ¿qué sabes tú de eso?
-¿Estás segura? Ella me ha dicho que tiene un jardín justo delante de la cocina.
Laura se quedó pensando.
-Quizá sea verdad. Le regalé un libro sobre eso las Navidades pasadas. Nunca le pregunté si lo había utilizado.
-Me imagino que no estaba exagerando cuando me dijo que no te veían mucho. ¿Y no has visto las jardineras que tengo en la ventana?
-Bueno. Quizá debería visitarlos más.
-Mañana es domingo -señaló él-. Me sugirió que nos pasáramos por allí. Así podrás probar su perejil antes de que llegue el invierno.
-¿Te ha invitado a ti también? Mira Justin, si te ve un par de veces más,

empezará a reservar la iglesia.
-Déjala -le dijo él con una sonrisa-. Puedo utilizarla para bautizar a Jenna. Estoy pensando en preguntarle a Linda si la puedo llamar Jennifer Patricia.
Laura se rió.
-Así también sería Pat. Es gracioso. ¿Crees que Linda va a permanecer en la vida de Jenna?
-No lo sé. No sé lo que quiere y no sé qué es lo mejor para la niña. Tendré que hacerlo lo mejor que pueda.
Laura se sintió excluida. No era lógico, se dijo a sí misma, molesta con sus propios sentimientos. Aquello no tenía nada que ver con ella. Los ayudaría a adaptarse lo mejor que pudiera, y después se retiraría poco a poco.
Pero todavía no. Todavía la necesitaban, -pensó.
El señor Harris se marchó del apartamento de Justin meneando la cabeza.
-Primero la madre y ahora el padre -iba murmurando, cuando se cerró la puerta tras él.
Justin sonrió.
-De acuerdo, no es el tipo más simpático del mundo, pero consigue resultados rápidamente -señaló. Laura asintió. Estaba poniéndole a Jenna un vestido rosa que Justin le había comprado el día anterior.
Ya nadie la confundiría con un niño.
-Ya estás lista para hacerle una visita a la madre de Laura -dijo él, mientras tomaba a la niña en brazos. -¿A mi madre? -repitió ella. -Nos lo pidió ayer, ¿te acuerdas?
En aquel momento, sonó el teléfono y Justin fue a contestarlo.
-Hola, Steve. Sí está aquí -le pasó el teléfono a Laura-. Es para ti.
Era el colmo; ahora su familia la llamaba a la casa de Justin. Fue a contestar meneando la cabeza, preguntándose si su madre habría empezado ya a
hacerle un vestido de novia.
-Hola, hermanita -le dijo Steve desde su teléfono móvil-. Voy a casa de mamá. ¿Quieres que pase a recogeros? De todas formas, voy con tu coche. -¿Ya lo has arreglado?
-¡Claro! Los chicos están deseando conocer a Jenna. Voy a dejarlos con mamá primero y te recogeré en media hora. Ah, y no te preocupes por Jenna. Te he instalado una silla para bebés.
-De acuerdo -murmuró Laura. Aparentemente, no le quedaba más remedio que pasar el fin de semana en casa de su madre.
En cuanto llegaron a casa de su madre, ésta apareció por la parte de atrás.

-Venid por aquí -les indicó con la mano.
Laura sacó a la niña del coche y juntos se dirigieron hacia la parte trasera de la casa. Hacía un día precioso, el sol brillaba en lo alto y hacía calor. Laura se recordó que tenía que preguntarle a su madre sobre el jardín de hierbas.
-¡Sorpresa! -gritaron todos en cuanto dieron la vuelta a la casa. Laura dio un salto hacia atrás. Se habría caído si Justin no hubiera estado detrás de ella.
-¿Qué pasa aquí? -preguntó mirando a su alrededor, atónita.
Una conspiración a la que habían arrastrado a Justin. Toda su familia estaba allí y habían colgado globos y cintas de colores en los árboles.
Había un montón de regalos encima de la mesa del porche. Sus cuatro sobrinos daban vueltas alrededor de ellos con ganas de ver lo que había dentro. Su padre ya estaba en la barbacoa, asando las chuletas.
-¡Dios mío, mamá! Pero si mi cumpleaños no es hasta el martes -exclamó, pasándole la niña a Justin.
-Lo sé. Felicidades -le dijo su madre mientras la abrazaba y le daba dos besos-. El martes estarás muy ocupada para celebrarlo.
Laura se rió y se agachó para darles un abrazo a sus sobrinos: cuatro niños rubios, llenos de energía, entre dos y cinco años. No los había visto desde que empezó a trabajar tan duro y parecía que habían crecido mucho desde entonces.
-Chicos -llamó la madre de Laura, con la mano sobre le brazo de Justin-. Este es Justin, el amigo de Laura. Y esta es su hermanita.
Los niños dejaron a su tía para rodear a Justin y a la abuela, estirando el cuello para ver a Jenna.
-¡Guau! Es como una muñeca -exclamó el mayor, y Laura consiguió pararle la mano antes de que le diera un pellizco en, la mejilla.
-Tía Laura, tienes que abrir los regalos -dijo, tirándole de la mano-. Llevamos esperando mucho.
Laura dejó que, la llevara hasta el porche, sintiéndose un poco mareada; no había celebrado su cumpleaños en años. Después, abrió los regalos ayudada por los niños.
-Hay uno más -dijo Justin, mientras sacaba un paquete grande de una bolsa en la que ella no se había fijado. Estaba envuelto en papel rojo y tenía un gran lazo blanco.
Laura le dio un beso y rasgó el papel.
-¡Oh, no! -exclamó horrorizada al ver el contenido-. Justin, ¿por qué me haces esto?
-Jenna me ayudó a elegirlo -dijo Justin con una sonrisa malvada-. Ella es la

culpable del color.
Laura se lo enseñó a. todos.
-Mi propio casco. Rojo. Dios mío -lo dejó sobre la mesa y con un dedo lo alejó todo lo que pudo-. ¿Cómo se te ha ocurrido hacerme una cosa así?
-¡Laura! -la regañó su madre por sus malos modales, pero Justin la tranquilizó con una sonrisa.
-Se ha negado a montarse conmigo en la moto porque no quería ponerse un casco usado -explicó-. Pensé que así se resolvería el problema. Estaba esperando un discurso sobre manipulación y esas cosas, así que no me preocupa si se queja un poco.
-Pero de todos modos... -dijo su madre-. Laura...
-De acuerdo. Gracias, Justin -dijo con su voz más educada-. Me encanta. Quedará fenomenal en mi estantería de trofeos, junto al trozo de hielo del Everest y el paracaídas.
La velada pasó muy deprisa. Estaban acabando el pastel casero de su madre cuando el teléfono de Justin sonó. Se disculpó y se alejó para contestarlo.
-Es Harris. Tengo que marcharme.
Laura lo agarró del brazo y se alejó de los demás.
-¿Ha encontrado a tu padre?
-Sí. Está en un hotel y Harris no tiene ni idea de cuánto tiempo va a permanecer allí. Así que voy a verlo ahora -dijo inquieto-. Me llevaré a Jenna conmigo.
Ella asintió.
-Prepárala mientras yo voy a buscar mis cosas.
-Tú no tienes que venir, Laura. Es tu fiesta de cumpleaños.
-Nos habríamos marchado pronto de todas formas. No te preocupes. Ve por Jenna.
-Me gusta mucho Justin -susurró su madre mientras le daba dos besos de despedida-. Es un poco tímido, pero creo que es buena persona. Es obvio que adora a su hermana.
Laura sonrió. «Tímido». Durante la comida había estado bastante callado. Parecía abrumado por su familia, pero ella no lo culpaba. A veces también la abrumaban a ella, y ya tenía veinticinco años de experiencia.
-No te hagas muchas ilusiones, mamá. Sólo es mi vecino, eso es todo.
-Pero a ti te gusta, ¿verdad? Laura la miró a los ojos. -Sí, mamá, me gusta.
-¿Mucho?
-Mucho -confirmó ella con un suspiro mientras miraba a Justin, que estaba bajando a uno de sus sobrinos de un árbol para que se despidiera de Jenna. Sí, aquel era el problema. Le gustaba mucho.

Justin no arrancó de inmediato. Apoyó la cabeza en el reposacabezas y Laura vio que se ponía pálido.
Aquello no iba a ser fácil para él. Ella se acercó y, a pesar de la incomodidad de la postura, lo rodeó con sus brazos. Él no respondió al abrazo al principio, pero ella no lo soltó. No estaba acostumbrado a aceptar a otras personas, pero ahora la necesitaba.
-¿Cuánto hace que no lo ves?
-Más de veinticinco años -dijo él con voz apagada-. Sólo tenía cinco años. Apenas lo recuerdo. No creo que lo reconozca cuando lo vea.
-¿Te maltrataba?
-No. Sólo nos ignoraba. Nos dejaba solos.
-Eso es otro tipo de maltrato. ¿Fue eso después de que tu madre muriera?
-Sí. No teníamos a nadie más. Y él no... bueno, digamos que no era un padre ejemplar. Seis meses más tarde nos separaron de él -se encogió de hombros-. No significa nada para mí. Esto no será un problema. Sólo tengo que ser cordial y no dejarle ver que lo odio, hasta que me permita adoptar a Jenna.
Laura pestañeó. Eso no sonaba muy prometedor.
-¿Te acuerdas de esos seis meses?
-Sí. Me acuerdo de Ben. No recuerdo la cara de mi madre, pero no he olvidado la de Ben.
Laura apoyó la cabeza en su hombro e intentó que se relajara. Se encontró deseando poder conseguir que se sintiera mejor, pero era imposible. Sus abrazos no iban a borrar las cicatrices.
Aunque, quizá, le calmaran un poco.
-Tengo que llevarte a casa primero -murmuró Justin. Volvió la cabeza y hundió la cara en el cuello de ella. Ella levantó la mano y metió los dedos entre su pelo. Podía sentir su respiración cálida en el cuello.
-¿Laura? -dijo él levantando la cabeza para mirarla a los ojos. Sus caras estaban tan cerca que sus narices casi se tocaban.
-Eres preciosa.
Ella sonrió.
-Tú también. Ya te lo había dicho, tus ojos son espectaculares.
El hizo una mueca y ella se rió.
-Estaba intentando conseguir un beso, no un cumplido -se quejó él.
-¿Voy contigo a ver a tu padre?
-¿Qué tiene eso que ver con el beso? -preguntó él, acariciándole la mejilla.
-Te ayudaría llevar a un abogado contigo. Y una amiga. Yo soy las dos cosas. ¿Me dejas que vaya?
El dudó.

-¿Por qué?
Ella evadió la pregunta y se inclinó más hacia él.
-Porque quizá haya un beso para ti si me dejas.
Los ojos de Justin reflejaban una sonrisa mientras la rodeaba con sus brazos.
-Es una oferta que no puedo rechazar -susurró él.
-Bien -murmuró ella, pero cuando sus labios estaban a punto de juntarse, se echó para atrás y se pegó a la ventanilla.
Justin se quedó mirándola.
-¡Oye! ¿Te estás echando para atrás? Vuelve aquí, tenemos algo pendiente.
-No -dijo ella con una sonrisa-. Primero la visita, luego el beso -le envió un beso con el dedo como compensación, esperando conseguir otra sonrisa-. Vamos, arranca el coche.
Justin le lanzó una mirada maliciosa mientras ponía el coche eri marcha.
-De acuerdo. Pero me lo debes. No vas a escapar.
Aquello era prometedor. Ella lo ayudaría a enfrentarse a su padre, a conseguir la adopción de Jenna y, después, recibiría un beso.
Sí. Podía pasar por cualquier cosa por aquella recompensa. Esperaba que Justin sintiera lo mismo.
Justin tomó aliento cuando estuvo delante de la puerta del 2C. El viaje había sido muy corto. Demasiado. Todavía no estaba listo para entrar.
Levantó la mano para llamar pero, después de un momento, se guardó el puño bajo el brazo. Suspiró, sin mirar a Laura. Esperaba que ella supiera que se alegraba de que estuviera allí con él, y no porque fuera abogada.
Pero no quería enfrentarse a su padre. No quería verlo.
Laura le paso la mano bajo el brazo y se arrimó a él. Él la miró y le dedicó una débil sonrisa. Después miró a Jenna, que estaba en el suelo, durmiendo en el cuco del coche. Tenía que hacerlo. Por ella.
Volvió a levantar la mano y llamó con firmeza a la puerta.
Dentro se escucharon unos pasos acercarse a la puerta y, después, una pausa que significaba que alguien estaba mirándolos por la mirilla. Justin se puso en tensión mientras esperaban y Laura le apretó el brazo.
-¿Sí? -una voz salió del interior-. ¿Quién es?
Justin abrió la aboca, pero no pudo decir nada.
-¿Señor Bane? -preguntó Laura-. Nos gustaría hablar con usted un momento.
-¿Sobre qué?
-Me llamo Justin Bane -dijo Justin, sorprendido de que su voz sonara firme-. Soy su... tu hijo. Tengo que hablar contigo.

Hubo un momento de silencio. Después, la puerta se abrió.
Después de todo lo reconoció. Los recuerdos eran vagos y, el hombre, mucho mayor, pero allí estaba el sentimiento de que ya se conocían. Incluso recordaba su nombre: Just. Así era como quería que lo llamara cuando era pequeño.
Le hizo un gesto con la cabeza al hombre que era su padre, al menos biológicamente. Ese era su vínculo con Jenna. Tenía que recordarlo.
-Justin hijo? -preguntó el hombre por fin-. Qué me parta un rayo -miró al cuco donde Jenna dormía-. ¿Y un nieto?
-Hola, Just. Nos gustaría hablar contigo un momento.
Su padre miró a Laura.
-¿Es tu mujer?
-No. Es Laura King. Es abogado.
-¿Un abogado? -preguntó escamado, pero les hizo un gesto para que pasaran y los acompañó hasta un salón espacioso-. Sentaos. ¿Para qué has venido, chico? ¿Para ver qué tal va tu herencia? -una carcajada acompañó el chiste-. No me voy a morir en mucho tiempo, así que no esperes nada de momento.
-Parece que te va muy bien -dijo Justin -este hotel es caro.
Su padre se pasó la mano por el pelo.
-Sí. Me ha ido bien durante los dos últimos meses. Pero el dinero viene y se va. Así es la vida. Laura se sentó, pero Justin no. Dejó el cuco de
Jenna a sus pies y se cruzó de brazos, mirando a su padre con resolución.
-Estoy aquí por Jenna. -¿Jenna? ¿Quién es Jenna? Justin señaló a la niña. -Ésa es Jenna. Tu hija.
El hombre pestañeó asombrado. Miró al bebé y luego a Justin.
-¿Es la hija de Linda? ¿Qué diablos está haciendo contigo? ¿Puedes creer que Linda me pidió que le diera dinero si quería que la niña llevara mis apellidos? Tuve que pasarle mil dólares. ¿Se apellida Bane?
Justin no le respondió.
-Linda está en la cárcel. La niña lleva un tiempo conmigo.
-Al final la cazaron, ¿eh? Le dije que tuviera cuidado.
Justin se echó hacia adelante, intentando captar la atención de su padre.
-Estamos aquí para hablar del futuro de la niña. Linda está de acuerdo con darla en adopción. Todo lo que necesitamos es tu consentimiento y no tendrás que volverte a preocupar de esto nunca más.
Como si su padre se preocupara de sus hijos.
-De eso nada. Es mi hija. Nadie va a adoptarla.
Justin miró a la mesita de café, intentando controlar sus impulsos violentos al recordar otra adopción que su padre había impedido: la suya.

Agradecía la presencia tranquilizadora de Laura. Logró hacerle la pregunta con calma:
-¿Por qué no?
-Es mía. Mi hija.
Justin levantó a la niña en brazos y la apretó contra el pecho, haciendo que su padre tuviera que verla.
-¿Quieres decir que quieres tenerla tú?
El hombre se movió incómodo.
-Claro que no. Ése es asunto de su madre. Sólo quiero decir que va a quedarse con mi apellido.
Justin sintió esperanzas. Si aquello era todo...
-Just, su madre va a pasar unos cuantos años en la cárcel. Yo quiero adoptarla, así que llevará tu apellido.
-Entiendo -Just los miró un rato, y después se encogió de hombros-Bueno, así es diferente -encendió un cigarrillo y Justin tuvo que apartarse para evitar la nube de humo que salió de su boca-. Por mí está bien. ¿Quieres criar a tu hermana? Qué chico tan raro. Siempre lo fuiste.
-Qué sabrás tú, Just -dijo con calma-. No tuviste tiempo de conocerme.
-No intentes hacerme sentir culpable, chico. Yo era un crío cuando naciste. Apenas tenía veinte años cuando tu hermano se unió a nosotros. Después perdí a tu madre -se quedó en silencio un minuto, pero Justin no creyó que sintiera pena-. Yo mismo era un niño, ¿cómo iba a cuidar de dos bebés?
-Ahora no eres un niño.
-No. Reconozco que soy bastante mayor -guiñó un ojo-. Pero, aun así, he hecho un hijo.
-¿Tengo tu permiso para adoptar formalmente a Jenna?
-Claro. Si eso es lo que quiere Linda. Siempre que me garantices que mantendrá mi apellido, me parece bien.
¿Por qué le importaba tanto? Justin tuvo la curiosidad de preguntárselo, pero temió que no le gustara la respuesta. Tenía que ser algún motivo egoísta sobre la inmortalidad a través de la descendencia. Los genes no eran suficiente para él, también tenía que pasar el apellido. De repente,, sintió que no podía aguantar allí ni un segundo más.
-Bien. Vámonos Laura.
-No me has dicho a qué te dedicas, hijo -preguntó Just.
-Soy profesor -dijo él, muy serio.
La mirada esperanzada desapareció de la cara de su padre.
-Un profesor. Entiendo. Eso no da mucho dinero, ¿verdad?
-No. Pero ahora que te va tan bien, espero que me mandes una

manutención para Jenna.
Su padre abrió la puerta de par en par.
-Lo siento. Si vas a adoptarla, vas a adoptarla, y con eso renuncias a cualquier manutención.
Justin respiró profundamente en cuanto salieron a la calle.
-Gracias a Dios que ha estado de acuerdo. No creo que pudiera aguantar tener que volver a verlo. Ahora, sólo cabe esperar que la adopción concluya antes de que descubra que no estoy tan arruinado como piensa.
-No te preguntó nada -escupió Laura-. Nada. Ni si tenías mujer e hijos, si tenías una casa para el bebé. Nada. ¿No le importa lo que le pase a su hija?
-Ya te dije cómo era.
Justin se quedó en silencio un rato. Caminaron hacia el coche de Laura y Justin ajustó el cuco de Jenna con el cinturón de seguridad.
-Mañana mismo empezaremos el proceso. Si quieres, yo puedo ayudarte, aunque quizá prefieras un abogado especializado en adopciones, para con-
seguirlo lo antes posible. Antes de que Just decida que quiere dinero por la adopción.
Justin asintió.
-De momento, ya me siento aliviado de haber acabado con esta parte.
Condujo en silencio. Antes de volver a casa, pararon en un establecimiento de comida rápida para tomar algo, pero también lo hicieron en silencio. Estaba claro que Justin necesitaba pensar y ella no quiso interrumpirlo.
-Bueno -dijo ella cuando llegaron a la puerta de su piso-. Te veo mañana después del trabajo. Buena suerte. Llámame si tienes algún problema.
Justin la agarró de la mano cuando ella comenzaba a alejarse.
-¿No te olvidas de algo?
Por supuesto que no. No se había olvidado de ese beso prometido. De hecho, había ocupado su pensamiento casi todo el camino de vuelta. Pero había creído que él sí se había olvidado.
-¡Ah, tienes razón! -se quitó del hombro la bolsa en la que guardaban los objetos de Jenna y la puso en el hombro de Justin.
-Ahí tienes. Buenas noches.
-No creo.
Ella intentó mostrar una actitud inocente, como si no supiera de qué iba todo, pero una sonrisa la delató.
-Me estás tomando el pelo, ¿eh? ¿Quieres que me crea que te has olvidado de nuestro acuerdo? -sin soltarle el brazo le preguntó-: ¿Todavía

tienes la llave que te di?
-Sí -contestó ella.
-Pues entonces ábreme la puerta. Tengo las manos ocupadas.
-,Tienes miedo de que me escape?
-Me da pavor.
Ella abrió la puerta con la mano izquierda, sonriendo mientras Justin la arrastraba al interior.
Él cerró la puerta con el pie, dejó el cuco en el suelo y la acorraló contra la pared.
-Así está mejor. No quería montar un espectáculo en las escaleras.
Laura sonrió. La niña estaba gorjeando detrás de él. Aparte de eso, sólo había silencio. Sólo el sonido de su respiración. Estaban tan cerca que podía sentir el movimiento de su pecho al respirar. Sintió una oleada de calor cuando sus ojos se encontraron y la llama de su mirada quemó de un plumazo la sonrisa de su cara. No se dio cuenta de que había susurrado su nombre hasta que él sonrió y pronunció el de ella. No estaba segura de quién se movió primero, pero en aquel momento no le importó, porque los dos estaban igual de entregados. Enredó los dedos en su pelo suave y sintió el cuerpo caliente de Justin contra el suyo. Su boca era dulce y ambiciosa y, de alguna manera, todo pareció encajar.
Jenna los interrumpió. Sus gorjeos habían empezado a convertirse en un lamento que indicaba que iba a necesitar atención.
El beso terminó, pero no el abrazo. No de inmediato.
-Laura... -susurró él con los labios junto a su oído y los brazos alrededor de su talle. Ella giró la cara hacia su cuello y se sintió feliz. De hecho se sintió... enamorada.
Oh, Dios. Las cosas se le estaban,yendo de las manos.
-Tengo... tengo que irme... -dijo con voz ronca, empujándolo con las dos manos-. Tengo que trabajar mañana. Temprano. Tengo que dormir.
Agarró la manilla de la puerta y la abrió.
-No trabajes mucho -le dijo Justin mientras ella salía, dejando atrás su mente y su corazón. Incluso se olvidó de despedirse de Jenna.
Estaba metiéndose en la cama cuando escuchó el agua de la ducha al otro lado de la pared. Unos cuantos segundos más tarde, el sonido de la voz de Justin llegó a través de la pared por primera vez desde que había descubierto que ella lo oía. Se puso una almohada en la cara para ahogar la risa mientras escuchaba las estrofas improvisadas, obviamente compuestas en su honor.
Todavía sonriendo, se giró sobre un lado cuando todo volvió a estar en silencio y se acomodó en la almohada. Sí, estaba segura de que su beso

había logrado animarlo.

CAPÍTULO 8

EL LUNES por la mañana, apenas era mediodía cuando en la oficina de Laura entró una persona con la fuerza de un vendaval. Asustada, se puso de pie de un salto, sorprendida al ver a Justin en frente de ella, con los puños apretados y una expresión peligrosa en la mirada.

Algo terrible estaba pasando.

-¿Justin? -miró detrás de él, esperando ver el capazo de la niña o la silla de paseo que Steve les había dejado. Pero no había ni rastro del bebé-. ¿Qué ha pasado? ¿Qué estás haciendo aquí? ¿Dónde está Jenna?

Justin apoyó los puños en la pared durante unos segundos, después la golpeó con tanta fuerza que retumbó toda la habitación.

-Me la han quitado, Laura -dijo con la voz desgarrada mientras apoyaba la cabeza en la pared.

Laura sintió que el corazón le daba un salto en el pecho y corrió hacia él para agarrarlo del brazo.

¿Qué? ¿Quién? ¿Quién te la ha quitado?

El no respondió inmediatamente, así que ella lo apretó con más fuerza para obligarlo a mirarla.

-Dime qué ha pasado, Justin.

-Los Servicios Sociales. Fui a verlos esta mañana y me la quitaron. La han llevado a un centro de acogida de manera temporal.

-¡Oh, Justin! -Laura lo rodeó con los brazos. Él se dejó abrazar unos segundos, después se separó y fue hacia la ventana, temblando por la rabia-. Justin, lo siento.

Justin se cruzó de brazos, con las manos apretadas. Tenía un aspecto bastante intimidante, y ella se preguntó qué habría pasado. Esperaba que no hubiera hecho nada que dañara su caso.

Adoptó su pose profesional, lo tomó del brazo y le indicó que se sentara.

-Vamos a hablar, Justin. Cuéntamelo todo. ¿Fuiste con un abogado? -dejó escapar un suspiro-. No debería haberte dejado solo. Debería haberte acompañado. ¿En qué habría estado pensando?

Él meneó la cabeza.

-Sin abogado. No pensé que fuera a necesitarlo, al menos, no tan pronto. Me tuvieron allí casi dos horas, me hicieron todo tipo de preguntas. Después me dijeron que me marchara solo -dejó escapar un improperio y se giró para volver a mirar por la ventana-. Estúpido, mira que ir sin un abogado. No he aprendido nada en todos estos años.

-¿Qué te dijeron? ¿Qué motivos te dieron? -Justin estaba meneando la cabeza, como diciendo que no quería hablar-. Justin, si me lo cuentas

todo, quizá pueda ayudarte. Conozco el lado legal del sistema. ¡Por Dios, eres su hermano! ¿Cómo pueden hacer algo así?
-Me reconocieron.
-¿Qué quieres decir?
-No he sido un niño ejemplar, Laura. Fui como una pesadilla para ellos -golpeó con los dedos la ventana. Su perfil era duro, inflexible-. La trabajadora social que se encargó de mí sigue trabajando allí. Y no se ha olvidado de que le derramé un refresco en el asiento del coche.
-Los sentimientos de esa trabajadora social no deberían influir en el asunto de Jenna. Eso por no hablar de un estúpido refresco.
Justin se encogió de hombros.
-Díselo a ellos. Se han quedado con mi hermana.
-¿Dónde está? ¿Qué te dijeron?
-Dijeron que la llevarán temporalmente a un centro hasta que estudien el caso -dijo sin alterar la voz-. Y no tienen ni idea de cuánto tiempo les va a llevar.
-Debería habérmelo imaginado -murmuró Laura-. Debería haberte prevenido. Lo siento.
El se giró para enfrentarse a ella.
-¿Qué quieres decir? ¿Sabías que esto podía pasar? ¿Lo sabías y me dejaste que la llevara?
-Justin, no había elección. Si no lo hubieras hecho ahora, habría sucedido más tarde. Tenías que llevarla a las autoridades. Pero debería haberme dado cuenta de que no iba a ser fácil. Aunque seas su hermano.
Justin se quedó mirando al suelo.
-Explícamelo. ¿Cuál es el problema? ¿Qué posibilidades tengo? ¿Qué puedo hacer para asegurarme de que vuelvo a tenerla conmigo?
-El problema es que no les gusta mucho dar la custodia a los hombres solteros. Sobre todo a la edad de Jenna. Hay muchas salidas para los más pequeños, muchas parejas desesperadas por tener un niño, por lo que sería muy fácil dejarla con la pareja adecuada.
-¡Soy su hermano! -dijo golpeando la mesa con el puño-. ¡Su hermano! ¿Cómo pueden dejarla con extraños cuando ella ya tiene una familia?
Laura alargó una mano y lo acarició.
-Estoy de tu lado, ¿recuerdas?
Justin la miró un instante.
-Lo siento.
Ella asintió.
-Eres un hombre soltero -repitió-. El sistema está orientado hacia la familia tradicional, con un padre y una madre. Pero no renuncies todavía,

siempre hay una oportunidad. Tu solicitud ya está en curso y pronto sabremos algo -dudó un instante-. ¿No hiciste ninguna escena, verdad? ¿Ni les dijiste lo que opinabas de los Servicios Sociales?
Justin dejó escapar una palabra que, probablemente, no habría pronunciado delante de Jenna.
-Claro que no. Sabía que eso me perjudicaría. Me mostré tan educado y cooperante que casi me duele la cara de mantener la sonrisa. No hice nada que puedan utilizar en mi contra.
-Eso está bien. Excelente.
-¿Y si rechazan la solicitud? ¿Qué sucedería? ¿Podría apelar? ¿Habrá algo que yo pueda hacer?
-Por supuesto. Tranquilízate, Justin. Sé que no es justo, pero perdiendo los nervios no vas a conseguir nada.
Justin se dejó caer en una silla y se frotó la cara con las manos.
-Tienes razón. Ya me tranquilizo. Vamos a lograrlo.
-Por supuesto. Haré todo lo que esté en mi mano para ayudarte. No pierdas la esperanza todavía..
Él se quedó mirando el suelo durante un minuto,
y después levantó la cara. Laura se sorprendió al ver una sonrisa.
-¡Qué haría yo sin ti! -Probablemente, fastidiarlo todo. -Probablemente. Te agradezco todo lo que estás haciendo por mí -alargó una mano hacia ella-. Ven. Ella le tomó la mano y él la atrajo hacia sí. -¿Qué?
-Necesito distraerme. Además, seguro que nadie te ha besado en el trabajo.
Laura sintió que sus entrañas se encogían y que las piernas le temblaban, especialmente, cuando él la rodeó con los brazos y la sentó sobre sus rodillas. -Bueno, me imagino que eso depende de tu definición de beso.
-¿Quieres que te dé un ejemplo? -preguntó él. Ella le rodeó el cuello con los brazos y le mordió el labio inferior con suavidad. Sabía de maravilla. Y olía de maravilla. Y sus ojos seguían siendo tan deliciosos como el chocolate.
Desde luego, estaba metiéndose en un buen lío. -Tengo que confesarte que me tienta mucho.
¿Pero qué pasaría si entrara mi jefe?
Unos segundos más tarde, su beso la hizo olvidar que estaba en la oficina y que su jefe podía entrar en cualquier momento. En su caricia había una necesidad que ella entendió muy bien y que calmó de muy buena gana. Ella también lo necesitaba. No podía negarlo.
Nadie entró en la oficina, pero el sonido del teléfono la hizo saltar de su regazo.

Justo a tiempo, pensó al darse cuenta de lo que le había hecho a la camisa de Justin. Se abrochó el botón superior de su blusa y se aclaró la garganta. Estaba horrorizada.
-Parece que elegimos los lugares y los momentos más apropiados -dijo Justin con una sonrisa pícara, leyéndole la mente.
Laura meneó la cabeza y pulsó un botón para desviar la llamada a la centralita; en aquel momento no le apetecía hablar con nadie.
Justin se puso de pie.
-Me voy a casa. ¿Conoces a algún especialista en adopciones?
-Claro. Te daré unos cuantos nombres.
Escribió una pequeña lista y se la pasó a Justin, que se lo agradeció con un beso en la mejilla y se dirigió hacia la puerta.
Laura abrió la boca y se abalanzó sobre él, sujetando la puerta antes de que pudiera abrirla.
-No puedes irte así.
Él la miró sorprendido.
Ella le abrochó la camisa y le peinó con los dedos.
-Ya está -dijo, mirándolo de arriba abajo-. Ya no parece que te has estado besuqueando conmigo.
Justin se rió. Le puso la mano en la nuca y le dio un beso tan dulce que a Laura casi se le saltaron las lágrimas.
-Gracias, Laura. Vente a cenar esta noche a mi casa, ¿vale? Entra con la llave que te di cuando llegues.
-De acuerdo -susurró ella mientras él abría la puerta. Se quedó mirándolo mientras se alejaba en dirección al ascensor.
Siempre había estado loca por su vecino. Pero lo que ahora sentía era algo más profundo.
Volver a casa le resultaba mucho más agradable desde que sabía que había alguien esperándola. Subió las escaleras en un suspiro. Pero se dijo a sí misma que no debía hacerse muchas ilusiones románticas. Primero, tenía que pensar en Jenna; sin embargo, después de aquellos besos en la oficina y, después de aceptar que Justin se le había colado en el corazón, no era tan fácil.
Justin estaba conectado a Internet, mirando cosas sobre adopciones y sobre juicios. Ella le colocó la mano sobre el hombro y lo apretó.
-Hola. ¿Qué tal estás?
Justin se encogió de hombros, pero cubrió la mano de ella con la suya durante un instante.
-Preocupado. He llamado a algunos de los abogados que me recomendaste, pero todavía no he contratado a nadie. Tengo miedo de

equivocarme.
-No te preocupes demasiado. Trataremos de acabar cuanto antes -dijo ella con optimismo, aunque
en el fondo no se sentía así. Aunque Justin consiguiera la custodia de Jenna, incluso el permiso para adoptarla, el proceso podía durar meses, incluso años. Demasiado tiempo.
Justin miró al techo.
-He estado pensando. Si estuviera casado no habría ningún problema, ¿verdad? Como hermano suyo, con una esposa, no tendría ningún problema, ¿no?
Laura acercó una silla y se sentó.
-Sería diferente -dijo asintiendo con la cabeza.
-Bien -dijo inclinándose hacia delante para cubrirse la cara con las manos-. Entonces, eso es lo que haré.
-¿Qué?
-Me casaré. Si ésa es la única manera de conseguir a Jenna, me casaré. Ella lo miró fijamente. -¿Casarte? -Sí.
-¿Lo dices en serio?
-Sí. Si hace falta...
Afortunadamente, estaba sentada. Tenía que estar bromeando. Eso o estaba loco. Tragó con dificultad,
preguntándose si le saldría la voz.
-Entiendo -dijo con un gruñido-. ¿Ya tienes una esposa?
El se giró hacia ella, con la mirada preocupada.
-Laura... Sé que tú también la quieres... Si nos casáramos...
Laura sintió que- la sangre le golpeaba en las sienes.
-¿Qué quieres decir? -logró preguntar.
-Sé que es mucho pedir. Sólo sería algo temporal, sólo hasta que todo estuviera asentado y pudiéramos estar seguros de que no se la iban a llevar.
-¿Yo? -preguntó con un grito ahogado-. ¿Quieres que me case contigo?
-Sólo por unos días.
-¿Sólo por unos días?
Siempre se había imaginado que el hombre al que amara la pediría en matrimonio de una forma más romántica.
-Sólo sería un acuerdo práctico, por supuesto.
-Por supuesto -repitió ella, con desmayo. Se habían metido en aquel lío juntos y ella había insistido en ayudarlos. Además, era una mujer práctica. ¿Por qué diablos se había tenido que enamorar sólo por unos besos?
-Por supuesto, no esperaría que me ayudaras a criar a Jenna -continuó él-.

De hecho, lo mejor sería que no tuvieras mucho que ver con ella, para que no te echara de menos cuando te marcharas.
¿Que lo mejor era que no tuviera mucho que ver con Jenna? Tuvo que esforzarse para no gritar.
-¿Adónde voy a irme, Justin? Vivo en la puerta de al lado.
-Me imagino que tendremos que mudarnos. A una casa. Jenna necesita un patio para jugar. Césped bajo sus pies para empezar a caminar.
-¿Mudarnos?
-Sólo Jenna y yo -se apresuró a aclarar-. Cuando todo esto termine. No espero que te mudes con nosotros, ya te estoy pidiendo demasiado. Nos quedaríamos aquí hasta que todo estuviera arreglado.
«Sólo Jenna y yo».
Por supuesto.
Se mordió el labio por dentro e intentó pensar con cordura. Justin estaba pensando en lo mejor para la niña. No tenía ni idea de lo que le dolían sus palabras.
-Sería más de unos días -dijo ella con tono apagado-. El proceso completo podría durar más de un año.
-¿Quieres decir que no?
Ella se levantó y comenzó a pasearse por la habitación. No podía dejar que viera lo decepcionada que estaba, ni las estúpidas lágrimas que estaba almacenando en los ojos. Pestañeó con determinación e hizo un esfuerzo para mantener el tono de voz frío y distante.
-Bueno, Justin. Tengo que admitir que esto no es con lo que yo había soñado.
-Lo sé -murmuró él-. Te gustaría tener al hombre al que amas, arrodillado delante de ti, con un anillo que le costaría dos años pagar y con planes para siempre jamás.
-Bueno, sí. Me temo que tengo unas fantasías muy comunes. Nos las han metido en la cabeza desde pequeñas. De rodillas, sí. La parte del anillo caro es opcional, pero lo del siempre jamás, no.
-Olvídalo, Laura -dijo él cansado-. Ya pensaré en algo.
Ella se quedó mirándolo, haciendo un esfuerzo sobrehumano para disimular sus sentimientos.
-¡Que lo olvide! Para una vez que alguien me lo pide. De eso ni hablar.
Sus palabras tuvieron el efecto deseado. La cara de Justin se transformó con una sonrisa. Después se rió.
Ella se giró hacia él con las manos en las caderas y se olvidó de sus sentimientos para adoptar la pose de mujer de negocios. Ya habría tiempo para lamerse las heridas.

-De acuerdo. Vamos a concretar. ¿Cómo lo haríamos? ¿Viviríamos juntos? -preguntó ella.
-Me imagino que será necesario, mientras están tramitando la adopción.
Ella lo miró un instante, con la mano en la frente.
-De acuerdo. Lo haré.
-¿De verdad? -dijo él con los ojos fijos en ella. No parecía muy aliviado. De hecho, parecía aterrado.
A ella le entraron ganas de negarse.
-De verdad. Por Jenna -señaló-. No te estoy haciendo ningún favor, Justin. Lo hago por tu hermana. Si no has cambiado de opinión mañana...
-No voy a cambiar de opinión. Haré cualquier cosa por Jenna.
Laura se mordió el labio y tomó aliento. Ella no era parte de ellos, eso lo tenía que tener muy. claro. Había estado equivocada al hacerse ilusiones.
-Sí. Cualquier cosa por Jenna. Vamos a casarnos por ella -repitió Laura.
-¿Enseguida?
Ella asintió.
-En un día te dan la licencia.
-Bien. ¿Te parece bien el viernes? Dentro de una semana habrá una reunión con los Servicios Sociales. Quiero que para entonces nos presentemos como un matrimonio.
Laura tragó con dificultad. ¡Una mujer casada! -Me parece bien.
¿Cómo podía la vida de una persona complicarse tanto?
Laura permaneció sentada en el coche, en la puerta de la casa de sus padres, posponiendo lo inevitable.
Tenía la licencia de matrimonio en el bolso desde por la mañana. Aquella parte había sido fácil. Todo lo que habían tenido que hacer había sido presentarse con sus documentos de identidad. Lo más difícil sería explicárselo a su padres.
No sería difícil contarles que el viernes se iba a casar y que iba a tener una hija. De hecho, ya habían aceptado a Justin y a Jenna con los brazos abiertos. Lo peor sería decirles que se trataba de un matrimonio de conveniencia, algo sacado de la Edad Media.
Y si a aquello se añadían sus propios sentimientos dolidos, era obvio que no iba a resultar divertido.
El rostro de su madre apareció tras una de las ventanas, mirando al exterior. Después, sonrió al ver a su hija. Laura la saludó con la mano y tomó aliento antes de salir del coche.
-Cariño, cuánto me alegro de verte. Le dijo su madre, que ya estaba junto a ella-. Y felicidades otra vez.
Era verdad. Era su cumpleaños; ni siquiera había pensado en eso.

-Es la tercera vez que te veo en una semana. Laura sonrió y le dio un beso.
-¿Está papá en casa?
-No, ha ido a hacer un recado, pero volverá pronto-. Por lo visto, ninguno de los seis millones de tornillos que tiene en el garaje le sirven par colgar el cuadro nuevo.
-Entiendo. Bueno. De todas formas, es mejor que te lo diga a ti sola primero.
-¿Que me digas qué? ¿Pasa algo malo?
Laura se frotó las manos al entrar en la cocina.
-No pasa nada malo. Pero tengo algo que contaros -tomó aliento y le indicó a su madre que se sentara a su lado-. Es acerca de Justin y Jenna.
-Esto parece serio.
Ella asintió.
-Los Servicios Sociales le han quitado a Jenna. Justin quiere adoptarla y sus posibilidades mejorarán si se casa.
-Entiendo... -dijo la mujer con precaución, sin atreverse a sacar conclusiones.
Laura tragó con dificultad.
-Así que voy a ayudarlo. Me voy a casar con él.
Su madre dio un grito y la abrazó.
-Eso es maravilloso, cariño. Lo supe en cuanto lo vi. Se lo dije a tu padre: ése es el hombre para Laura. Espera. Voy a por un lápiz. Tenemos que hacer planes...
-Mamá, escucha -le dijo ella, agarrándola por el brazo para que no se levantara-. Es sólo un matrimonio de nombre, sólo para que Justin consiga a la niña. No es un matrimonio de verdad.
Su madre la miró con incredulidad.
-¿Estaréis legalmente casados?
-Sí.
-¿Y vais a vivir juntos?
-Sí.
-¿Y estás enamorada de él? -Sí... digo... ¡No!
Su madre la miró con una sonrisa enorme. -Me has hecho trampa -se quejó Laura. -¿Se lo has dicho?
-Por supuesto que no. -¿Y qué siente él?
-No está enamorado, si es lo que me estás preguntando.
Su madre agitó una mano en el aire, dando a entender que para ella aquello sólo era un inconveniente sin importancia.
-Yo no estaría tan segura. Me di cuenta de la manera en la que te miraba el otro día. ¿Cuándo será la boda?

Laura suspiró.
-Conseguimos la licencia esta mañana y nos casamos el viernes.
Beth arrugó el entrecejo.
-Mejor el sábado. El viernes es un día muy ajetreado, aparte del poco tiempo.
-No necesitamos tiempo para nada, mamá. Vamos a ir al Ayuntamiento los dos solos.
-Tonterías -dijo la mujer, poniéndose de pie de un salto al oír el ruido de la puerta-. Aquí está tu padre, vamos a contárselo.
-Oh, Dios -gimió Laura, que casi tuvo que arrastrarse hasta el piso de Justin. Él sonrió.
-Parece que no te vendría nada mal un poco de helado.
-Sí. ¿Tienes sirope de chocolate?
-Sí.
Justin fue a la cocina y apareció unos minutos más tarde con un cuenco lleno de helado. Laura miró el recipiente con una mezcla de ansia y aprensión. No muy diferente de como solía mirar al hombre que tenía delante, pensó con cinismo.
-Justin, eres lo peor que le ha pasado a mi cintura.
-Estoy intentando que dejes de estar escuálida. Deja de quejarte -se arrodilló al lado de ella y le ofreció una cucharada de helado-. ¿Has tenido un mal día?
-No. Peor.
-Suéltalo.
-Fui a ver a mis padres para contarles lo de la boda.
-¿Y? Ya están planeando lincharme.
-No. Ése es el problema. Piensan que nos casamos por amor. No quieren escucharme.
-¿Les contaste lo de Jenna?
-Sí, pero da igual. Mi madre quiere verme casada y ya ha dejado un hueco encima de la chimenea para nuestra foto de boda. Mi madre te adora. Debe de ser por la niña. Es una de esas mujeres que no puede resistirse ante un hombre con un bebé en brazos.
La debilidad debía de ser una cuestión genética. Ahora entendía por qué se había enamorado de Justin; había sido por culpa de sus genes.
-¿Quieres que yo se lo explique?
Laura se imaginó la situación. Justin en el salón de sus padres diciéndoles que no la quería, que ella sólo le estaba haciendo un favor. No, no podía confiar en la reacción de sus padres. Seguro que se les escapaba que ella sí estaba enamorada.

-No -dijo con un suspiro-. No creo que eso vaya a solucionar nada.
-¿Puedo hacer algo?
Justin tenía unas grandes ojeras. Una noche sin Jenna parecía haberle hecho más daño que todas las noches que había pasado sin dormir por culpa de la niña.
Laura levantó una mano y le acarició la mejilla.
-Sí -dijo con un suspiro.
La tentación de pedirle un beso era demasiado fuerte. Casi podía sentir sus labios contra los de ella, húmedos y cálidos. Casi podía notar su pelo sedoso entre los dedos, su respiración contra su mejilla...
-¿Laura? -fue un susurro, tentándola aún más con su mirada-. ¿En qué estás pensando?
Dios. Deseaba besarlo. La necesidad era casi dolorosa. Pero no podía. Lo estropearía todo. La descubriría y eso no podía suceder. No cuando había una niña inocente de por medio.
Apartó los ojos, agarró el tazón y lo empujó contra el pecho de Justin.
-Helado -dijo en voz alta-. Estaba pensando en el helado ¿Me traes un poco más?
Justin fue a buscar el helado sintiéndose un poco desorientado. Habría jurado que Laura quería un beso. Sin embargo, sólo le había pedido helado. Meneó la cabeza de manera ausente mientras sacaba el helado del frigorífico.
Se iba a casar.
Se iba a casar con Laura y ni siquiera se había metido con ella en la ducha para experimentar con el jabón.
Por Jenna, se recordó a sí mismo. Iban a hacerlo por Jenna. Los dos. Volvió al salón y se encontró a Laura viendo un documental.
Era preciosa, pensó mientras se sentaba a su lado. Dejó el helado en la mesa. Dentro de unos días iba a convertirse en su esposa. Podrían darse todos los besos y abrazos que quisieran de forma legal.
Si querían.
Dejó escapar un suspiro tan fuerte que Laura apartó los ojos del televisor.
-¿Qué?
-Nada. Sólo estaba pensando en el matrimonio.
Laura asintió.
-Es extraño, ¿verdad?
Sus labios eran tentadores. Se estaba muriendo de deseo al verla comer el helado. Cada vez que se llevaba una cucharada a la boca, sentía crecer la tentación. Se inclinó hacia delante y le tomó la cara entre las manos, después calentó los labios fríos de ella con los suyos y saboreó el helado.

Ella se puso en tensión, pero enseguida respondió a la caricia y él tembló con una mezcla de alivio y deseo. Los labios fríos se fueron calentando, y la lengua también. Podía sentir los latidos del corazón de Laura junto a sus dedos, la calidez de su hombro junto a su palma. Calidez... Calor... Fuego... ¡Frío!

Justin se puso de pie de un salto.

-Lo siento -dijo Laura sin voz-. No quise... no me di cuenta... -agarró la servilleta que él le había llevado-. Déjame...

Él se apartó.

-No -dijo agarrándole la mano-. Mejor que no.

-Lo siento... -repitió ella.

-No te preocupes -murmuró Justin, caminando hacia su habitación para cambiarse de pantalones-. De todas formas iba a darme una ducha fría.

Aunque no iba a funcionar. Ya le había caído encima un tazón lleno de helado y lo primero que se le había ocurrido era ignorarlo y continuar con lo que estaban haciendo.

Pero no era justo. Ella estaba ayudándolo, sacrificando mucho por su hermana y por él. Lo último que se merecía era que él la liara aún más. Ella lo hacía por Jenna, sólo por Jenna. Tenía que recordarlo. A pesar de la fuerza de sus sentimientos hacia ella. A pesar de la convicción creciente de que si ella sintiera lo mismo, estaría preparado para aceptar riesgos que jamás había considerado.

Dejó escapar un juramento mientras se quitaba la ropa. Sus sentimientos eran irrelevantes. Estaba en deuda con ella y, por ella, tenía que hacer que aquello resultara lo menos complicado posible.

De momento, no iba muy bien. Besándola no iba a hacerlo todo menos complicado. Para ninguno de los dos.

Apoyó la cabeza en la puerta de madera y cerró los ojos durante un instante. Laura iba a casarse con él, y eso significaba que no podía volver a besarla.

No había manera de escaparse de sus padres. Laura no estaba segura de cómo había sucedido todo, pero era miérsoles por la tarde y allí estaba, con Justin incómodo a su lado, delante de la puerta de sus padres.

-No tienes de qué preocuparte -le susurró una vez más mientras le agarraba la mano-. Ya te lo he dicho, están encantados con la idea y no van a creerse que no es una boda por amor. Creen que lo de Jenna sólo está acelerando las cosas.

Justin miró hacia atrás, como si estuviera contemplando la huida.

-Laura, eso no me hace estar más tranquilo -gruñó-. ¿Qué pasará cuando nos divorciemos?

«¿Quieres dejar de hablar de divorcio?», casi gritó enojada. No quería ni pensar en ello. Era algo que temía más que estar de pie con él junto al altar, prometiendo amarlo y respetarlo para siempre.
Porque eso ya era cierto.
La cabeza estaba dándole vueltas cuando su padre abrió la puerta. Con una sonrisa enorme, los abrazó a los dos. Su madre llegó corriendo de la cocina y los agarró a cada uno de un brazo.
-Me alegro de veros. ¿Sabéis? Hacéis una pareja genial. Estamos todos tan emocionados...
-¿Todos?
Laura escuchó el comentario y miró la expresión de Justin al entrar en el salón y encontrarse con todos. Sintió que le apretaba la mano con más fuerza.
Steve y Roy estaban observando a Justin, con menos entusiasmo del que mostraban sus padres.
-¿Un matrimonio de conveniencia, eh? -pregunto Roy con los ojos fijos en los de Justin-. ¿De qué va todo esto?
Beth le hizo callar.
-El bebé está acelerando todo el proceso, eso es todo. No es el primer bebé que provoca una boda -se volvió hacia Justin-. Por cierto, ¿qué tal está?
Justin asintió.
-Laura me ha asegurado que está bien. Que está con buena gente.
-Moví algunos hilos y logré enterarme de que la familia de acogida es de fiar. No hay necesidad de preocuparse -contestó ella.
-Me alegro -volvió a tomarles de la mano-. Llevo todo el día en Internet, mirando cosas sobre bodas.
-¡Mamá! -Laura miró a Justin como pidiéndole perdón-. Ya te lo he dicho, no es una boda de verdad. Sólo lo estamos haciendo por Jenna.
-Entonces, por Jenna, ven a mirar esta página. ¿Quieres que la niña mire las fotos de la boda de sus padres y suspire con lo guapa que estaba su madre? Mira éste. ¿Has visto el velo de este otro?
-¡Mamá!
-Por supuesto, también está mi traje de novia, si quieres probártelo. Ya he reservado la iglesia para el sábado a las dos. También he encargado las flores e invitado a la gente -agarró un puñado de sobres-. Aquí tienes unas cuantas invitaciones para ti, Justin.
-Mamá -Laura estaba sin habla-. No puedo creer...
Beth le dio un golpecito en el brazo.
-Sé que habíais pensado en algo sencillo, en el Ayuntamiento, por las

prisas. Pero yo tengo tiempo de sobra. Tú concéntrate en tu novio, en la niña y en el trabajo y yo me encargaré de la boda. Ya me lo agradecerás después.
-No puedo…
-Además, si los Servicios Sociales os dan problemas, no hay como una boda por la iglesia para convencerlos de que sois una pareja enamorada.
-Pero…
Justin la rodeó con un brazo.
-Laura… si eso es cierto, no hay ningún problema en celebrar algo más elaborado.
-Justin, ¿estás loco? -lo agarró del brazo y se lo llevó fuera de allí-. El nuestro no es un matrimonio de verdad.
Él le acarició la mejilla.
-Sé cómo te sientes. Probablemente quieras reservar la iglesia para tu boda de verdad.
-¿A ti no te importa?
-No. Yo no pienso volver a casarme y si una iglesia puede ayudarme… De toda formas, no te preocupes, yo intentaré convencer a tus padres.
Ella dejó escapar un suspiro.
-No.
Ellos tenían razón. Si investigaban la boda, la iglesia sería una buena prueba. Así sería mejor. Si se iba a casar por Jenna e iba a cambiar su vida por ella, no le iba a pasar nada por llevar un traje de novia.
-Me parece bien. Si tú estás de acuerdo, yo también.
Después de la cena, Laura se encontró en la habitación de sus padres, con un vestido de novia de hacía treinta y cinco años que la hacía sentirse como una princesa. Hasta que recordó cuál era la realidad.
Entonces rompió a llorar.
-Cariño, no. No llores. Creo que te queda precioso. ¿Qué opinas?
-Me en… me encanta, mamá -dijo atragantada por las lágrimas-. Es… es precioso.
-Cariño, intenta contener las lágrimas hasta que te hayas quitado el vestido. No vayas a mancharlo.
-¿Ni siquiera vas a preguntarme por qué estoy llorando?
-Ya lo sé, cariño. Estás enamorada y no sabes lo que siente él. ¿Por qué no se lo preguntas?
Laura dejó escapar un suspiro.
-Supongo que tendré que hablar con él.
Hablaría con él al día siguiente, al salir del trabajo. Pero, primero, tenía que aclarar algo con su jefe. Si iba a meterse en aquello, iba a hacerlo de

la mejor manera posible. Si iba a ser la madre de Jenna, aunque sólo fuera por un año, iba a hacerlo lo mejor que podía.

CAPÍTULO 9

ME EStABA preguntando si podíamos hablar.
Justin levantó la cabeza del ordenador portátil.
-¿Hablar? -pestañeó para descansar los ojos. Después se enderezó y apagó el ordenador-. Claro. Hablemos. ¿Qué tienes en mente?
Ella abrió la boca para preguntarle algo sutil e inteligente, pero en lugar de eso, sólo logró balbucir:
-¿Qué... qué tipo de matrimonio va a ser este, Justin?
-¿Qué quieres decir?
-Para empezar, ¿dónde vamos a vivir? ¿Aquí? ¿En los dos pisos?
Justin miró por la ventana, con el ceño fruncido.
-No había pensado más allá de la vuelta de Jenna. Quiero comprar una casa. Pero ya te lo dije, le entenderé si no quieres irte de aquí. Puedo esperar hasta que... bueno, hasta después del divorcio.
¡Todavía no estaban casados y él ya estaba hablando del divorcio! ¿Qué estaba haciendo? ¿Por qué no dejaba de fantasear con un futuro con aquel hombre? El no quería un futuro con ella, sólo quería una esposa para unos meses. Después se marcharía con Jenna y ella nunca los volvería a ver.
-¿Laura? ¿Qué pasa? ¿Quieres echarte atrás? -No, no. Te dije que lo iba a hacer y lo haré. Él estaba observándola detenidamente.
-Parece como si fueras a hacer un terrible sacrificio. No quiero que lo hagas si es así como te sientes. -Estoy bien. Son sólo los nervios por la boda. -No te culpo.
-Bien. Más preguntas. ¿Qué pasa con mi trabajo?
¿Esperas que lo deje para cuidar de Jenna? -preguntó ella.
Justin la miró sorprendido, después miró hacia el techo.
-¿Estás loca? Nunca se me ocurriría pedirte algo así.
-No hace falta que me lo pidas. Ya lo he hecho. -¿Qué?
-He hablado con mi jefe y, a partir del mes que viene, comienzo a trabajar sólo media jornada. Justin la miró atónito. -¿Que has hecho qué?
-Llegaré a casa a mediodía. Así podré cuidar de Jenna por las tardes y tú por las mañanas. Siempre nos tendrá a uno de los dos.
-Laura, no tienes que sacrificar tu carrera.
-No estoy sacrificando nada. Quiero quedarme en casa con ella. La quiero y ella me necesita. Me merece la pena. Puedo permitirme trabajar media jornada durante un año.
-Pero, ¿qué pasará cuando...? -se frotó la cara y volvió a mirar hacia la ventana.

El divorcio. Siempre el inevitable divorcio en sus pensamientos.
Sintió que el corazón se le encogía.
-No voy a abandonar a Jenna. Cuando esto termine, iré a visitarla. Incluso podría hacer de canguro.
-¿Estás segura?
Ella sonrió. Ya no tenía dudas. Lo tenía claro desde que decidió entrar en el despacho de su jefe para pedirle el cambio. No había esperado que una niña llegara a su vida y le cambiara su forma de ver las cosas. Pero así había sucedido. Se había enamorado de los dos. Era un lío, por sabía lo que tenía que hacer. Lo mejor para todos.
Sólo le quedaba una pregunta.
-Una cosa más, Justin... Tengo que preguntarte lo que piensas... Quiero decir... ¿Tendremos habitaciones separadas?
Justin abrió la boca como si fuera a decir algo y ella lo oyó tartamudear. Hizo una pausa y, después, soltó un improperio.
-¡No había tartamudeado desde que tenía diez años!
Laura se sintió tonta. Por supuesto que él no había pensado en eso. ¿Por qué iba a hacerlo? Sólo era un acuerdo entre ellos. Acababa de hablarle de divorcio. ¿Qué pasaba si se habían besado en un par de ocasiones y a ella se le habían tambaleado los cimientos? Eso no significaba que su boda fuera a ser real
-¿Estás preguntándome si...? -no pudo acabar la frase-. Perdona, ¿puedes volver a hacer la pregunta? Me parece que no te he entendido bien.
Bueno, por lo menos no le había dicho «no, gracias».
Pero ella no iba a repetirlo.
-Olvídalo. Sólo era otra pregunta estúpida –afirmó Laura-. Con todo este asunto de la boda se me ocurren ideas disparatadas.
Justin miró por la ventana y se mordió el labio.
Después, se encogió de hombros.
-Desde luego. Nunca se me hubiera ocurrido pedirte que dejaras el trabajo y, mucho menos, reclamar ningún derecho conyugal.
-¿Por qué no?
Oh, Dios. No había hecho esa pregunta, ¿a que no? Justin la miró fijamente. -¿Qué? Crees que...
-Olvídalo.
Él la agarró del brazo cuando ella intentó marcharse.
-De eso nada -la atrajo hacia él.
Ella apoyó la cabeza en su hombro, sintiéndose como una estúpida.
-Lo siento. Estoy confundida. No estoy muy segura de nada y estoy dejando que mi madre me meta ideas románticas en la cabeza. Siempre

esperé pasar mi noche de bodas con mi marido. Y, ahora, con la iglesia y el vestido...
Ella habría seguido divagando si él no la hubiera hecho callar con un beso. De repente, se sintió volar en una nube de felicidad. Quizá aquello no era lo más apropiado, considerando las circunstancias, pero era un beso tan emotivo, tan cargado de promesas...
-Justin, este es el tipo de cosas que hace la gente casada. Por eso te pregunté.
-Pero, en realidad, no tiene nada que ver con que estemos o no casados -le acarició la mejilla con un dedo-. ¿Qué te parece esto? Haremos como si no nos hubiéramos casado y todo irá bien.
-¿Como si no nos hubiéramos casado?
-¿Por qué no? Al casarnos por Jenna se ha complicado todo entre nosotros. Nos iba genial como estábamos. No dejemos que esta boda interfiera con eso.
La cabeza de Laura estaba dándole vueltas a toda velocidad. ¿Hacer como si no se hubieran casado? Interesante.
-Creo que eres el hombre más difícil del planeta.
Las risas de Justin resonaron en su cabeza.
-Gracias.
Laura sonrió. Ahora se sentía a salvo. Él tenía razón. Lo mejor era acabar con el asunto de la boda cuanto antes y después continuar como si no se hubieran casado. Sólo serían dos personas juntas para cuidar de una niña.
Quizá se enamoraran en el camino. A ella ya le había pasado y la caricia de Justin decía mucho sobre sus sentimientos. No tenía que preocuparse por tener demasiadas esperanzas. Podría funcionar.
El corazón de Justin latía con fuerza y ella podía sentirlo en su pecho. Él le estaba acariciando la espalda y todo parecía estar bien. El sábado se casarían y ella ni siquiera tendría que mentir en el altar. Lo amaba.
Y quizá él también estuviera empezando a amarla.

CAPÍTULO 10

LAURA se pidió la tarde del viernes libre para preparar la boda. A mediodía, estaba sentada en la cocina de Justin, comiendo un sándwich a la plancha de queso y jamón y algo de ensalada, que debía de ser muy sana.

-¿Entonces? -preguntó entre bocados-. ¿Qué es todo eso que tenemos que preparar? ¿No lo ha hecho mi madre todo?

Justin se encogió de hombros.

-Eso parece. Quizá deberías llamarla y ver si necesita algo.

El teléfono sonó y Justin se puso en pie de un salto, soltando una palabrota. Agarró el inalámbrico y preguntó quién era. Laura siguió comiendo su sándwich, sorprendida de estar tan tranquila a sólo veinticuatro horas de la boda. La sugerencia de Justin de comportarse como si no se fueran a casar estaba funcionando.

Justin dijo unas cuantas palabras y cortó la comunicación. Ella se giró hacia él.

-Justin, he estado pensando que no me importaría mudarme con vosotros a una casa. Sólo estoy aquí de alquiler. Por mí estaría bien.

El no respondió.

-Justin?

Él seguía de pie, con el teléfono en la mano. Parecía no escucharla.

-Justin? ¿Qué pasa?

Él no respondió, sólo la miró fijamente, con la expresión congelada. El corazón de Laura comenzó a latir más deprisa.

-¡Justin! Dime qué pasa. ¿Le ha pasado algo a Jenna?

-Lo siento -dijo él con la voz apagada-. Jenna está bien. Es sólo que estoy sorprendido -tragó con dificultad y dejó el teléfono sobre la mesa-. Era la trabajadora social -dijo con una sonrisa-. Me dan a Jenna. Todavía hay que hacer todo el papeleo, pero, después de la entrevista del otro día y con la recomendación de los dos padres, han decidido que, como hermano suyo, me van a dar la custodia y, después, la adopción.

Ella sintió que se le ponía la carne de gallina.

-Justin, eso es maravilloso -exclamó entusiasmada, y se levantó para abrazarlo-. Qué bien. Dios mío, qué alivio.

Justin tenía una sonrisa radiante. Era algo que ella no había visto en mucho tiempo y lograba calentar cada centímetro de su cuerpo.

-Me la traerán mañana por la mañana.

«Mañana». Laura volvió a la tierra de golpe, la sorpresa era tan grande que sintió que las piernas no la sujetaban. Casi abrió la boca para decir que qué bien que Jenna podría estar en la boda.

Ya no había necesidad de celebrar ninguna boda.
Justin dio un grito de felicidad y la levantó, dándole vueltas en el aire, antes de darle un sonoro beso. '
-No me lo puedo creer. No tenemos que casarnos. Me van a dar a Jenna.
-Sí -dijo ella con un sonrisa, intentando ocultar los ojos. Si la miraba muy de cerca, podría ver que los tenía cargados de lágrimas. Lágrimas por un dolor y una decepción que no tenía ningún derecho a sentir.
-Te van a dar a Jenna. Es maravilloso. Enhorabuena, sé que la vas a cuidar muy bien.
Él se separó de ella, con un semblante cada vez más serio. Eso era todo. Ella quedaba fuera. Y no había necesidad de que se casaran.
Debería sentirse feliz. No sólo por Justin y Jenna, también por ella.
-No tenemos que casarnos -volvió a decir él, como si estuviera intentando convencerse.
-No -Laura intentó añadir algo, alguna expresión de alegría, pero no lo logró.
Miró alrededor del piso de Justin, aturdida. Había tantas cosas suyas... Su propio piso llevaba acumulando polvo toda la semana.
Había llegado el momento de irse a casa.
Logró mirarlo con una sonrisa.
-Bueno, debería marcharme. Tengo que avisar a mi madre del cambio de planes. Voy a llevarme algunas de mis cosas. Poco a poco he ido invadiendo tu piso.
Justin no dijo nada, solamente asintió de manera imperceptible. Ella se paseó por la habitación, recogiendo cosas. Un bolígrafo por aquí, un plato de la cocina por allí... Incluso tenía un cepillo de dientes en el cuarto de baño, recordó con un suspiro.
Justin la miró sin decir nada, con los brazos cruzados y esa expresión seria en el rostro. ¿En qué estaría pensando?, se preguntó ella.
No le preguntó. Lo recogió todo y se dirigió hacia la puerta, donde se tropezó con la bolsa que había dejado allí el día anterior.
Era su regalo de boda para Justin. Justo lo que no quería ver.
-Tengo que marcharme. Tengo que hacer un montón de llamadas para cancelarlo todo.
-Laura... -dio un paso hacia ella y alargó la mano, sin tocarla-. ¿Tenemos que cancelarlo todo?
El corazón de Laura se paró durante un segundo.
-¿Qué quieres decir? -logró preguntar.
El se encogió de hombros. Parecía incómodo.
-No lo sé... todo está listo. Creo que ya me hice a la idea. Pensé... no sé...

quizá podríamos casarnos de todas formas...
Laura dejó escapar un gemido. Aquello dolía aún más que la primera vez que se lo pidió. ¿Acaso dudaba de su habilidad par cuidar de la niña él solo? ¿Quería que lo ayudara? ¿O sólo quería asegurarse por si tenía algún problema con las autoridades?
-¿Por qué? -dijo con la voz ahogada- ¿Es por si tienes problemas?
-No...
-¿Porque Jenna necesita una madre?
-No. Porque yo te necesito a ti.
Laura meneó la cabeza. Se sentía muy débil y llena de tristeza.
-No. No me necesitas, Justin -le dijo-. Quizá lo pienses ahora porque hemos estado en esto juntos, pero no. Lo harás muy bien tu solo, te adaptarás. Y quizá llegue el día en el que encuentres a una mujer a la que quieras y que te quiera a ti, y querrás casarte de verdad, no sólo porque sea más cómodo.
Por lo que a discursos se refería, aquél había sido brillante. No había soltado ni una lágrima y había hablado con firmeza. Nadie hubiera dicho que, por dentro, se estaba muriendo de pena.
Pero no tenía motivos. No iba a perderlo todo, porque nunca lo había tenido. Y tampoco iba a desaparecer de su vida. Podía ir a visitarlo de vez en cuando. Mantenerse en contacto. Por lo menos, al principio.
Se volvió con la bolsa llena de sus cosas en la
mano y volvió a tropezar con el regalo.
Se agachó y lo agarró. Quizá lo mejor era dárselo.
-Toma. Te compré esto.
Justin no lo tomó. Sólo lo miró como si nunca le hubieran dado_ un regalo.
-¿Qué es?
-¿A ti qué te parece? Es un regalo. -¿Un regalo? ¿Para mí? ¿Por qué? Laura se encogió de hombros.
-Era mi regalo de bodas. Como no va a haber
boda, puedes abrirlo ahora.
Él alargó la mano y lo tomó justo cuando ella estaba pensando que lo mejor habría sido meterlo en la bolsa de plástico con las demás cosas. Quizá lo
consideraba una tontería. Se mordió el labio y esperó a que lo abriera.
Justin le dio la vuelta al paquete con cuidado antes de abrirlo. Lo desenvolvió despacio. Cuando acabó, se quedó mirando el regalo atónito.
-¿Y bien? ¿Qué te parece? -él no respondió inmediatamente-. Justin, es sólo un oso de peluche.

Justin lo estaba sujetando con las dos manos, sorprendido. Por fin, levantó la cara.
-¡Me has comprado un oso de peluche! Mi primer oso de peluche -la sonrisa era débil pero cálida-. Te has acordado -dijo con un susurro-. Te dije que nunca había tenido uno -acarició la cabeza del peluche-. No me puedo creer que hayas hecho esto.
Ella se encogió de hombros.
-Lo vi y me recordó a ti. Adorable y, a la vez, un poco ceñudo. Pensé que te gustaría. Si no, siempre puedes dárselo a Jenna.
Justin hundió la mano en el pelo de Laura y la atrajo para darle un beso que acabó antes de que ella se diera cuenta.
-No. Jenna tiene los suyos. Este es mío -volvió a besarla-. Gracias.
-De nada.
Sus ojos estaban cargados de emociones.
¿Todo eso por un oso?
Él frotó la nariz contra la de ella.
-¿Así que piensas que soy adorable, eh?
Una sonrisa se dibujó en la cara de ella.
-Sí, pero sin dejar de ser un machote con moto, claro.
-Claro.
El tercer beso en el espacio de un minuto. El oso de peluche estaba sentado en la mesa al lado de ellos, mientras las manos de Justin le acariciaban el cuello, para luego subir hacia el pelo.
-Gracias -le repitió contra sus labios, en un susurro-. Y espero que no te importe que te bese. Es por culpa del oso. Si dejo de besarte, puedo ponerme a llorar como un bebé. Y eso no me gustaría; dejaría de ser un machote.
-Por mí, está bien -murmuró ella, con los brazos alrededor de su cuello-. No me gustaría que perdieras esa imagen. Lo próximo que harías sería vender la moto.
-De eso nada. ¿Para qué te crees que te compré el casco? Quizá tenga que cambiarla por un coche familiar, por Jenna. Pero no pienso venderla hasta que des una vuelta conmigo.
Sus besos la estaban volviendo loca. Eran breves pero cálidos y llenos de ternura. Y su manera de acariciarle el pelo... Él era el centro del universo y todo le parecía posible. Incluso dar una vuelta en moto.
-Quizá acepte -concedió ella-. Si me prometes que irás con mucho cuidado.
-Siempre voy con mucho cuidado. Nunca dejaría que te ocurriera nada malo.

-Lo sé.
El tema de los besos se les estaba escapando de las manos, pensó ella unos minutos más tarde. Pero eso era exactamente lo que quería. Sonrió contra la boca de él y se apretó más contra su cuerpo.
Pero entonces, de repente, él estaba a diez centímetros de distancia, sonriendo.
-Genial -dijo levantándola del sofá antes de que ella pudiera decir nada-. Vamos.
-¿Qué? ¿Dónde?
Estaba completamente desorientada. Durante unos instantes, había deseado que la llevara en la direccion opuesta.
-Vamos a dar una vuelta. Tenemos que hablar.
Ni siquiera se había dado cuenta de que Justin había agarrado su casco sin estrenar, pero allí lo llevaba. Se lo puso en la cabeza y agarró el suyo propio. Antes de que pudiera darse cuenta de lo que estaba pasando, estaba sentada detrás de él en la moto, rodeándole la cintura con los brazos.
-Justin... no creo... -gritó, pero entonces se dio cuenta de que con los cascos no podía orla.
Se apretó a él con fuerza, no tenía otra alternativa. Apoyó la cabeza en su espalda.
Después de todo, no parecía tan terrible. De hecho, le encantaba ir abrazada a él. Estaba enamorada de él. Enamorada hasta la médula.
-Te quiero, Justin -murmuró, apretándose aún más contra él, segura de que no podía oírla. Para su asombro, él frenó tan deprisa que Laura tuvo que mirar por encima de su hombro para ver si pasaba algo.
-¿Qué has dicho? -la voz de Justin retumbó en sus oídos.
El mundo se paró durante un instante. Laura tomó aliento y volvió a hablar con voz temblorosa.
-Justin, por favor, dime que estos cascos no tienen un micrófono incorporado.
Él dejó la carretera y condujo por un camino que llevaba a un bosque.
-Claro que lo tienen. -¡Oh! -exclamó ella. -Sí.
-No lo sabía.
-Ya me lo imagino.
Hizo un esfuerzo por descifrar las emociones en la voz de Justin. ¿Vergüenza? ¿Pánico? ¿Sorpresa? -Nunca habría dicho... lo que he dicho.
Él paró la moto y se quitó el casco. Después se apeó para quitárselo a ella.
Con una sonrisa, la tomó de la mano y se la llevó hacia el bosque.
-¿Adónde vamos? -Ya lo verás.

¿Ni siquiera iba a hacer una referencia a lo que acababa de decir? No sabía si sentirse aliviada o decepcionada.
Llegaron a un lugar del bosque donde el sol se colaba entre las ramas. Los colores eran los del otoño, pero la temperatura era bastante veraniega. Justin se sentó en la hierba y la arrastró con él.
Laura estaba empezando a ponerse cómoda cuando él la echó hacia atrás.
-¿Justin...? -preguntó cuando se tumbó sobre ella. -Vuélvemelo a decir -le pidió-. Ahora que sabes que te estoy escuchando. Ella cerró los ojos. -No.
Sus labios eran cálidos y sus manos aún más.
-Por favor -le susurró contra los labios haciéndola sonreír. Las esperanzas de Laura de que todo saliera bien empezaron a hacerse realidad.
Ella lo agarró del pelo.
-Ya te lo he dicho. Sin embargo, tú no me has dicho nada. Estas cosas tienen que venir a pares, ¿sabes?
Justin dejó de besarla y la miró fijamente a los ojos. Mientras, comenzó a desabrocharle la camisa. -¿Quieres que te lo diga antes o después de hacerte cosas innombrables?
-¿Cómo de innombrables?
Él le quitó la camisa y se puso a desabrocharle los vaqueros.
-Justin, espero que este sitio sea tan discreto como parece.
Él no dijo nada y se deshizo de los vaqueros, dejando al descubierto unas de sus braguitas con frases en francés.
-¡Oh, no! -exclamó ella al caer en la cuenta-.
¿No hablarás francés, verdad?
-Un poco. -¿Qué pone?
Él se concentró en las braguitas.
-Dice algo sobre no abandonar las esperanzas. -¡Oh, Dios!
Justin estaba ahogando la risa.
-Me imagino que no te las habrán comprado tus padres.
-No. Ellos habrían elegido unas en las que pusiera: creced y multiplicanos. Quieren tener más nietos.
-Bueno. Pronto tendrán a Jenna. Laura se sintió desfallecer.
-¿Ah sí? ¿No crees que te estás saltando unas cuantas formalidades?
-Ya aceptaste casarte conmigo. Me atengo a eso.
¿No crees que tus padres aceptarían a Jenna?
-Por supuesto que sí. Lo harían. Si tú me pidieras
que me casara contigo y yo aceptara.
-Y me imagino que pronto podríamos darle a
Jenna una tía.

-¿Un tía?
-Lo sé. Suena raro.
-Oye, Justin. ¿Estás intentando decirme algo?
¿Estás embarazado o algo?
-No. Sólo enamorado.
-¡Por fin! -gritó ella al viento.
Empujó a Justin para que se tumbara en el suelo
y se subió encima de él. Después le agarró los brazos con las manos.
-Dilo o te hago cosquillas. -No lo harás.
-Lo haré -dijo ella comenzando a hacerle cosquillas.
Él se retorció de risa y le agarró las dos manos. -Te quiero.
-Sólo lo dices por las cosquillas.
-Sí. Pero de todas formas es cierto: te quiero. Esa vez sonó de verdad. Ella le sonrió. -Ahora lo sé.
Su mirada oscura se tornó seria al mirarla.

-No podía decírtelo antes. Creía que te ibas a casar conmigo sólo por Jenna.

-Bueno, yo pensaba lo mismo de ti. Siempre me dejabas fuera. Hasta estabas planeando marcharte.

-Lo siento. Pensaba que te estaba protegiendo.

Pero en realidad me estaba protegiendo yo mismo. Ni siquiera quería admitir lo que me dolía sólo pensar en perderte -hundió una mano en su pelo y la atrajo hacia él para darle un beso-. Pero ahora todo está bien,
¿verdad? -susurró contra sus labios-. Todo.
-Sí. Todo es perfecto.

Él sonrió y le apartó el pelo de los ojos. -Bien. ¿Qué te pareció el paseo en moto? -Estuvo bien -confesó-. No me importaría volver a montarme. Al menos, para volver a casa. -Genial.
¿Quieres saber qué otra cosa es muy divertida? -le preguntó, siguiendo con los dedos el trazo de las frases que había en las braguitas.
-Dime.
-Braille en francés.
-¿No crees que deberíamos terminar nuestra charla primero?

Él dejó escapar un suspiro y apartó la mano.

Miró hacia el cielo.

-De acuerdo. Me voy a morir, pero, de acuerdo. Ella jugueteó con los botones de su camisa, desa
brochándolos uno .tras otro. El asunto de las desnudeces también tenía que ir a pares.

-Me pregunto qué diría mii madre al respecto. -No mucho. Por lo que a ella respecta, nada ha cambiado.

-¿Ah, no?

El le puso la mano en la mejilla y la besó. -No. ¿Te vas a casar conmigo? ¿Mañana?

La tercera proposición en una semana y, esa vez,
era perfecta. Se inclinó sobre él y lo besó.
-Sí.

Justin no pareció quedarse muy satisfecho con la respuesta.

-¿Estás segura? Vamos a ser tres. ¿Seguro que estás preparada para ser madre?

-No lo sé, Justin -confesó ella-. Pero lo haremos genial, ya lo verás.
-Seremos una familia.

Ella sintió que un sentimiento de calidez la invadía.
-Sí. Una familia. -Nunca lo he probado.

Ella le acarició con un dedo el ceño. -No te preocupes. Todo saldrá bien.

-Quiero tanto a esa niña... -dijo él-. Nunca había querido a nadie desde Ben.

Y ahora os quiero a Jenna y a ti. ¿Crees que mi pobre corazón desentrenado podrá con tanto trabajo?

Ella sonrió y le dio un beso en el pecho.
-Te prometo que, cada vez que te duela, te daré un beso para que se cure.